

EL LEGADO DE LA BIBLIOTECARIA *OBSESIÓN*



L. D. Hevia Viejo

OBSESIÓN

EL LEGADO DE LA BIBLIOTECARIA 6

Una historia de L. D. Hevia Viejo.

© 2024. Todos los derechos reservados.

Índice:

[I.](#)

[II.](#)

[III.](#)

[IV.](#)

[V.](#)

[VI.](#)

[VII.](#)

[VIII.](#)

[IX.](#)

[X.](#)

[XI.](#)

[XII.](#)

[XIII.](#)

[XIV.](#)

[XV.](#)

[XVI.](#)

[XVII.](#)

[XVIII.](#)

[XIX.](#)

[XX.](#)

[XXI.](#)

[XXII.](#)

[XXIII.](#)

[XXIV.](#)

[XXV.](#)

[XXVI.](#)

[XXVII.](#)

[XXVIII.](#)

[XXIX.](#)

[XXX.](#)

[XXXI.](#)

[XXXII.](#)

[XXXIII.](#)

[XXXIV.](#)

[XXXV.](#)

[XXXVI.](#)

[XXXVII.](#)

[XXXVIII.](#)

[Epílogo.](#)

I.

Tras el Caos, nuevos dioses llegaron a la Tierra; los Elementales. Ellos conformaron el planeta tal y como lo conocemos. Tras transformarlo en un lugar donde la vida podía florecer, decidieron permitir que, al menos, una parte de su obra quedase fuera de su control... Sabían que nada puede permanecer perfectamente ordenado de forma eterna. Así que dejaron la puerta entreabierta para asegurar la armonía del resto... Un mal menor en pos de un bien superior.

Lo observó fumando dentro del callejón. El camello estaba esperando a un nuevo cliente. Lo había estudiado con atención.

Todavía no había llegado a los treinta años, pero ya había vendido prácticamente de todo; marihuana, cocaína, éxtasis y, últimamente, cristal. Se había introducido en el negocio muy joven. Con dieciséis años, había comenzado envenenando a sus amigos. Cuando había visto lo fácil que era llenarse los bolsillos, había ampliado su negocio a los institutos y las discotecas que frecuentaban sus conocidos.

En el camino había dejado muchos cadáveres, pero nunca le había importado. Jamás había probado esa mierda y despreciaba a quien lo hacía. Miraba a todos los yonquis con desdén, como si fueran alimañas que no merecían ni un minuto de su tiempo.

Con el paso de los años se había hecho con un nombre; alguien que todos conocían. Un número de teléfono al que sabían que podían recurrir cuando querían una fiesta más que memorable.

Su extensa clientela sabía dónde encontrarlo y él estaba ansioso por colocar su material.

No era el único, sino una pieza más en una extensa maquinaria a la que solo le importaba el dinero. La estela de dolor que dejase tras él le era indiferente.

Respiró hondo, tras concertar una cita por teléfono había dejado su furgoneta cerca y había acudido a su encuentro. No le había resultado difícil conseguir su número, siempre había algún buen samaritano que estaba dispuesto a ayudarte cuando deseabas un cierto tipo de diversión.

Negó con la cabeza. Pagaban una auténtica fortuna por meterse veneno en el cuerpo.

—Llegas tarde.

Su presencia no había pasado inadvertida. El camello lanzó el cigarro que estaba fumando al suelo y se acercó con paso seguro.

—¿Tienes la pasta?

No tenía la pasta, pero tenía algo mejor.

Era el objetivo perfecto, nadie lo echaría de menos. Más bien el mundo sería un lugar mejor si él desaparecía.

Necesitaba hacerlo.

Debía hacerlo.

Y lo haría... si quería lograr su objetivo.

Al menos su muerte serviría para lograr un objetivo superior. Le permitiría ejecutar su venganza, una que había planeado meticulosamente.

No podía seguir sin hacer nada. No podía seguir adelante como si nada hubiera ocurrido. Los engendros no se saldrían con la suya. Aprenderían una valiosa lección. Se encargaría

personalmente de proporcionársela.

Sí, aquel camello le iba a ser muy útil.

—¿No sabes hablar?

Miró a ambos lados. No había nadie. Era su oportunidad.

—¿Por qué te ríes?

—Porque quien ríe el último, ríe mejor.

II.

***Por** la puerta entreabierta... proliferó una criatura que los Elementales casi habían llegado a erradicar. Tras la llegada de los nuevos dioses solo habían sobrevivido cuatro de esas criaturas. Se trataba de un macho; el incubo, y sus tres hermanas; las súcubos.*

—**No** me lo puedo creer.

—Sé que es extraño, pero es la verdad.

En el salón de la casa redonda de tejado rojo estaban todas. Sara había organizado la reunión tras comprender que tenían que hablar con Laura y explicárselo. No podían dejarla atrás. Después del secuestro de Cristina y su rescate, era la única que no estaba al tanto de lo que la rodeaba. No podían mantenerla alejada de la realidad que compartían. No, si querían que siguiese formando parte de sus vidas.

Sentadas en los sofás que dominaban el amplio salón acababan de soltar la bomba. Pareció que el tiempo se detenía. El acuario de Yuri, el marido de Sara, se hizo aún más presente con su incesante burbujear, pero incluso sus peces parecieron detener su incansable movimiento, como si también ellos estuviesen pendientes del drama que se estaba desarrollando.

Sara la miró fijamente atenta a todas sus reacciones mientras Ane y Cristina apenas parpadeaban a su lado.

—Es una broma, ¿verdad? —La voz de Laura sonaba estrangulada.

Cristina la cogió de la mano. Después de su secuestro y de unirse a Zipi y Zape, Sara nunca la había visto más feliz. Su mala suerte no la había abandonado, pero el par de licántropos con los que vivía se encargaban de que todo fuera bastante más divertido.

—No lo es...

—¿Licántropos? ¿Tus novios son licántropos?

—Sí...

Laura señaló a Ane.

—¿Y Pedro también?

—Sí, lo es...

—De hecho es su Alfa —señaló Cristina—. Algo así como su jefe.

—Su jefe... —Laura negó con la cabeza—. Y Yuri...

—Yuri es un vampiro. —Esta vez fue Sara quien se lo aclaró.

—¿De los que chupan sangre?

—Me temo que sí... pero no te preocupes, solo se alimenta de la mía. —No consideró necesario explicarle que también recurría en ocasiones al banco de sangre del hospital de la ciudad. Ya tendrían tiempo para aclarar los detalles.

—No puede ser... —Laura volvió a negar con la cabeza.

—Créeme... lo es...

—¿Dónde está la cámara oculta? —Cerró los ojos. Sara miró a Ane y Cristina... Al menos no se había puesto a gritar... todavía—. ¡Debo estar soñando!

—No, Laura, te puedo asegurar que no se trata de ningún tipo de sueño —le aseguró Sara.

—Ni, por supuesto, pesadilla —se apresuró a añadir Ane.

–¿Me estáis diciendo que existen los vampiros y los licántropos?

–Sí...

–Y por licántropos... ¿No os referís a los seguidores de ningún grupo musical? –Las miró esperanzada.

–No... ¡Para nada! –Le aclaró Cristina–. Se trata de hombres lobo.

–¿Hombres lobo?

–Exacto...

–¿De los que se transforman en lobos y aúllan a la luna llena?

–Algo así...

–Y por vampiros tampoco nos referimos a alguna banda de moteros... –Sara trató de adelantarse a su siguiente pregunta.

Laura se tapó la cara.

–¿Chupa sangres? –Musitó como si hablara para sí misma–. Me está empezando a doler la cabeza...

Alrededor de Laura, todas se miraron. Nunca habían esperado que fuese a ser fácil... pero parecía que se estaba complicando por momentos.

–No les gusta que les llamen así... pero...

–¿Qué será lo próximo? –Laura bajó las manos y las miró con el desconcierto brillando en su rostro–. ¿Brujas?

Sara notó como Ane y Cristina desviaban su atención hacia ella y no pudo evitar entrecerrar los ojos. ¿En serio ellas también la consideraban una bruja? Eso solo podía haber partido de esos licántropos desagradecidos. Iba a tener que revisar su Grimorio y darles una lección... El Grimorio podía parecer un libro inofensivo, pero nada más lejos de la realidad. Era su legado, el de las hijas de Hécate; las guardianas del equilibrio entre las criaturas paranormales y a lo largo de los siglos había pasado de generación en generación. Seguro que encontraría un castigo adecuado en él... ¿Quizás algún tipo de pequeña maldición? No tuvo tiempo de pensar mucho en ello. Las palabras de Laura interrumpieron sus pensamientos.

–¡Tú eres una bruja! –La señaló de forma acusadora.

Laura dio un salto y se alejó de ellas. Al hacerlo, a punto estuvo de chocar con el enorme acuario. Yuri y los peces... Vivir en pareja tenía esos inconvenientes. Había tenido que ceder parte de su espacio para las aficiones de su vampiro. ¿Dónde estaría? Le había pedido que las dejase solas esa noche. ¡Menos mal! Lo que habría disfrutado escuchando como Laura la llamaba bruja.

Ese maldito vampiro la volvía loca... a todas horas... en cualquier lugar... con solo su presencia. ¡No podía vivir sin él!

–No soy una bruja, sino una bibliotecaria... Lo que ocurre...

–Lo que pasa es que haces conjuros –comenzó Ane.

–Y tienes poderes –terminó Cristina.

–¡Estáis todas locas!

Laura echó a correr hacia la puerta, pero fue incapaz de abrirla. En la casa redonda de tejado rojo la voluntad de Sara era ley. Por eso habían decidido mantener la reunión allí. Así se aseguraban de que Laura no huyese antes de hacerle comprender cómo eran las cosas. Solo tuvo que llevarse la mano al medallón que colgaba de su cuello y la casa cobró vida...

–¡No puedo salir! ¿Por qué no puedo salir? –Se giró hacia ella–. ¿Has hecho un conjuro que me impide abandonar la casa?

–No es eso... Lo que ocurre es que... –Sara buscó las palabras mientras apartaba su mano

del medallón; el medallón de las hijas de Hécate... el medallón de su familia... el que utilizaba para invocar la fuerza de sus antepasadas cuando hacía un conjuro. Sí... eso iba a ser difícil de explicárselo a Laura.

–¡Sí! Esta casa está encantada. –Palmeó Ane feliz.

–Pero no tienes de qué preocuparte. Sara nunca te haría daño –le aseguró Cristina.

–Es una bruja de las buenas. Pedro siempre lo dice. –Ane parecía encantada de explicárselo. Sara las miró de forma acusadora, pero la ignoraron.

–¡No soy una bruja!

–Pedro...

–El Alfa puede decir lo que quiera... –Sería el lobo más poderoso de la manada, pero se había pasado. Sara iba a tener que hablar con él seriamente. Se tocó el medallón. Había pertenecido a su familia a lo largo de generaciones. La fuerza de sus antepasadas le enseñaría a no volver a ofenderla de esa manera-. No soy una bruja... Solo soy la hija de Hécate.

Las palabras no parecieron apaciguar a Laura que se escondió detrás del acuario.

–¿Qué os habéis fumado hoy?

Sara se levantó del sofá ante la atenta mirada de Cristina y Ane. Llevaba un año muy duro. Había comenzado con unas plagas, a las que habían seguido un encontronazo con un grupo de hormigas soldados que la habían puesto de los nervios. A continuación había sobrevivido a su boda y al secuestro del padre de Yuri y, finalmente, se había tenido que enfrentar a un asesino con comportamientos psicóticos... Pero aquello, tratar de explicarle a Laura lo que era... lo que eran, le parecía lo más complicado de todo.

Laura era una humana y no podía creer lo que le estaban contando. ¿Cómo iba a hacerlo? Sara había dedicado toda su vida, al igual que sus antepasadas, a mantener el equilibrio entre las criaturas paranormales y a que los humanos viviesen ajenos a la realidad que les rodeaba. Habían intentado evitar por todos los medios que descubriesen que las criaturas que protagonizaban sus leyendas eran reales.

En el fondo, pensó mientras se acercaba a Laura, la resistencia que mostraba a creerla era la prueba de lo bien que lo había hecho su familia.

–Laura, no hay nada que temer. –Se agachó junto a ella. Se había sentado en el suelo y se había cubierto la cara con las manos-. Solo necesitas un poco de tiempo para asimilarlo.

–Pero... No puedo... ¡Es demasiado... aterrador! Y además... me duele tanto la cabeza...

–Yo te ayudaré... –Sara se acercó a ella.

–Quiero despertar de esta pesadilla. Tiene que serlo...

–*Dolori cuivis remdium patienta*. La paciencia es un remedio para todos los dolores. –Tocó el medallón. Laura necesitaba descansar-. *Somnum nunc, requiescere nunc*. Duerme ahora, duerme ya.

Un instante después, Laura estaba plácidamente dormida.

–¿Por qué insistes en que solo eres una bibliotecaria? –Cristina la miró con los ojos muy abiertos.

–Porque es lo que soy... –susurró Sara– y no hables alto o la despertarás.

–¿Y todas las bibliotecarias pueden dormir a sus amigas cuando les apetece? –cuchicheó Ane con una sonrisa en la boca.

–Supongo que con el libro adecuado... –La diversión brilló en sus ojos un instante antes de recuperar la seriedad-. No sé lo que pueden hacer las demás bibliotecarias, pero lo que sí sé es que os necesito para tumbarla en el sofá.

–¿Era necesario dormirla? –Cristina parecía preocupada mientras susurraba la pregunta.

–Se estaba descontrolando... –musitó–. Espero que cuando despierte esté mejor...

No habían terminado de recostarla sobre el sofá cuando notó algo, un movimiento a su espalda antes de escuchar una inconfundible voz.

–Princesa, tenemos un problema.

Yuri, su vampiro de ojos y cabellos negros estaba allí, ¿cómo había entrado con tanto sigilo? La velocidad de los vampiros nunca dejaban de sorprenderla y la de ese vampiro aún más.

Su corazón dio un vuelco. Lo sabía. Por mucho tiempo que pasase siempre provocaría esa reacción en ella. Era el amor de su vida... Cuando se giró dispuesta a dedicarle una sonrisa, su expresión preocupada provocó que se levantase como un resorte.

–¿Qué...?

No pudo acabar la pregunta, las palabras de Yuri habían despertado a Laura que se había incorporado para mirarlo con gesto desconcertado.

–¿Y tú eres un vampiro? ¿En serio queréis que lo crea...?

Sara no tuvo tiempo de decir nada. Tuvo la impresión de estar viendo un accidente. Antes de poder intervenir, Yuri se había girado hacia Laura y le había enseñado sus colmillos. Solo fue un instante, pero el suficiente para que palideciese visiblemente.

–La cabeza... –Laura se volvió a tumbar–. La cabeza me da vueltas...

Sara lo había preparado todo para no asustar a Laura, pero no había contado con que se tuviera que enfrentar nada más saberlo a los colmillos de un vampiro... y a todo lo que vino a continuación.

«¡Maldito Yuri!».

III.

El íncubo y sus tres hermanas, los súcubos, eran criaturas extremadamente inteligentes. De aspecto humano, se alimentaban de la energía del resto de seres vivos. En un mundo donde la vida florecía, disponían de todo lo que deseaban.

–Colmillos... tiene colmillos... –repetía Laura entre susurros.

–¿No te parece que te has pasado? –Sara se volvió a agachar junto a ella mientras la cogía de la mano. A su lado, sus amigas la observaban asustada. A duras penas se mantenía sin perder el conocimiento.

–¿A qué te refieres? –La miró con expresión inocente–. No creía que fuera un vampiro así que tuve que demostrárselo.

–¿Dándole un susto de muerte?

–Necesitaba una prueba de mi naturaleza y era eso o chuparle la sangre. Sinceramente, creo que elegí la mejor opción...

–¡Yuri!

–Aunque me encante que tengas mi nombre o cualquier otra parte de mí en tu boca, princesa... no tenemos tiempo... –La miró fijamente–. Ha aparecido...

Unos golpes en la puerta lo interrumpieron.

Sara no pudo prestarle atención, en el umbral se encontró con Pedro, y Zipi y Zape que entraron como un vendaval.

–¿Has escuchado las noticias?

–Don Pedro... Chicos...

No pudo añadir más. Pedro era el Alfa de la manada de lobos y los hermanos Zipi y Zape sus guardaespaldas; pero, por encima de todo, el Alfa era el compañero de Ane y los hermanos, los de Cristina. Así que la dejaron plantada en la puerta mientras corrían a reunirse con sus compañeras. Justo cuando iba a cerrarla, aparecieron don Alonso y Covadonga.

–Sara... esto es muy preocupante.

–Querida... tenemos un disgusto tan grande... –Covadonga entró delante de él haciendo aspavientos–. ¡Qué no hemos podido ir hoy a misa!

Sara se quedó en la puerta sorprendida mientras escudriñaba la oscuridad. ¿Tendría alguna otra visita? Aun recordaba cuando ni don Alonso, el jefe de la familia de vampiros y padre de Yuri, ni doña Covadonga, su anciana vecina, se atrevían a entrar en su casa... ¡Qué tiempos aquellos! Desde que se habían unido y Alonso había convertido en vampiresa a Covadonga parecían haber superado todos sus remilgos. Lo de la misa prefería no intentar aclararlo. ¿Habían conseguido que el cura de la parroquia oficiara misas de noche? Cualquier cosa era posible tratándose de don Alonso y su imperiosa necesidad de hacer feliz a su esposa.

Algo muy distinto era el caso del Alfa. Don Pedro nunca había tenido problemas para cruzar su umbral, pero siempre había mantenido una actitud respetuosa, casi distante. Sin embargo, ahora, todo había cambiado. La casa redonda de tejado rojo sería su hogar, su reino... el lugar al que todas las criaturas de leyenda acudían en busca de ayuda... pero se había convertido también en el lugar de encuentro de un grupo de amigos... o eso creía hasta que llegó al salón.

Cuando entró comprendió que la reunión iba a resultar un poco complicada.

Laura había terminado desmayándose, mientras Ane y Cristina estaban dirigiendo miradas asesinas a sus compañeros.

–¿No os parece que dejar que vuestros lobos alcanzasen la superficie no era la mejor opción?

–les preguntó Cristina señalándolos con el dedo.

–No creía a nuestras compañeras así que...

Pedro, Zipi y Zape las miraron sin ningún rastro de arrepentimiento...

–Pues podéis creer a vuestras compañeras si os dicen que esta noche vais a dormir solos, porque no pensamos separarnos de Laura hasta que se recupere.

–Exacto –remató Ane.

Las caras de los licántropos se transformaron de forma instantánea al escucharlas. No podían permanecer lejos de sus compañeras durante mucho tiempo... y una noche era para ellos una eternidad.

Sara escondió una sonrisa... Lástima que no tuviese tiempo para burlarse de ellos, a su espalda Alonso se aclaró la voz.

–Sara, ha aparecido un cuerpo en el Puerto...

–No sabes cómo se ha puesto Alonso cuando se enteró –le aseguró Covadonga.

–¿En el Puerto? –¿El Puerto de la vecina ciudad de Gijón? Se giró hacia él antes de escuchar la voz de Pedro.

–¡Estos imbéciles han drenado a un humano!

–¿Un humano?

Los golpes en la puerta volvieron a interrumpirla. Tenía que haberla dejado abierta, habría sido más práctico. Yuri acudió a abrir para volver acompañado de Séfux y San Germain. Séfux, el licántropo, era un friqui de los ordenadores al que Sara siempre recurría cuando quería acceder a la información que no estaba a su alcance. Desde que Yuri y ella se habían casado, vivía con San Germain o Germán, como prefería que lo llamasen, en una casa en el bosque.

Sara tenía la satisfacción de haberlos presentado. Desde el mismo día en que se conocieron había surgido una conexión entre ellos; una que los había llevado a vivir juntos muy poco tiempo después. Germán, su padrino, era todo un personaje. No sería un licántropo ni un vampiro, pero no era una criatura normal... por algo había sido el padrino de varias generaciones de hijas de Hécate.

–Sara, el cuerpo en el Puerto. –Séfux la miró preocupado.

–¿Es tan malo?

–Peor... La autopsia menciona la palabra vampiro.

–¿Un vampiro?

Laura había recuperado el conocimiento y había escuchado la noticia. Sara estudió la posibilidad de lanzarle de nuevo un conjuro que la dejase adormecida, pero Germán y Covadonga se le adelantaron.

–Querida, ¿qué ocurre? –le preguntó Germán.

–Cuéntanoslo... Nosotros te ayudaremos –se ofreció Covadonga.

Durante los preparativos de la boda, Laura había conocido a Germán y Covadonga y habían simpatizado. No era extraño, su padrino era una criatura encantadora que seducía con su conversación a todo aquel que lo conocía. Siempre tenía alguna anécdota que contar, alguna broma que gastar... aunque solo tenía ojos para Séfux, su compañero. Y en cuanto a su vecina... Covadonga era Covadonga, una fuerza de la naturaleza imposible de parar.

–Estoy rodeada de vampiros, licántropos y una bruja... ¿No es increíble?

–¡Qué me vas a contar!

–Al menos... Al menos estamos nosotros tres... ¿Verdad? Vosotros no sois ni vampiros ni licántropos.

–Bueno... yo, en realidad... –Covadonga escondió una sonrisa traviesa.

–En realidad doña Covadonga es una vampiresa...

–¡No! –Laura se cubrió la boca asustada.

–Pero no temas... yo no soy nada de eso... –la tranquilizó Germán.

Laura parpadeó varias veces antes de que una tímida sonrisa se asomase a su rostro.

–Tú... eres un hombre normal...

–¿Normal? ¡Por supuesto que sí! –La miró con expresión risueña–. Salvo por un pequeño detallito.

–¿Detallito?

–Nací hace más de mil años.

Laura no necesitó más. Cayó de nuevo fulminada de la impresión.

IV.

***Muy** pronto necesitaron más. Querían más poder, más energía, más vidas que cobrarse y para ello, necesitaban multiplicarse. El íncubo tomó a sus hermanas; Temis, Tetis y Febe, como esposas y, muy pronto, su número creció.*

Estaba harta. Primero había sido la discusión en su salón.

Alonso le había explicado lo que sabía del asesinato entre las continuas quejas de Pedro que no había desaprovechado la oportunidad de meterse con él. Vampiros y licántropos habían tenido una relación que solo se podría describir como de odio eterno desde el principio de los tiempos. Contra todo pronóstico, sin embargo, en aquella pequeña comunidad que habían formado en Llantones se habían, hasta cierto punto, llegado a respetar. Pero... eso no quería decir que no aprovecharan cualquier oportunidad para lanzarse todo tipo de pullas y la aparición del cuerpo sin vida y sin sangre de un joven había sido la excusa perfecta.

Sara sentía afecto por ambos, pero a veces se comportaban como niños malcriados que la utilizaban como árbitro de sus continuas disputas. Aunque, el que Covadonga estuviera presente tampoco había facilitado las cosas. Afortunadamente, Ane y Cristina no se habían inmiscuido en la discusión; estaban intentando reanimar a Laura en la habitación de al lado. No se querían arriesgar a que despertase y el comportamiento poco delicado de vampiros, licántropos y alguna otra criatura milenaria volviese a provocarle un desmayo.

—¿Quién ha sido? —Pedro se cruzó de brazos delante de Alonso con expresión retadora.

—Te repito que no ha sido ningún miembro de mi familia. He contactado con todos ellos y...

—¿Estás seguro? —El Alfa, con Zipi y Zape tras él lo miraba fijamente. Su rostro estaba lleno de ironía.

—Si mi Alonso dice que no ha sido ningún vampiro... —Covadonga entrecerró los ojos en dirección al licántropo. Su vecina, a pesar de su edad, más de ochenta años, era una criatura temible ya antes de transformarse en vampiro... así que tras su transformación era sencillamente aterradora—. ¡No lo ha sido! ¡Habrase visto este insolente!

Alonso tomó la mano de su esposa tratando de tranquilizarla antes de responder al Alfa.

—¿Insinúas que no controlo a mi familia?

—No insinúo nada. Los hechos están ahí, ha aparecido un humano sin una sola gota de sangre en su cuerpo y una reveladora marca de colmillos en su cuello.

—¡Eso no quiere decir nada!

Covadonga apretó la mandíbula al escuchar al licántropo antes de tomar su bolso y comenzar a revolver en él de una forma bastante sospechosa.

Sara, que sabía de la afición de su vecina por el spray pimienta y los paraguas asesinos, se acercó con paso rápido a ella y, antes de que la sangre llegase al río, le arrebató el bolso con la excusa de que estaría más cómoda sin él. Covadonga entornó los ojos en su dirección, pero no se lo impidió.

—¿O puedes demostrar lo contrario? —Insistió Pedro.

Alonso se revolvió. Sara había tenido que llevar varias sillas de la cocina hasta el salón. Germán y ella ocupaban el sofá, mientras que, del otro lado, lobos y vampiros se mantenían

frente a frente... Desde su posición, Sara intentaba que la reunión no terminase en catástrofe, pero no estaba muy segura de conseguirlo.

—Debemos calmarnos todos.

Trató de tranquilizarlos mientras alejaba el bolso de su vecina. Lo miró de reojo... ¿Sería posible que intuyese un rodillo de amasar en su interior? Decidió sacarlo de su bolso de forma subrepticia y esconderlo bajo uno de los cojines.

Negó con la cabeza. Aquello era demasiado. Vampiros y licántropos se habían enfrentado en innumerables ocasiones y no tenía ganas de que se iniciase una guerra en su salón. Sus antepasadas habían dedicado buena parte de sus esfuerzos a evitar que los humanos fueran conscientes de sus continuos enfrentamientos. Ella no fracasaría ahora, aunque a juzgar por la cara de Covadonga no estaba muy segura de ello. Sus antepasadas no habían tenido que enfrentarse a la situación de que una fuerza de la naturaleza como su adorable vecina formase parte de la ecuación. Se giró hacia Séfux tratando de desviar la conversación.

—¿Qué dice el informe policial? ¿Quién era la víctima?

—Se trata de un varón blanco de treinta y cinco años con un extenso historial como traficante de drogas.

—¿Traficante?

—Sí, lo que los policías llaman camello.

—Los humanos y su sentido del humor... —masculló Pedro.

—Apareció muerto ayer de madrugada en un callejón junto al Puerto Deportivo.

—Pues entonces yo no he podido ser... ¿Verdad, princesa? —Yuri le guiñó un ojo—. A esa hora Sara y yo estábamos estrenando la nueva mesa de la cocina.

Todos miraron a Sara un instante antes de que la comprensión se dibujase en sus rostros. Germán fue más allá y le sonrió de forma conspirativa.

—¡Yuri!

Lo miró enfurruñada mientras sus mejillas se sonrojaban. ¿Era necesario que declarase en voz alta lo que habían estado haciendo sobre la mesa... las sillas... y junto al fregadero?

Repentinamente se sintió acalorada. Metió la mano bajo los cojines del sofá y sacó el rodillo. Durante un instante pensó en lanzárselo a su vampiro, pero prefirió usarlo para abanicarse. Después de todo iba a ser útil.

—En la autopsia se encontraron dos agujeros en el cuello que encajarían con unos colmillos y ni rastro de sangre en su cuerpo.

—Pero...

—Lo peor es que el forense menciona que las heridas y el estado del cuerpo sugieren que algún tipo de vampiro podría estar relacionado con el asesinato.

—¡Mierda! —Se le escapó a Sara mientras Alonso y Yuri negaban con la cabeza contrariados.

La posibilidad de que los humanos descubriesen que vampiros, licántropos y demás criaturas paranormales existían era un riesgo real que no podían ignorar. Todos sabían lo que eso podía suponer. Los humanos temían lo que no conocían y, en el pasado, eso había significado una cosa; muerte. Los seres humanos eran así; eliminaban todo aquello a lo que temían. No se podían arriesgar a repetir los mismos errores. No podían exponerse a que se iniciase una caza de brujas.

—¡Eso mismo pensé yo! Lo que ha hecho alguno de tus vampiros es una auténtica mierda. —El Alfa estaba muy enfadado—. Alonso... ¿No crees que le debes una disculpa a Sara? La hija de Hécate siempre ha luchado por mantenernos ocultos de las miradas de los humanos.

Alonso apretó los puños, pero su esposa se le adelantó.

—¿Disculpa? Disculpa es lo que yo voy a... —Covadonga se levantó de un brinco. La anciana

tenía esos arrebatos de energía inesperados ya antes de su transformación y ahora... ahora podía pasar cualquier cosa. Afortunadamente, Germán estaba allí.

–Doña Covadonga... ¿No querrá usted echarle un vistazo a los nuevos peces del acuario?

–Pero... –Covadonga parpadeó varias veces mientras Germán la tomaba de la mano mientras desplegabla todo su encanto.

–Yuri me ha dicho que hay uno especialmente adorable... –Sara se sintió inmensamente agradecida. El don de gentes de su padrino era legendario y su ayuda en ese momento impagable. Un instante después, Covadonga y Germán estaban observando los peces ajenos a la discusión que se desarrollaba en el salón.

–Yo solo digo que es inaceptable que un vampiro ponga en riesgo nuestra seguridad... – Pedro siguió.

–¡Cómo...! –El jefe de la familia de vampiros estaba demasiado furioso para responder.

–Estás suponiendo que ha sido un vampiro, pero si mi padre afirma que no es así... debes creerlo. –Esta vez fue Yuri quien defendió a su padre. Pedro y él tenían algo muy parecido a una amistad, pero no podían evitar renunciar a su propia naturaleza; dos especies enfrentadas desde siempre.

–¿Crearlo? Últimamente está demasiado ocupado con su nueva esposa y...

–¡No metas a Covadonga en esto! –Alonso no aguantó más, un instante después se había lanzado sobre Pedro.

En un parpadeo, Sara vio como Zipi y Zape se colocaban delante de su Alfa y Yuri hacía lo propio con su padre mientras Séfux se quedaba congelado.

Sara no necesitó esperar más. Tocó su medallón. No podía permitir que se descontrolasen de esa forma.

–*Omnis quiescis, omnis adhuc*. Todos callados, todos quietos.

–Pero...

–Yo...

Fueron las últimas palabras del Alfa y del jefe de la familia de vampiros. Sara no estaba para tonterías. Si querían pelear, no iba a permitir que lo hiciesen en medio de su salón. ¡Aquella era la casa redonda de tejado rojo! ¡Tonterías las justas! Yuri le dedicó una mirada suplicante, pero la ignoró.

–*Omnis quiescis, omnis adhuc!* ¡Todos callados, todos quietos! –Miró fijamente a Pedro, Zipi y Zape, Alonso y Yuri. ¿Creían que iba a dejar que se peleasen sin hacer nada? ¿Nunca aprenderían?

–Princesa...

–*Nunc!* ¡Ahora!

De repente, todos estaban congelados y, al fin, Sara se relajó.

–Nadie va a discutir con nadie y no va a haber más reproches ni insultos. Vais a ser buenos chicos y comportaros, porque si no... –Les amenazó con el rodillo que todavía tenía en la mano—. Si no vais a tener que véros las conmigo. ¿Entendido? Podéis pestañear para mostrar vuestro acuerdo.

Los ojos de licántropos y vampiros se movieron a la vez.

–Bien... pues entonces creo que podemos dar por finalizada esta reunión.

–¡Qué bien! Estamos a tiempo de llegar a misa... –Covadonga le dirigió una mirada agradecida desde detrás de la pecera.

–Pues... –Sara giró la cabeza al escuchar la voz de Laura a su espalda. Estaba en la puerta del salón. Por suerte, parecía haberse recuperado—. Serás una bibliotecaria, pero desde aquí...

pareces un poco bruja...

Al recordarlo se le escapó una sonrisa, al menos Laura había asumido la realidad. Después de todo, no se lo había tomado tan mal. Un par de desmayos y una crisis de ansiedad no era algo muy exagerado para el descubrimiento que había hecho. No se había equivocado con ella... como tampoco se había equivocado con Yuri.

Yuri y sus cosas... el siguiente motivo por el que estaba harta. Llevaba un par de semanas, desde que habían rescatado a Cristina, en el que sus cosas tenían que ver con patucos y sonajeros. Si algo sabía de su vampiro era que era incansable... bajo las sábanas y cuando una idea se cruzaba por su cabeza. Y lo que ahora lo tenía obsesionado era la idea de tener un hijo.

Negó con la cabeza... ¿Obsesión? Más bien no había fuerza humana ni sobrenatural que pudiera borrarle de la cabeza la idea de tener un hijo.

Todavía esa misma madrugada, después de que todos se fueran, entre sus brazos, mientras le susurraba al oído todo lo que pensaba hacerle... como planeaba volverla loca... había vuelto a insistir en ello.

–Un lindo bebé.

–No.

Con su boca lamiendo sus pechos y sus hábiles dedos torturando su núcleo...

–Con tus ojos y mi capacidad de seducción.

–He dicho que no.

Con sus cuerpos entrelazados y su polla haciéndole perder la cabeza...

–¿No sería precioso?

Dudó... un instante... mientras el orgasmo la arrasaba. Un bebé con Yuri... Una extraña sensación llenó su vientre. Una necesidad que nunca había sentido dominó su corazón.

Desgraciadamente, siempre estaba tan ocupada... Siempre había algún nuevo misterio, un problema o alguna desaparición. ¿Era eso justo para un bebé? Un niño necesitaba atención, mimos, tiempo...

Suspiró. Sí, sería precioso... o más bien preciosa. Todavía entre sus brazos se giró para mirarlo. No había nadie como él. No hacía ni un año que lo había conocido y no imaginaba su vida sin Yuri. A ella la llamarían bruja, pero... ¿qué conjuro le había hecho aquel vampiro?

Volvió a suspirar.

–¿Sabías que solo puedo tener hijas? –Las hijas de Hécate solo daban a luz a hijas de Hécate. Esa era una norma inmutable.

–¿Solo niñas? –Sus ojos se volvieron repentinamente soñadores—. Entonces... ¡Una niña preciosa!

No parecía que nada lo desalentase... así que tuvo que recurrir a un arma de destrucción masiva.

–¿Eres consciente de que quizás se interese por un licántropo? ¿Qué te parecería que tu niñita se quedase prendada de los encantos de uno de ellos? –Un recuerdo vino a su cabeza. Su primera cita y la película que habían ido a ver—. Recuerdo que te gustaba Crepúsculo... ¿En esa saga, la hija de un vampiro no se enamoraba de un licántropo? Imagínatelo...

Ahí se había acabado la conversación, pero no era tan ingenua. Yuri, su vampiro, volvería al ataque en poco tiempo. Seguramente esa misma noche en cuanto el sol se escondiese.

Miró alrededor. En la biblioteca solo estaban los habituales. Escondió una sonrisa mientras

pensaba en su vampiro. A pesar de todo... ¿Qué haría sin él?

No tuvo tiempo de repasar más lo que había ocurrido la noche anterior. La aparición en la puerta de una pareja de desconocidos llamó su atención. Sara observó sus movimientos intrigada. Se trataba de un hombre y una mujer que no había visto en su vida. ¿Por qué parecían fuera de lugar?

—Buenos días. —No tardaron en dirigirse a ella—. ¿Es usted la bibliotecaria?

Sara miró sorprendida a su interlocutora; joven, ojos verdosos y cabellos marrones... No le habría llamado tanto la atención su altura, no llegaba al metro y medio, si no fuese porque su acompañante le sacaba dos cabezas.

—¿Es usted la bibliotecaria? —Repitió la pregunta mientras pegaba pequeños golpes con el pie en el suelo—. ¿Es usted Sara Hécate?

¿Quién era aquella chica?

—Sí... ¿Y usted es...?

—Detectives Bécquer y Baroja... Milo Bécquer... —Señaló a su acompañante mientras le mostraban sus placas identificativas—. Y yo soy Serena Baroja.

Casi se le escapó una carcajada. ¿Serena? No lo parecía por la forma en la que golpeaba el suelo. ¿Y esos apellidos en una biblioteca? Se contuvo. ¿Por qué estaban allí?

—Encantada. —Volvió a observar a la detective. ¿Cómo había logrado entrar en la policía con esa altura? ¿No había alguna talla mínima? No parecía muy mayor... ¿Quizás treinta y cinco?—. ¿En qué puedo ayudarles?

—¿Reconoce esto?

Ante ella apareció un pequeño marcapáginas dentro de un plástico con una etiqueta pegada que lo identificaba. No necesitaba ser policía para darse cuenta de que se trataba de una prueba. ¿De qué?

—¿Puedo?

—Por supuesto. —El detective parecía mucho más tranquilo que su compañera. Sus ojos verdes no perdían detalle de lo que lo rodeaba. ¿Cuántos años tendría? Su cabello ya estaba gris, pero no parecía pasar de los cuarenta.

Sara lo tomó entre sus manos. Lo reconoció de inmediato. Aun recordaba cuando lo había encargado para repartirlo entre los niños del colegio. Junto a la biblioteca estaba el colegio de primaria y, cada poco tiempo, organizaban actividades conjuntas de iniciación a la lectura. Respiró hondo. ¿De qué iba todo aquello?

—¿Lo reconoce? —repitieron la pregunta.

—Sí... lo reconozco. Hace unos meses, encargamos la impresión de unos cien de estos marcapáginas para celebrar el día del libro.

—¿Qué hicieron con ellos?

—Los repartimos entre los niños de la escuela de aquí al lado para celebrar el día del libro.

—¿El pasado 23 de abril? —Los detectives se miraron.

—Exacto...

—¿Es algo que hacen de forma habitual? —El detective la estudió con atención.

—Sí... Organizamos talleres y actividades para familiarizar a los niños con la biblioteca y fomentar la lectura...

—Interesante...

¿Por qué esa simple palabra en la boca de Serena Baroja sonaba como una acusación? Pero, lo que era más perturbador... ¿Por qué uno de sus marcapáginas estaba en una bolsa de pruebas de la policía?

–Detectives... –Les devolvió el marcapáginas–. ¿Puedo preguntarles de dónde ha salido?
Los agentes se miraron.

–Estaba en el bolsillo de una víctima de asesinato que apareció junto al Puerto –le explicó
Milo Bécquer–. No podemos decirle nada más.

Sara tampoco necesitaba saber nada más.

V.

***El** íncubo vivía solo para devorar energía y engendrar descendientes. Su poder crecía cada día... Mezclándose entre sus víctimas... Moviéndose con la astucia de un depredador siempre al acecho... Su nombre se convirtió en sinónimo de muerte.*

Laura se levantó como todos los días para ir al trabajo. Ser conserje de la piscina municipal de Llantones no era lo más emocionante del mundo, pero pagaba las facturas. Su vida era eso; levantarse, cuidar sus geranios, trabajar y volver a casa sola. Le habría gustado cultivar rosas, rosas blancas, sus favoritas, pero eran demasiado caras y delicadas y, en el pequeño piso, no disponía ni de tierra ni de espacio para cultivarlas. Como con tantas otras cosas, debía conformarse con lo que tenía.

Había aprendido a aceptar que no se podía tener todo; pero que, a pesar de ello, había que seguir adelante. ¿No era eso vivir? Se había terminado convenciendo de que debía serlo.

Cuando era mucho más joven... Cuando ni siquiera había llegado a la veintena, había soñado con una vida muy diferente. Una en la que no estaba sola. En la que tenía alguien a su lado, alguien a quien amar y que la amase. Esa había sido su única ambición. Por eso, durante buena parte de su juventud había esperado el amor, o más bien lo había buscado activamente; pero, a los veintiocho años, se sentía derrotada.

Quizás era que esperaba demasiado o quizás no era lo suficientemente especial como para levantar las pasiones que ella quería vivir.

Al fin y al cabo, con sus ojos y cabellos marrones, su rostro no especialmente hermoso y su cuerpo escasamente tentador tampoco podía esperar provocar arrebatos sentimentales. No podía esperarlo; pero, hasta hacía pocos años, lo había deseado con desesperación. Afortunadamente, la realidad se había impuesto y ya no se hacía ilusiones.

Seguramente era demasiado joven para pensar así, pero a veces la edad no se corresponde con los años de vida sino con las experiencias que se han ido acumulando.

Tras echar un ojo a sus macetas y, mientras revolvía el café, revisó brevemente sus redes sociales antes de estudiar la cartelera. ¿Habría algún estreno interesante?

Sonrió sin alegría. Más que interesante, lo que necesitaba era una nueva dosis de película romántica en vena. En su vida no habría lugar para el romance, pero eso no significaba que no lo buscara en la pantalla de cine.

Suspiró mientras miraba por la ventana sentada en su destartada cocina. Ya se veía a algún vecino caminando por la calle. Había vivido en aquel pueblo toda la vida. Su madre, un espíritu libre, la había tenido muy joven. Su padre era un misterio, el guitarrista de una orquesta que había actuado en una verbena. Se habían conocido una noche y ella había sido la prueba fehaciente de la intensidad de su atracción. Desgraciadamente, su madre no tenía instinto maternal, sino instinto aventurero. En cuanto había sido capaz de valerse por sí misma, se había acostumbrado a verla desaparecer cada poco tiempo en dirección a cualquier punto del planeta. Siempre estaba dispuesta a ayudar. Era una persona con la que podía contar cualquier ONG...

Solo tenía un defecto; su hija era la única que no podía contar con ella.

Ahora estaba de nuevo lejos, en algún país del sudeste asiático con una ONG que estaba reconstruyendo las infraestructuras destruidas durante el último terremoto. No recordaba con exactitud los detalles. Nadie podía culparla. Ya había perdido la cuenta de sus viajes.

En realidad no había mucha diferencia entre ambas. Su madre buscaba la emoción de la aventura... y ella buscaba la emoción de sentirse amada con un amor tan apasionado como los que aparecían en «Memorias de África» o «Titanic»... aunque, por supuesto, sin accidentes aéreos ni naufragios.

Por desgracia, su historia sentimental había sido una sucesión de catástrofes. A lo largo de su vida lo único que había conseguido era que la abandonasen una y otra vez. ¿Era pedir demasiado poder vivir una historia de amor apasionada como las que mostraban las películas?

Sí, debía serlo porque su vida amorosa, si hubiese sido una película, no habría pasado de melodrama... y de los más patéticos. Siempre había sido demasiado ingenua, demasiado tonta y había estado demasiado desesperada por ser amada.

Había tenido su primer novio con catorce años. Cuando un chico diez años mayor se había fijado en ella se había sentido especial... y no había reparado en lo evidente.

Raúl era tan guapo, tan atento, tan experimentado, tan... ¡capullo! Todavía recordaba la emoción que la dominaba cuando lo veía a la puerta del instituto esperándola, sus primeros besos... sus caricias... su obsesión por llevarla a la cama.

No se había dado cuenta de lo que quería de ella, hasta que se había largado tras arrebatarse la virginidad.

—Eres demasiado infantil.

Esa fue la única explicación que le había dado antes de despedirse de ella y pasar a la siguiente.

—Pues no te parecía nada infantil durante los tres meses que me repetiste día y noche que estabas loco por mí y no podías seguir viviendo sin meterte entre mis piernas.

Tras cuatro semanas de llantos y medio minuto de reflexión, lo comprendió. Había tenido mala suerte. Raúl era un alpinista; siempre estaba ansioso por hacer cumbre el primero.

Tardo cuatro años en recuperarse. Con dieciocho años conoció a su segundo novio. Esta vez era de su misma edad. Ignacio era tan divertido, tan cariñoso, tan detallista, tan... ¡mujeriego! Todavía recordaba cómo se había desvivido por caerle bien a sus amigas... hasta que descubrió que no era por hacerla feliz sino porque no creía en la monogamia. Quería una relación abierta y el problema era que no había sido consciente de ello hasta que lo había descubierto liándose con la que hasta entonces había sido su mejor amiga. Sí, había llevado el concepto de desvivirse a otra dimensión... concretamente la horizontal... sobre una cama.

—Eres demasiado estrecha.

—¡Y tú demasiado cabronazo!

Era lo que tenían los cabrones, como las cabras, siempre tiran al monte... para tirarse a otras cabronas.

Esta vez tardó menos en recuperarse, solo dos años. Ya tenía veinte años cuando conoció a Pablo. Su tercer novio... había sido un caso aparte. Para él no era ni demasiado infantil, ni demasiado estrecha; simplemente no era nada.

—Eres una inútil. No vales para nada.

Durante meses, se sentía avergonzada al recordarlo, había permitido que la tratase como una

mierda. Todo había comenzado de una forma inocente, criticando su forma de vestir. De ahí había pasado a burlarse de su forma de hablar y, finalmente, había terminado humillándola siempre que se le presentaba, aunque fuera, la más pequeña oportunidad. Y, debía reconocer, tenía un don para hacerlo. Sabía perfectamente que teclas tocar para dejarla hundida. ¡Era un artista!

Afortunadamente, había conocido a Cristina y, gracias a ella, había comprendido que no tenía que aguantar todo aquello. Sin ella, no sabía cómo habrían acabado las cosas con Pablo. Prefería no pensarlo demasiado.

—¿No sirvo para nada? Pues al menos sirvo para mandarte a la mierda, que es como tú me tratas.

Las buenas amigas estaban para eso y Cristina siempre lo había sido. Desgraciadamente, después de todas sus experiencias, había tocado fondo y había comprendido que lo suyo no eran los novios, así que había decidido renunciar al compromiso.

—Has tenido mala suerte... —le solía repetir Cristina que de mala suerte sabía mucho. Era la persona más gafe que había conocido en su vida...

—¿No lo entiendes? Los dioses o el destino, no sé muy bien quién, me han enviado un mensaje. Raúl, Ignacio y Pablo... RIP... *Rest In Peace*... Los novios para mí pueden descansar en paz...

Así que, durante unos meses, se dedicó a las relaciones de una sola noche... para descubrir que eso tampoco era lo suyo, porque nunca triunfó. Pronto comprendió que lo que buscaba era el romance, justo lo que una relación de una noche no le podía proporcionar.

Volvió a revolver el café. De nada servía recordar todos sus fracasos buscando infructuosamente donde había estado su error, qué debía haber hecho para que todo no se hubiese ido al traste. Estaba sola, tenía que asumirlo... Si al menos pudiese adoptar un gato... Era un cliché lo de las mujeres solteras y los gatos... ¡Ni siquiera le quedaba ese consuelo! La alergia la mantenía lejos de aquellos adorables animales.

¿No había nada que pudiese proporcionarle un respiro?

Al final... solo le quedaban sus geranios, el helado que guardaba en el congelador a buen recaudo, las películas y sus amigas...

¿Sus amigas?

Quizás el problema era ella... Que a pesar de todo seguía siendo la misma niña ingenua de catorce años fascinada por el chico mayor. Acababa de descubrir que todas tenían parejas... poco convencionales. Sabía que tenía que estar agradecida de que hubiesen confiado en ella y se lo hubiesen revelado... pero... la experiencia que había vivido en la casa de Sara todavía la hacía temblar.

¿Vampiros? ¿Licántropos? ¿Brujas? ¿Hombres milenarios?

Le estaba costando asumirlo.

¿El mundo era eso? ¿Al igual que le había pasado con los hombres, siempre había vivido a oscuras sin ser consciente de la realidad que la rodeaba?

No sabía qué creer. En la cocina del pequeño piso en el que había crecido con su madre respiró hondo mientras volvía a revisar la cartelera.

Las películas solo la hacían llorar durante un par de horas, los actores no la miraban con desdén, los vampiros y licántropos que aparecían en ellas eran de pega y, si no le gustaban, podía dejarlas a medias sin dar explicaciones.

¿Para qué necesitaba más si podía ver una película?

—¡Mentirosa! —susurró para sí... aunque... ¿Quién se iba a enterar? Esa era la única ventaja de estar sola.

VI.

Todos lo conocían. Vampiros, licántropos y humanos temían su presencia. ¿Cómo no iban a hacerlo? Tomaba lo que quería, cuando quería y como quería. Nadie era capaz de oponerse a él. Nadie era tan osado. ¿Qué sentido tenía cuando solo los dioses tenían suficiente poder para enfrentarse a él?

—**Solo** digo que, aunque... —Se notaba que solo decirlo en voz alta ya se le hacía imposible. No quería ni pensar qué ocurriría si algún día sus temores se hacían realidad—. Aunque nuestra adorable hija se fije en un licántropo...

—¿Se fije? —Le sonrió con ironía.

—Tú ya me entiendes... —Yuri tragó saliva ruidosamente. Pues sí que le había afectado la posibilidad que le había planteado de que su futura hija se enamorase de un licántropo—. Se... ¿quede prendada?

—¿No eres un poco cursi?

—¿Cómo quieres que lo diga?

—Que se enamore, se vuelva loca, pierda la razón, se sienta atraída...

—¿Por un licántropo? —Negó con la cabeza—. Lo dudo. Seguro que hará caso a su padre y eso no ocurrirá.

—Pues teniendo en cuenta tu historial, lo más probable es que sí ocurra.

Antes de conocerse, Yuri había sido un auténtico donjuán. Había tenido aventuras con todo tipo de criaturas, incluso con la hija del Alfa de una de las manadas del norte. Por eso se había trasladado con su padre. Hasta entonces había vivido con su madre en algún lugar del norte que nunca le había explicado. Sus padres se habían separado poco después de que él naciese y había crecido con su madre, pero una manada enfurecida lo había convencido de que era una buena idea cambiar de aires.

—Eso...

—Si no recuerdo mal... —insistió— tuviste tus esgarces con una licántropa.

—Eso fue distinto. —Volvió a negar con la cabeza. Sara sonrió para sí, su vampiro estaba preocupado por la vida sentimental de una hija que ni siquiera había nacido. Era enternecedor.

—¿Distinto?

—Ella será una niña —declaró satisfecho.

—¡Machista! —¿En serio había dicho eso? ¿En qué época vivía? De vez en cuando, Yuri se comportaba como un carcamal trasnochado.

Sara suspiró... En realidad... ¿por qué le sorprendía? A veces se le olvidaba que su vampiro había nacido hacía más de un siglo; tenía ciento cincuenta y dos años. ¿Era tan extraño que tuviera una visión tan antigua de las cosas?

Negó con la cabeza. No era excusa.

—¡No! Un padre preocupado.

Sara se detuvo y lo miró de arriba abajo. Sus ojos negros le devolvieron una mirada ansiosa. No podía enfadarse con él. No cuando su rostro estaba lleno de preocupación. Hasta su cabello negro revuelto parecía reflejar la agitación que dominaba al vampiro. No tenía que haberle

sugerido que su futura hija quizás se podía enamorar de un licántropo. Había sido culpa suya... pero no le había dejado otra opción. Ahora no podía hablar de otra cosa. ¿Cómo había creído que, de esa forma, aplacaría su deseo de ser padre?

–Yuri.

–En serio, creo que ese no sería un problema...

–Yuri...

–Y además...

–¡Yuri!

–Qué carácter...

–¡Si ni siquiera estoy embarazada!

–¡Otro motivo más para ponernos a ello! –En el estrecho pasillo, la agarró por la cintura y la besó–. Princesa, dime que sí...

–¿Yuri? –Su vampiro tenía ese poder sobre ella, el de hacerle olvidar hasta su nombre. Cuando estaba cerca, cuando la besaba, cuando notaba su calor... No podía resistirse...

–Dime que tendremos una hijita... Una dulce brujita como su madre...

No podía resistirse salvo que la llamase bruja. Sara se escabulló de su abrazo.

–¿Bruja? ¡Ya sabes que odio que me llamen así!

–¡Nimiedades! Estoy hablando en serio... –Ignoró sus protestas–. ¿No sería maravilloso?

–¿Nimiedades? ¡No digas tonterías!

–Princesa... –Su voz susurrante era el conjuro más poderoso... Tanto que, cuando se volvió a acercarse a ella, ya se le había olvidado el motivo de su enfado. Yuri no perdió el tiempo. Un instante después sus labios recorrían su cuello mientras su voz se colaba en su oído hasta hacer su voluntad papilla–. Di que sí.

Sara parpadeó varias veces, mientras notaba como el calor se instalaba entre sus piernas. ¿Qué tenía Yuri que la volvía loca? Trató de controlar su respiración.

Inspirar... Espirar...

–Di que sí –repitió.

¿Qué estaba haciendo?

Inspirar...

¿Qué estaban haciendo allí?

Espirar...

¿Qué estaban haciendo allí aquella noche?

Cerró los ojos tratando de ignorar las sensaciones que le provocaba Yuri hasta que, a duras penas, recobró el control de sí misma y, de un salto, se separó de él.

Parpadeó de nuevo y miró a su alrededor. ¿Cómo era posible que se le hubiera olvidado?

–¿Crees que es un buen momento para hablar de bebés mientras estamos colándonos en la morgue?

–Pues...

–Te lo voy a decir yo... ¡No es un buen momento!

Después de la visita de la pareja de policías, Sara había decidido investigar. Séfux le había enviado por correo electrónico el informe completo. La foto de la víctima llamó su atención. Su nombre, Tijuán López, no le pareció conocido, pero su rostro estaba segura de no haberlo visto nunca. Estaba cubierto de tatuajes. Cualquiera que lo viese podía imaginarse que no se dedicaba a negocios muy legales. Si hubiese estado alguna vez en la biblioteca, se habría acordado.

Primero había acudido al callejón donde había aparecido el cadáver. Situado junto al Puerto Deportivo, le sorprendió lo vacío que estaba frente al tumulto que abarrotaba el Puerto. Si se

dedicaba a vender drogas no le extrañó que lo hubiesen asesinado allí, estaba cerca de su clientela potencial. Negó con la cabeza. Nunca había entendido la necesidad de drogarse. ¿Cómo podía alguien pasarlo bien convirtiéndose en alguien que no era? ¿Qué gracia podía tener perder el control de tu cuerpo y engañar a tu mente? Siempre había supuesto que algunas personas necesitaban huir de quienes realmente eran para ser felices y se imaginaba que las drogas debían ser la opción más sencilla para lograrlo; pero, aun así, recurrir a ellas estaba fuera de su capacidad de comprensión.

Desgraciadamente, en el callejón, no encontró ninguna pista. Trató de concentrarse y buscar algún rastro de energía o alguna presencia que le indicase lo que había ocurrido, pero no percibió nada.

La pocilga donde vivía sí le había sido de utilidad. Tras colarse en su casa había comprendido que era muy extraño que el marcapáginas de su biblioteca o de cualquier otra apareciese en su bolsillo. Entre aquellas cuatro paredes había de todo menos libros. ¿Qué interés podía tener aquel camello en guardar algo así? ¿Tendría algún sobrino o primo que estudiase en el colegio de Llantonos que se lo hubiese regalado? Le parecía muy improbable. ¿Qué padres iban a permitir que un niño se relacionase con alguien como él?

Cuando había vuelto a casa y, al fin, Yuri se había despertado había decidido ir más allá y visitar la morgue. Aunque estaba vigilada, había hecho uso de sus habilidades; a los guardias se les veía cansados, seguro que cuando se despertasen del sueño reparador en el que habían caído se sentirían mucho mejor.

No pudo evitar sonreír para sí. En el fondo les estaba haciendo un favor... Uno que ella se iba a cobrar echándole un vistazo al cadáver. O, al menos, ese era el plan hasta que Yuri había aprovechado el momento para, como siempre, intentar conseguir lo que se proponía.

—¡No es un buen momento! —repitió.

—Pero...

—¡Chis! Todavía nos van a pillar.

A tientas avanzaron por los pasillos con Yuri pisándole los talones. Sara no pudo evitar ser consciente del extraño silencio que los rodeaba, las paredes y los techos blancos, las baldosas impolutas... Todo era tan aséptico y frío como la muerte. Un escalofrío recorrió su espalda. Detrás de ella, Yuri puso su mano en su cintura. Su vampiro siempre estaba pendiente de sus emociones. Era muy afortunada. Yuri era su otra mitad. No se imaginaba su vida sin él. ¿Cómo sería como padre? Conocía la respuesta. Estaba segura, el mejor.

No tuvo tiempo de pensar más en ello. Cuando alcanzaron la puerta detrás de la que se encontraban las cámaras donde conservaban los cuerpos, contuvo la respiración...

Para soltarla de repente al descubrir un par de figuras de espaldas.

—¿Qué diablos?

Alonso y Covadonga habían abierto uno de los compartimentos y estaban observando un cadáver... el del camello.

VII.

No era un dios... Todos sabían quiénes eran los nuevos dioses, pero era mucho más poderoso que cualquier otra criatura de la faz de la Tierra. Ni sus hermanas ni sus hijos eran capaces de hacer sombra a su enorme poder. No solo se alimentaba de energía; pronto comenzó a dominarla. Cuando descubrió que podía cederla o absorberla a su antojo y que, a través de ella, podía conocer los secretos de cualquier criatura con solo tocarla se sintió muy complacido.

–Hola, queridos...

Sara parpadeó varias veces. ¿De qué iba disfrazada su vecina? Negó mentalmente. Ahora era la esposa de Alonso, el jefe de la familia de vampiros, el padre de Yuri así que, técnicamente, era su madrastra... ¿Y de alguna forma también la suya? Todavía le costaba creer que la adorable viejecita cotilla que había vivido toda su vida junto a su casa, ahora se había convertido en una vampiresa tras unirse a Alonso.

–Papá... –Tras saludar a su padre con un ligero movimiento de cabeza, Yuri se giró hacia Covadonga. Inmediatamente, se agachó para que esta pudiese estampar dos besos en su mejilla. Sara observó la sonrisa que se había dibujado en la cara de su vampiro. Siempre le había caído bien Covadonga—. Mamá...

Sara observó a la pareja. Alonso, como siempre, iba impecable con un traje azul marino, una corbata granate y un pañuelo del mismo color en el bolsillo delantero de su chaqueta. Desde que se había casado con Covadonga, había comenzado a teñirse el pelo de blanco para aparentar más edad; pero, aun así, no parecía tener más de cincuenta años. ¡Quién se iba a imaginar que tenía cientos!

A su lado Covadonga vestía un mono negro que la cubría por completo. En la cabeza llevaba encasquetado un pasamontañas del mismo color del que solo asomaban sus agudos ojos. No necesitaba más para reconocerla. Tras su conversión en vampiro había rejuvenecido visiblemente, pero no había cambiado su forma de afrontar la vida, ni de mirar todo y a todos. ¿Cómo se habría arreglado para meter su perenne permanente dentro del gorro? Misterios insondables...

La única nota de color de su atuendo era un cinturón del mismo color que la corbata de Alonso. ¿Casualidad? Negó con la cabeza. Estaba segura de que Covadonga lo había elegido para ir a juego con su marido. ¡Por dios! ¡No iban a salir de casa sin ir conjuntados! ¡Ella era una señora con principios! Se le escapó una sonrisa.

–Doña Covadonga... don Alonso...

–¡Oh, Sara! ¿No es emocionante? –¿Estaba palmeando como una colegiala? Entrecerró los ojos; sí estaba palmeando.

–¿Emocionante?

–Estar aquí de incógnito...

–Supongo... –Su vecina tenía una forma bastante extraña de ir de incógnito—. Supongo que sí.

–Menos mal que cuando Alonso me explicó su secretillo... –Le guiñó un ojo de forma conspirativa. Sara intuyó que el secretillo de Alonso era su condición de vampiro—. Me compré

ropa para estar preparada.

—¿Ropa?

—Sí, como este mono. Vi uno igualito en «Misión Imposible». Lo más importante, querida, es ir vestida adecuadamente a los sitios. ¿No creéis?

—Sí... por supuesto, mamá. —Yuri se apresuró a responderle mientras Sara trataba de procesar la información. Por supuesto, para su vecina, ¿qué importancia tenía transformarse en un no muerto, alimentarse de sangre o no poder ver la luz del sol? Eso eran tonterías, lo importante era que no te pillasen vestida de forma inapropiada. Aunque... mirándola... ¿Cuál pensaría que era la forma apropiada en la que un vampiro debía vestirse? Prefirió no preguntárselo.

¿Era tan importante? Decidió seguirle la corriente. Al fin y al cabo, los ojos enamorados con los que la miraba Alonso eran lo único importante... Covadonga siempre sería así. Era parte esencial de su encanto...

—¿La Tele Tienda? —Su vecina era una de sus más devotas clientas. Cualquier objeto por extraño y ortopédico que fuese encontraba un lugar en su casa. Sara sonrió para sí, incluso ella guardaba un spray pimienta que su vecina le había regalado. Repentinamente recordó que no le había devuelto el rodillo de amasar que había requisado de su bolso. Apostaría cualquier cosa a que procedía del mismo lugar.

—¿Cómo lo has sabido?

Don Alonso sonrió a su esposa antes de girarse hacia ella. Sara nunca lo había visto sonreír tanto como desde que se había unido a su vecina. Sería la hija de Hécate, un poderoso medallón colgaría de su cuello y en su casa guardaría su Grimorio, pero aquella relación nunca la habría imaginado. Ningún conjuro era tan potente como el que unía a dos criaturas enamoradas.

—Sara... —Alonso le dedicó una mirada ceremoniosa que acompañó con un ligero movimiento de cabeza. El padre de Yuri siempre había sido muy puntilloso con la etiqueta, así que no le sorprendió su comportamiento. Sara intuyó que era su forma de disculparse por el encontronazo que había tenido con el Alfa la noche anterior.

Sara le sonrió e, inmediatamente, el vampiro se relajó. Se conocían lo suficiente como para saber que ya estaba todo olvidado.

—Supongo que habéis venido a lo mismo que nosotros... —le confió Sara. ¿Cómo habrían logrado sortear a los guardias? Se imaginó que aquella noche se iban a despertar más descansados, pero también más ricos. Si había algo de lo que disponía de sobra Alonso era de años y dinero.

—Tenía que verlo con mis propios ojos... La posibilidad de que un vampiro haya ignorado mis instrucciones...

Alonso dirigía a su familia de forma inflexible. Una de sus normas más estrictas establecía que, en ningún caso, podían arrebatar la vida de un humano a no ser que él mismo, como su jefe, lo autorizase. El hecho de que algún vampiro lo hubiese desobedecido podía suponer su sentencia de muerte.

—Ya sé que es duro, pero... el informe forense no deja lugar a dudas...

Sara había reflexionado sobre ello todo el día. Lo más probable era que algún renegado se hubiese saltado la ley que había impuesto el poderoso vampiro y hubiese atacado a un humano. No habría sido la primera vez... ni la última. De momento el asesinato no había trascendido y ningún periodista se había hecho eco de ella. Cuando ocurriese, que ocurriría, tendrían que ser extremadamente cuidadosos durante un tiempo hasta que la noticia perdiese interés. No había otra solución.

–No sé lo que pone el informe forense, pero... no ha sido un vampiro.

–Don Alonso, creo que negarlo no tiene mucho sentido. Ya sé que es doloroso pero...

–Sara, créeme... –Una extraña mirada apareció en su rostro–. Es imposible que haya sido un vampiro.

–¿Cómo puede estar tan seguro?

Alonso se giró hacia el cuerpo antes de señalar su cuello.

–Porque no hay rastro de ninguna marca.

–La próxima vez que vea a ese chucho, se va a enterar... –Sara archivó la amenaza de Covadonga. Su vecina era una enemiga peligrosa. Pedro no sabía lo que se le venía encima.

Yuri, a su lado, se acercó y estudió su cuello con atención.

–Es cierto –murmuró.

¿Sería posible?

–¿De qué estáis hablando?

Sara dirigió su atención hacia el cuerpo y Alonso se aclaró la voz. Parecía preocupado aunque también aliviado.

–Querida... las marcas... –Covadonga señaló con el dedo el cuello del cadáver.

–¿Las marcas?

–Cuando se clavan los colmillos, la dentadura, el resto de los dientes, dejan una marca en el cuello que no son solo dos agujeros –Yuri le explicó.

–No entiendo... –Ella podía ver perfectamente los dos agujeros en el cuello del cadáver. No podían haberlos provocado más que unos colmillos. ¿De qué estaban hablando?

Covadonga se bajó ligeramente el cuello de su mono y Sara descubrió el rastro de un mordisco.

–Cuando mi Alonso me muerde... –Enrojeció visiblemente. Por su experiencia personal, sabía que antes... el ceremonioso vampiro que tenía a su lado había hecho algo más... con ella. La imagen de Alonso y Covadonga retozando bajo las sábanas apareció en su mente... antes de descartarla rápidamente. Había cosas que era mejor no imaginar–. Deja el rastro de los colmillos, pero también parte de los dientes de alrededor...

–Comprendo... –Claro que comprendía, ella misma había estudiado la marca que le dejaba Yuri cuando la mordía y sabía de lo que estaban hablando. ¿Cómo no se había dado cuenta?

–Por ejemplo, yo... le dejo además el rastro del puente de la dentadura postiza... –añadió Covadonga mientras los ojos de Alonso brillaban con picardía un instante.

Sara escondió una sonrisa... La dentadura postiza... por supuesto... Seguramente había tenido que adaptarla después de que desarrollase los colmillos propios de su nueva naturaleza. Ya se estaba imaginando la conversación con el dentista.

«¿Podría hacerme un arreglillo? ¡Es que desde que me he convertido en vampiresa me han salido un par de colmillos y con la dentadura postiza no tienen espacio!».

¿Habría dentistas especiales para vampiros?

El mundo estaba lleno de misterios insondables para los que ni siquiera su Grimorio tenía respuesta.

–Lo que mi encantadora esposa quiere decir es que es imposible que a este desgraciado lo haya asesinado un vampiro.

–¿Está seguro?

–Completamente –respondió con solemnidad.

–¿Pero...? ¿Puede hacerse?

–¿Qué?

–Extraer la sangre no creo que sea difícil, pero... –Sara necesitaba respuestas–. ¿Puede simularse el mordisco? ¿Hay alguna forma de imitarlo?

–No sería la primera vez, aunque en este caso... he de decir que está muy logrado.

–En el informe forense... –recordó Sara de memoria– incluso se mencionaba la presencia de saliva.

–A eso me refiero –continuó Alonso–. Quienquiera que lo haya hecho se ha tomado muchas molestias para engañarnos.

Sara se acercó más al cadáver. Se puso la mano en el medallón de su familia y trató de escudriñar en busca de algo... un indicio o una presencia que le indicase lo que había sucedido. Al igual que le había ocurrido en el callejón y en la casa del camello, no percibió nada... Nada que no fuese su rostro tatuado y las marcas en su cuello. Su aspecto era aterrador.

–Lo importante es que no lo mató un vampiro –Yuri sentenció con gravedad–. Y que alguien ha intentado hacerlo pasar como tal, pero no ha sido así.

–¿Entonces? –Sara se giró hacia ellos. Las preguntas se agolpaban en su cabeza–. ¿Quién lo hizo?

–O es un pirado... –continuó Yuri.

–O alguien que trata de esconder su rastro para que no lo pillen –añadió Alonso.

–O tenemos un problema... –terminó Sara.

–Querida... no sé a qué te refieres. Yo creo que el único que va a tener un grave problema cuando lo vea es ese chucho...

–Sí, ya me imagino que don Pedro va a tener que escucharla, pero... –Entrecerró los ojos–. Yo estoy hablando de otro problema.

–¿Cuál?

–Si no es ni un pirado, ni un asesino que trata de esconder su rastro... entonces... entonces el responsable es alguien que trata de incriminarnos... que trata de incriminar al mundo paranormal para que los humanos descubran nuestra existencia.

VIII.

A aquella criatura aterradora cuyo poder excedía todo lo conocido, pronto le dieron nombre. Uno que hacía honor a su poder y ambición. Uno que lo identificaba en cualquier idioma o lugar. Lo llamaron Titán. Cuando el íncubo lo escuchó, sonrió satisfecho. Era un nombre a la altura de la gloria que anhelaba.

En la biblioteca estaban todas. Era la pausa para el desayuno y, como hacían al menos una vez por semana, se habían reunido para ponerse al día. Incluso había venido Ane. Era la primera vez que se veían tras su reunión en la casa redonda de tejado rojo y Laura se sentía un poco más nerviosa de lo habitual.

—¿Qué tal estás? —Sara fue la que se decidió a preguntarle.

Tras su descubrimiento, a Laura no le sorprendió. Era la bruja... o algo así, porque no le gustaba que la llamasen de esa manera. Era algo que le había quedado claro aquella noche tras observarla entre conjuro y conjuro. El recuerdo de cómo había congelado y enmudecido a varios de sus invitados aun le producía escalofríos.

—Bien... Todavía un poco sorprendida, pero bien. —Con el paso de los días iba asimilándolo, pero le estaba costando.

—Es normal... Cuando Pedro me dijo lo que era... —le confesó Ane.

—Y Zipi y Zape... —Cristina le sonrió tratando de infundirle ánimos.

—Lo importante es que comprendas que es un secreto que nadie debe conocer.

—Eso es fundamental... —añadió Ane.

—Mis antepasadas dedicaron toda su vida a que nadie sospechase de nuestra existencia. No podemos arriesgarnos a que eso ocurra.

Laura las miró fijamente mientras reunía el valor para hacer la pregunta que últimamente le estaba rondando.

—¿Sería tan terrible?

—¿A qué te refieres? —Cristina le preguntó confundida.

—Que todos lo supieran... ¿Sería tan terrible?

Sus amigas se miraron. Laura no veía el problema. Todas las personas eran diferentes. Que algunas lo fuesen un poco más de lo normal... tampoco tenía por qué ser un drama.

Sara la cogió de la mano.

—¿Qué pensaste cuando lo descubriste?

Laura reflexionó antes de responderle.

—Primero no lo creí y después... después me asusté mucho. —Si hasta Germán, el chico más atento que había conocido en su vida había resultado ser un tanto... especial. ¡Tenía más de mil años!

—¿Te imaginas lo que ocurriría si todos lo supiesen? —Señaló en dirección a los pocos habituales que curioseaban en la biblioteca.

—Se desataría el pánico —respondió sin pensar.

—¡Exacto! Y los humanos suelen odiar lo que temen... y cuando odian algo a menudo tienden a destruirlo.

Laura asintió en silencio.

–Comprendo.

–Así que lo mejor es que todo esto siga siendo un secreto –terminó Cristina.

Laura las miró mientras se mordía el labio. Habían sido muy generosas. No tenían ninguna obligación de compartirlo con ella, pero lo habían hecho. Eran unas buenas amigas que no habían querido mantenerla apartada de su realidad, apartada de lo que era su vida real. En silencio agradeció a los dioses, seguramente muchos más de los que conocía, que hubiesen compartido aquella información con ella. Si no hubiesen sido tan generosas de confiar en ella, tarde o temprano se habrían distanciado. Era un secreto demasiado grande y demasiado importante. Y sus amigas eran una de las pocas alegrías de las que podía disfrutar en la vida. No podía perderlas.

–Yo... Gracias por decírmelo.

–No íbamos a dejarte atrás –le explicó Ane.

–No podías ser la única de nuestro círculo que no lo sabía –Sara le sonrió.

Claro que lo entendía, pero cuando se despidió de ellas y, al final de la jornada, regresó a su casa, de poco le sirvió saber lo que se escondía entre las sombras, oculto a las miradas de los humanos.

Cuando se sentó en la cocina y observó los mismos azulejos que la habían acompañado toda su vida, saber la realidad que la rodeaba no evitó que se sintiese sola... Terriblemente sola, tan sola que la casa pareció ahogarla.

Tenía veintiocho años, seguía viviendo en la misma casa de su infancia y, sobre todo, seguía estando sola... mientras todas sus amigas tenían a alguien con quien compartir su vida.

Ane tenía una niña y un compañero que, además, era el Alfa de una manada de licántropos. Cristina tenía a dos... ¿lobos? ¡Dos! Solo pensar en ello le producía escalofríos de terror o... ¿de envidia? Habría sonreído para sí si no se sintiese tan patética... Sara tenía a un vampiro y ella... ¿A quién tenía ella?

Ella tenía cuatro paredes.

Se alegraba por sus amigas... ¡Claro que lo hacía! Pero no podía evitar ser consciente de que, a diferencia de ellas, vivía sola y, cada día que pasaba estaba más segura, moriría sola...

¿Qué había mal en ella? ¿Por qué nadie la quería? Se conformaba con un hombre decente normal... no necesitaba ni vampiros, ni licántropos, ni humanos milenarios... Eso debería facilitarle las cosas. ¿Verdad?

Se le escapó una carcajada.

Negó con la cabeza. Sonaba patética.

Toda su vida, lo único que había querido era amar y sentirse amada. ¿Y qué había conseguido? RIP, eso era lo que había conseguido. Tres imbéciles que solo le habían causado dolor.

Al notar como iba dejándose llevar por la tristeza y el convencimiento de que su vida amorosa estaba acabada; comprendió que necesitaba recurrir a una terapia de choque. Cuando revisó su congelador y comprobó que sus reservas de helado estaban agotadas, tomó una decisión. Media hora después estaba en los cines de la cercana ciudad de Gijón.

Como profesional de las pasteladas, podía detectar una película romántica con solo leer su título. Tras ojear los carteles, no tardó en localizar el último estreno que le proporcionaría la ilusión de una vida que no tenía.

¿Qué era una película sin palomitas?

La única ventaja de tener que recurrir al cine un día por semana para sobrevivir a la espiral de autocompasión en la que estaba cayendo, era que no tenía que esperar colas.

¡Menuda ventaja!

Observó al chico que la atendía en el puesto de palomitas. En su muñeca leyó un nombre de chica... Seguro que era el nombre de su novia. Desvió la mirada hacia la entrada de la sala, un acomodador observaba con ojos soñadores su móvil; por la expresión en su rostro se imaginó que sería un mensaje de su pareja.

Dondequiera que mirara veía todo aquello que no tenía, todo lo que anhelaba. Tuvo la repentina sensación de que debía ser la única persona soltera en el cine...

No solo en el cine, en la ciudad.

No solo en la ciudad, en el país.

No solo en el país, en...

Sintió como se ahogaba... como se quedaba sin aire... La imagen de Leonardo di Caprio hundiéndose en «Titanic» volvió a su mente.

Necesitaba huir.

Necesitaba esconderse en la oscuridad de la sala.

Necesitaba la película ya.

Cuando se giró con intención de echar a correr hacia la sala, alguien se interpuso en su camino...

Solo fue consciente de unos hombros anchos, un cuerpo corpulento... y el hormigueo que recorrió todo su cuerpo ante el breve contacto de sus manos... Que la agarraron después de que, en su huida, le propinase el mayor pisotón de la historia.

Tratando de recuperar la verticalidad, levantó la vista hasta que vio su cara. Repentinamente se le secó la boca mientras se obligaba a pronunciar una disculpa.

– Yo... lo siento. No me había dado cuenta de... ti. – ¿Sus ojos eran de distinto color? ¿Uno azul y otro negro? Sintió la necesidad de tocar su cabello dorado. ¿Y ese cuerpo...? ¿Tenía que pisar al hombre más buenorro de todo el cine? Por supuesto que sí... Esa era ella-. Lamento haberte pisado... Yo... no debía haberme girado de esa forma. Tenía que haber ido más despacio... o haber saltado.

¿De dónde había salido aquel monumento?

–¿Monumento? Gracias... –Laura se cubrió el rostro con las manos. ¿Lo había dicho en voz alta?-. Pero debes saber que... *Si tú saltas, yo salto*.

Enrojeció. El desconocido... ¿había pronunciado una frase de una de sus películas favoritas? Y... ¿eran imaginaciones suyas o se había agachado para susurrarla a su oído?

Notó cómo le costaba respirar.

Si tú saltas, yo salto... Había utilizado una frase de «Titanic». Se sabía de memoria trozos completos de esa película así que la había reconocido al instante.

Quizás no estaba tan sola... al menos aquella noche no.

IX.

***Cada** día, recorría la tierra buscando una nueva criatura de la que alimentarse... Cada noche se unía a alguna de sus hermanas para engendrar a un nuevo ícubo o súcubo que aumentase el poder de su familia. Su vida era sencilla y su poder no dejaba de crecer.*

Observó al hombre con atención. En la puerta de la discoteca, su figura resultaba imponente. Su enorme envergadura, sus brazos tatuados y su cabeza completamente rapada destacaban entre los jóvenes que se agolpaban esperando su turno para poder entrar. Parecía un rey todopoderoso observando a sus miserables súbditos.

Viéndolo desde la distancia nadie adivinaría qué escondía su semblante tranquilo y confiado.

Su trabajo era poner orden, resolver altercados y separar a borrachos con ganas de pelea, pero escondía un secreto, uno que ya se había cobrado su precio varias veces. El matón era un tipo cruel que no había dudado en partirle las piernas a más de uno por el mero placer de escuchar como sonaban al quebrarse.

Desgraciadamente, no se había limitado a eso. Había dejado en una silla de ruedas a un pobre muchacho de dieciocho años porque, según había alardeado delante de sus amigos, le había mirado mal.

Era un sádico cabrón que disfrutaba causando dolor. El motivo era lo de menos. Simplemente lo hacía porque quería y nadie podía impedirselo. En su mente enferma, esa era suficiente razón.

Como no podía ser de otra manera, la policía lo había interrogado en varias ocasiones, pero nunca había encontrado testigos dispuestos a contar lo que había ocurrido realmente. ¿Cómo los iba a haber si sabían a qué se arriesgaban? Las roturas eran fortuitas y los accidentes inesperados. ¿Qué culpa podía tener de ello?

Nadie se atrevía a señalarlo como lo que era; un matón violento que más pronto que tarde mataría a alguna de sus víctimas. Afortunadamente, eso ya no iba a pasar. Se iba a encargar personalmente de impedirlo.

Desde su escondite lo espió durante horas. Las noches de verano el local estaba a rebosar y, por eso, no abandonó su posición hasta bien entrada la madrugada. Cuando lo vio dirigirse hacia la entrada trasera del local, la satisfacción hinchó su pecho.

¿Por qué había ido allí?

¿Qué estaba buscando entre los contenedores de basura?

¿Estaría cumpliendo alguna orden del dueño del local?

No le importó conocer las respuestas.

Quizás fue el destino o el karma que le devolvía todo lo malo que había hecho en su vida.

No tenía tiempo para dudas. Era el momento y no desaprovecharía su oportunidad. Sigilosamente, se aproximó por detrás y le clavó la aguja. Eso lo dejaría fuera de juego la suficiente cantidad de tiempo como para permitirle lograr su propósito.

Aprovechando la oscuridad, lo cargó en la carretilla y lo llevó hasta la furgoneta.

El mundo no necesitaba a un cabrón más suelto, pero sí necesitaba de una nueva puesta en

escena.

Le sería útil para llevar a cabo su venganza.

Con dos muertes... esta vez sí lograría su objetivo.

X.

Las esposas del Titán vivían satisfechas disfrutando de su poder. Aunque el Titán era más poderoso, ellas disfrutaban de las ventajas de ser sus compañeras. Eran las reinas de un rey omnipotente. Eso era suficiente.

Tres eran tres, las hermanas del Titán.

Tres eran tres...

Temis, la más temerosa, de cabello rubio como el sol.

Tetis, la más temeraria, de cabello plateado.

Febe, la más feroz, de cabello negro como su corazón.

—**Ya** te he dicho que no.

—¡No me lo trago! —Pedro negó con vehemencia mientras Alonso apretaba los labios.

En el salón de la casa redonda de tejado rojo, Sara los observaba con atención. Habían aceptado reunirse allí de nuevo bajo su atenta supervisión. Sabían que, si era necesario, ella los contendría.

En el fondo no querían pelear. Tras siglos y milenios de incesantes conflictos, habían llegado a respetarse y la presencia de Sara les aseguraba que las cosas no se descontrolarían. Por si acaso, Alonso había venido solo. Sara solo era la hija de Hécate, controlar a su vecina estaba más allá de sus poderes; era completamente imprevisible y estaba ansiosa por enfrentarse a Pedro.

—Revisamos el cuerpo y no tenía las marcas habituales —trató de explicarle Alonso desde su posición en un extremo de la habitación.

Sara había situado un sofá a cada lado y se había sentado a medio camino de ambos como si se tratase de un partido de tenis. A su lado derecho había tomado asiento el bando licántropo con Pedro y a su lado izquierdo el vampírico con Alonso.

Yuri se había situado detrás de ella simulando estar dando de comer a los peces del enorme acuario; pero, en el fondo, tratando de influir en su juicio... ¡Qué iluso!

—¿Marcas habituales? —El Alfa contraatacó desde el otro extremo—. ¿De qué estás hablando?

—De las marcas que acompañan cualquier ataque vampírico —se afanó en explicarle.

Desde su posición, Sara escuchaba en silencio atenta a sus gestos por si tenía que intervenir... Aunque secretamente tenía la impresión de que, en cualquier momento, iban a girarse hacia ella para pedirle que marcara un punto o concediese un set.

—¿Qué tonterías son esas? ¿No tenía el rastro de dos colmillos?

Ahí Pedro había estado bien... ¿0-15?

—Sí, pero...

—¿Qué más esperabas encontrar? ¿Un autógrafo y una dedicatoria?

—Don Pedro... —La pelota se le había ido por el fondo de la pista—. Eso no era necesario.

—¿Necesario?

Se aclaró la voz. Estaban desviándose del tema.

—Estamos aquí para tratar de encontrar la forma de reconducir la situación —explicó como si Pedro no supiese cuál era el motivo de la reunión.

—La situación que un vampiro provocó...

–¡Eso no es cierto!

Sara levantó las manos para hacerlos callar.

–Te lo dije... –le susurró Yuri al oído.

Su vampiro le había sugerido que utilizase un silbato y, a lo mejor, habría sido una buena idea.

–Ahora eso ya no importa... –Negó con la cabeza–. Sabemos que la noticia ha trascendido a nivel nacional. Tenemos que decidir qué hacer ante la probable oleada de curiosos...

–No importa porque ya no tiene arreglo... Porque por mucho que Alonso se empeñe en negarlo, todo es culpa de uno de sus vampiros y, por eso... ¿por qué nosotros tenemos que encargarnos de algo de lo que no somos responsables? –Pedro protestó ofendido.

–Te lo vuelvo a repetir. –El rostro de Alonso reflejaba su creciente molestia–. Ninguno de los miembros de mi familia sería tan estúpido como para desafiar mi mandato de esa manera y hemos comprobado... Estamos seguros que ningún extranjero ha invadido nuestro territorio para perpetrar el ataque.

–¿Estúpido? –La mirada con la que Pedro acompañó su pregunta fue lo suficientemente elocuente como para que el ambiente se caldease de forma repentina todavía más.

Tras ella, Sara notó como Yuri dejaba de alimentar a los peces. Pedro había pasado una fina línea... que podía provocar que las cosas se descontrolasen. Para eso estaba allí, para evitar que eso ocurriese. Intervino inmediatamente.

–No se pase, don Pedro. –La voz de Sara se endureció.

–¿Qué no me pase? ¿Acaso no es cierto?

Al Alfa se le olvidaba a veces que en su manada su palabra sería ley; pero allí, en la casa redonda de tejado rojo, no era más que un invitado.

–Don Pedro –Se incorporó mientras, de forma evidente, tomaba el medallón entre sus manos. A veces tenía que recordarles quién era, aunque fuese de una manera sutil–. Yo también he hecho mis investigaciones y coincidido con don Alonso.

–¿Coincides?

Cuando había comenzado su relación con Yuri, sabía que el resto de criaturas sobrenaturales habían temido que eso inclinase la balanza de sus decisiones hacia los vampiros. Afortunadamente, con el tiempo habían comprendido que eso no iba a ocurrir. Por eso, Pedro se sorprendió al escucharla.

–El asesino no es un vampiro. Nos enfrentamos a un humano que ha querido hacer pasar su asesinato por el ataque de un vampiro.

El Alfa la miró fijamente un instante antes de reacomodarse en el sofá. Su declaración lo había sorprendido.

–¿Tú crees?

–Me temo que sí.

–¿Con qué fin? ¿Señalarnos?

–Espero que no, pero no podemos descartar ninguna posibilidad.

Se hizo el silencio mientras todos se miraban de reojo. Incluso Yuri dejó de simular estar cuidando de sus peces.

En el salón, las burbujas del acuario eran lo único que rompía el silencio...

No hacía falta decir en voz alta lo que se podía complicar todo si el asesinato formaba parte de alguna conspiración. Las perspectivas no eran halagüeñas, aunque... tampoco necesitaban ponerse en lo peor.

Durante unos días el asesinato sería el centro de atención y los humanos se removerían

nerviosos ante la posibilidad de que los vampiros existieran y fueran una amenaza real, pero su capacidad de atención era limitada. En poco tiempo un nuevo suceso vendría a reemplazarlo en su interés. Así había sido siempre. No creían que esta vez fuese diferente...

Lástima que su convencimiento quedase sepultado bajo la inconfundible risa de un bebé. Sara miró a su alrededor. ¿De dónde venía aquel sonido? Fijó su atención en Pedro. ¿Sería la risa de su hija? ¿La habría utilizado como tono de llamada en su móvil? La pequeña Sarita no tenía más de tres meses y era extraordinariamente expresiva... Cuando negó enérgicamente con la cabeza, comprendió que no era él. Entonces... ¿Qué diablos era aquello? Comenzó a mirar a su alrededor hasta que Alonso reclamó su atención.

—Sara... —Se giró para ver como señalaba en dirección a su móvil abandonado encima de uno de los sillones—. Creo que es el tuyo.

—¿El mío? —¿La risa de un bebé? Entrecerró los ojos mientras se levantaba a recogerlo y miraba de mala manera a Yuri que, repentinamente, parecía fascinado por uno de los óculos del salón.

Desgraciadamente, Sara no tuvo tiempo de mostrar su enfado. Ya hablaría con Yuri más tarde. En cuanto identificó quién la llamaba se tensó.

—¿Sí?

—Sara, no te vas a creer qué ha ocurrido. —La voz de Séfux sonaba entrecortada—. Ha aparecido un nuevo cuerpo.

—¿Un nuevo cuerpo?

—Sí, un cadáver...

—¿Dónde?

—Aquí mismo, detrás de la Iglesia Nueva...

La Iglesia Nueva era la iglesia de Llantonos. La llamaban así porque era mucho más reciente que la Iglesia de Santa María que a finales del siglo XIX había sido abandonada. Sara y todas las hijas de Hécate antes que ella se sentían muy vinculadas a la Iglesia Vieja y, por ello, la visitaba habitualmente, pero el culto religioso se desarrollaba en la Iglesia Nueva.

Sara entrecerró los ojos. Todos los días ocurrían asesinatos. Aunque hubiese aparecido en Llantonos, Séfux no la habría llamado si no hubiese algo más.

—Explícate.

—El cuerpo estaba destrozado... Era como si le hubieran mordido unas enormes fauces... Incluso le habían arrancado la cabeza.

Sara se imaginó el aspecto del cadáver. Inmediatamente miró en dirección a Pedro que, al notar su expresión, se levantó de un salto.

—Como si lo hubiese hecho...

—Un lobo.

XI.

***Las** tres hermanas del Titán lo querían... pero a su manera. Como una mariposa quiere a una flor; como una hormiga, al pulgón... Lo querían en cuanto a que les era útil; un medio para un fin, disfrutar de todo el poder de su esposo sin sufrir ninguna de sus molestias. Al fin y al cabo, ¿podían sentir algo distinto por él?*

Sara respiró hondo atrincherada detrás del mostrador de la, sorprendentemente, abarrotada biblioteca. Ante ella y hasta donde le llegaba la vista, una enorme fila de curiosos y periodistas esperaban su turno.

–La prensa antigua está digitalizada, se puede consultar en esos ordenadores de ahí. Disponemos de «El Noroeste», pero no creo que encuentre entre sus ejemplares ninguna referencia a ataques de hombres lobo.

–No, no tenemos sección esotérica.

–¿Vampiros? Perdona, pero esto es una biblioteca, no la residencia de los no muertos.

–¿Lobos...? La sección de Zoología está en el tercer pasillo, pero no incluye licantropía.

–¿Si tengo miedo de ser atacada por un vampiro en mi camino al trabajo...? Creo que podré sobreponerme al terror que me embarga... ¿Puede guardarme el secreto? Llevo un par de ajos en el bolso del pantalón.

–¿Cuántas veces me ha amenazado un hombre lobo? Pues tantas como lo ha hecho un zombi caníbal.

–No... No tengo ninguna necesidad de comprarme una pistola con balas de plata ni disponer de estacas para defenderme. Apenas tengo puntería y soy un desastre para la carpintería.

–¿Un exorcismo? ¿Han organizado un exorcismo? Pues no, no voy a acudir. Tengo cosas más interesantes que hacer antes... por ejemplo, déjeme pensar, peinar las bombillas de mi casa.

–No necesito agua bendita... pero si insiste tanto puede dejarla ahí. Así me ahorro tener que ir a buscar agua para regar las plantas.

Tras la enésima pregunta se dio por vencida y decidió que ya era suficiente. Había agotado su cupo de estupideces para, al menos, un año. Tratando de escabullirse, colocó encima del mostrador el cartel de ocupado y, tras disculparse con los curiosos, se giró simulando prestar atención a su ordenador.

Los siguientes minutos se dedicó a tratar de tranquilizarse mientras observaba con gesto fascinado la pantalla de inicio del buscador de Google. Era eso o mandaba a paseo a los locos que la acosaban con preguntas sin sentido.

El día se estaba haciendo eterno. ¿Todos los conspiranoicos en un radio de cien kilómetros habían acudido en masa a su biblioteca o era que simplemente los humanos habían enloquecido?

Las cosas se habían puesto muy feas cuando a primera hora de la mañana las principales emisoras de radio y las cadenas de televisión habían dedicado sesudos reportajes a la:

«Oleada de crímenes paranormales que está asolando Gijón y al vecino pueblo de Llantonos».

Las descripciones no se ahorraban detalles sobre vampiros y licántropos. Mencionaban

«cadáveres desangrados con la inconfundible marca en el cuello de los vampiros» y «cuerpos cuya cabeza fue arrancada por hombres lobo». Cuando había visto las noticias mientras desayunaba, hasta a ella misma la habían aterrado. La música, el tono melodramático que utilizaban los periodistas, los detalles escabrosos... resultaban aterradores.

No tuvo que revisar las redes sociales para saber que ambos asesinatos se habían transformado en *trending topic*. ¿Cómo no? Tenían todo lo necesario para llamar la atención.

Fue el aperitivo de lo que se encontró en los periódicos. Cuando, como cada día, recibió en la biblioteca las principales cabeceras y observó titulares en sus primeras páginas en el mismo sentido, comprendió que estaban metidos en un buen lío.

«Terror en Llantones... Aparece el cadáver de un hombre atacado por un licántropo».

«Problemas de hoy: ¿Estamos ante una crisis paranormal?».

«Los vampiros atacan en Gijón, mientras los licántropos lo hacen en Llantones. ¿Se trata de una guerra de bandas?».

Resopló enfadada mientras trataba de serenarse. Los dichosos periodistas hacían cualquier cosa por captar la atención y los que tenían que sufrir las consecuencias eran los demás.

Sí, comprendía que los dos asesinatos habían sido muy llamativos, pero tampoco era necesario regodearse en los detalles más macabros.

—Perdone...

Mentalmente contó hasta diez. No estaba preparada para continuar con la ronda de preguntas sin sentido.

—¿Perdone?

Quizás, si seguía mirando fijamente la pantalla, quien estaba ante el mostrador se rendiría y la dejaría en paz.

—¡Perdone!

Intuyó que estaba ante alguien que no se iría sin obtener la respuesta que estaba buscando.

¿Qué querían esta vez? Prefirió no imaginárselo... e hizo bien, porque nunca hubiese acertado.

Cuando levantó la vista descubrió que la enfocaba una cámara grabando y tenía delante de su boca un micrófono.

—Aquí Roger Misterio en directo para todos los amantes de los enigmas por resolver... ¿Es usted la bibliotecaria?

No supo si fue su desfachatez al presentarse allí con una cámara o la mañana que llevaba, pero Sara comprendió en ese mismo instante que se le había acabado la paciencia.

—¿Usted qué cree? —Le dedicó su mirada más mordaz. La que dedicaba a los visitantes de la casa redonda de tejado rojo que intentaban ignorar sus sugerencias—. ¿Ve el mostrador? ¿Se ha percatado de que lado estoy?

—Sí... —A juzgar por su gesto contrito comprendió que, aunque no estaba en su casa, su mirada había sido lo suficientemente aterradora. Sonrió para sí. Le gustaba mantenerse en plena forma.

—Pues entonces... Ya tiene su respuesta.

—Los nervios... —El problema fue que sus efectos no duraron lo suficiente—. Comprendo que los nervios deben estar a flor de piel con todo lo que está pasando... ¿Verdad?

—¿Tengo que responder a esa pregunta? —Miró alrededor... ¿Y si le lanzaba el ejemplar de «Guerra y Paz» que habían devuelto aquella misma mañana? ¿Dejaría de preguntar estupideces? Negó con la cabeza. Tolstoi no se merecía eso.

—¿Qué cree que está ocurriendo en Llantonos?

—¿En serio? —Parpadeó varias veces debajo de las luces. El rostro del periodista le resultaba vagamente familiar. ¿No era el que presentaba aquel programa repleto de historias fantásticas? ¿Estaba ahora en Llantonos? Roger Misterio... Ese era su nombre, el mismo con el que se había presentado.

—Hemos sabido que la víctima del vampiro que apareció hace unos días en un callejón cerca del Puerto de Gijón mantenía lazos con esta biblioteca y, ayer, un licántropo asesinó aquí a un hombre... ¿Se ha declarado una guerra en el mundo sobrenatural? ¿Llantonos es su campo de batalla?

—Pero... ¿De dónde ha sacado esas ideas? ¿Es usted periodista? Más bien parece un charlatán.

Sus palabras parecieron molestarle, porque su rostro se ensombreció.

—¡Cómo se atreve! Soy licenciado en Periodismo por la Complutense de Madrid y tengo tres másteres en Comunicación Audiovisual por las Universidades de Indianápolis, Saratoga y Sussex.

—Pues cualquiera diría que ha obtenido sus títulos en una tómbola.

Roger Misterio esta vez ignoró su respuesta, solo le sonrió de una forma extraña. Eso le tenía que haber preparado para lo que vino a continuación.

—Comprendo que para usted toda esta situación no es nueva... —Su sonrisa se amplió—. Como es usted la bruja local...

¿Bruja local? ¿Acababa de decir *bruja local*? ¿Era lo que le faltaba!

—Es un...

—¿Algo que decir? —la interrumpió mientras le acercaba aún más el micrófono.

—Sí... —Le quitó el micrófono—. Tiene un minuto antes de salir de aquí si no quiere que llame a la policía. ¡No soy una bruja sino una bibliotecaria!

Desde que la noche anterior Séfux le había comunicado la aparición de un nuevo cuerpo había sabido lo que iba a ocurrir; pero, aun así, el número de curiosos la había sorprendido y no veía el momento de acabar su jornada y volver a casa en busca de novedades. La noche anterior, Pedro había salido de su casa a la carrera tras la llamada de Séfux y todavía no había recibido noticias.

Todo por lo que había trabajado, todos sus esfuerzos para lograr que las criaturas sobrenaturales no fuesen más que seres imaginarios que nadie tomaba en serio parecían haberse ido al traste. Pero eso no era lo peor, tenía la impresión, más bien el convencimiento, de que, al igual que había ocurrido con el anterior asesinato, no se debía al desliz de ninguna criatura paranormal.

Y que, encima de todo eso, tuviese que aguantar las sandeces de aquel periodista... ¡No podía más!

—Pero...

—Fue... ra...

—Pero...

—¡Ya!

No sabía lo que estaba ocurriendo, pero esperaba resolverlo pronto. No creía que pudiese aguantar muchos más curiosos, ni aficionados a lo sobrenatural, ni periodistas que hacían cualquier cosa por conseguir un titular...

XII.

***El** Titán quería a sus hermanas a su manera. Como una flor quiere a una mariposa, como el pulgón quiere a una hormiga... Las quería en cuanto a que le eran útiles; un medio para un fin, poder tener descendencia que asegurase su posición en la Tierra. Al fin y al cabo, ¿podía sentir algo distinto por ellas?*

Una cosa llevó a la otra.

Durante una semana, cada noche Laura se escapaba a los cines de la ciudad con la secreta esperanza de encontrarse con él.

Durante el día se pasaba las horas soñando despierta, deseando volver a verlo, pero temiendo que solo fuese una casualidad afortunada. Uno de esos giros del destino que provocaba que él siempre estuviese delante del puesto de palomitas esperándola.

Cuando se despedían al finalizar la película, nunca quedaban para el día siguiente, simplemente, al igual que la primera noche, coincidían allí. Era como un ritual, se saludaban y, tras estudiar la cartelera, se decantaban por alguna película; lo de menos era cuál era la elegida.

A continuación la velada discurría entre bromas y risas... comentando lo que estaban viendo... disfrutando de su mutua compañía.

Cronos, ese era su nombre, era extranjero, danés, le dijo y, aunque no tenía acento, hablaba de una forma extraña que provocaba su sonrisa.

–Muy simpática una chica eres...

La primera vez que se fijó en su extraña forma de hablar a punto estuvo de comenzar a reírse, pero cuando observó la forma en la que la miraba, con esos extraños ojos suyos, enmudeció de repente. ¿Lo habría ofendido? Muy pronto comprendió que no era así.

–Lo siento... –¿Y si se enfadaba con ella y no volvía a verlo?

–¿Qué sientes? –Su rostro reflejó su desconcierto.

–Siento haber sonreído al escucharte hablar... No quiero que pienses que me estoy riendo de ti.

–Por qué disculparte no tienes... –declaró con una extraña solemnidad.

Su nueva respuesta a punto estuvo de provocar que se riera, pero se contuvo a tiempo.

–¡Otra vez! Es que me recuerdas a *Yoda*... –Se retorció las manos. Cronos era muy amable, pero estaba segura de que no le haría mucha gracia que se riese cada vez que hablaba.

–¿*Yoda*?

–Una rana milenaria... –Se tapó la boca. Aquello iba de mal en peor.

–Milenaria... –repitió mientras sus ojos brillaban de una forma extraña.

–Quiero decir... hablas como un personaje de «Star Wars»...

–¿«Star Wars»?

–¿No conoces esa película? –Era extraño. Cualquier cinéfilo la había visto, aunque no fuera aficionado a los droides o las naves espaciales.

–Un tiempo he estado fuera y...

Se cubrió la boca ahogando una carcajada que, esta vez, fue incapaz de contener. No se podía luchar contra lo inevitable. Cuando levantó la vista y vio su reacción, se quedó

desconcertada. En vez de un gesto enfadado, se encontró con una mirada llena de anhelo.

Se pasó la mano por la frente tratando de buscarle algún sentido a su reacción. ¿Por qué sus pupilas se habían dilatado? Laura parpadeó varias veces al notar la intensidad de su mirada. ¿Cómo podía tener unos ojos tan increíbles? Su ojo derecho era negro, mientras que el izquierdo era del azul más claro que había visto en su vida. Sus ojos la tenían hipnotizada. Le encantaba como la miraban.

Trató de dominarse.

«Laura, contrólate. No puedes quedarte mirando sus ojos embobada».

—Pues es... —Tragó saliva de forma sonora—. Pues es bastante antigua. ¡Lástima que no la repongan!

—¿Repongan?

Su rostro parecía sorprendido. Su cabello dorado lo enmarcaba llenándolo de vida. Se sentía fascinada por ese cabello. Y en cuanto a su cuerpo... Solo sabía que cuando lo tenía cerca su temperatura corporal debía elevarse un par de grados. ¿Cuánto mediría? Ella medía casi uno setenta y él parecía un gigante a su lado... ¿Y cuánto gimnasio había que hacer para tener esos músculos que se adivinaban bajo la camiseta?

Suspiró, mientras se comenzaba a abanicar con la mano. No había nada de aquel hombre que no le gustase.

No había conocido nunca a nadie como él. ¿Eran todos los daneses así? Quizás tenía que haber visto más mundo. Su madre siempre la había animado a hacerlo, pero ella adoraba su pueblo... su pequeño Llantonos donde todo le resultaba conocido.

¿Conocido? A su cabeza volvió la última visita que había hecho a la casa redonda de tejado rojo. Después de lo que le habían explicado sus amigas, quizás no lo conocía tan bien.

—A lo mejor... —Tenía que dominarse y dejar de fantasear—. Quizás no conoces el significado de la palabra. Repongan quiere decir que la vuelvan a proyectar en el cine.

En el rostro de Cronos se dibujó una ligera sonrisa. Se dio cuenta de que era la primera vez que lo veía sonreír.

—Mucho el cine te gusta... ¿No hay nada más?

—No comprendo. —Y a él también le gustaba. Si no era así... ¿por qué estaba allí cada noche? ¿Por qué se sabía de memoria su frase favorita de «Titanic».

—¿Qué más cosas te gustan?

—Pues... —Se mordió el labio. ¿Cómo explicarle a aquel hermoso desconocido que su vida se reducía a los geranios, el helado, el trabajo, sus amigas y el cine?—. Me gusta comer.

Se maldijo en cuanto pronunció las últimas palabras. ¿Comer? No estaba demasiado gorda, lo sabía, aunque a veces le costaba mirarse al espejo. Odiaba admitir que su último novio le había metido en la cabeza la idea de que era una gorda carente de atractivo. Le molestaba reconocer que, a pesar del tiempo que había pasado, a veces, todavía cuando se miraba al espejo, veía la persona que él se había empeñado en hacerle creer que era.

Afortunadamente, poco a poco, había ido superándolo. Era curioso cómo funcionaba su cerebro, sabía que todo lo que le había dicho no era más que una estrategia para anularla y someterla a él; pero, aun así, le costaba librarse de ese lastre. ¿Algún día lo lograría?

—Triste no quiero verte —Cronos alargó la mano para tocar su mejilla; pero, a medio camino, pareció arrepentirse.

Laura renegó para sí. ¿No podía librarse de sus ex? ¿Tenía que estar pensando en ellos continuamente? Y encima Cronos se había dado cuenta de que algo le pasaba... ¿Era una idiota!

Para colmo, seguramente su mirada sorprendida al escuchar sus palabras había provocado

que retirase la mano. Cronos era todo un caballero. Ni siquiera se había atrevido a tocarla sin su permiso... aunque a ella le habría gustado que lo hubiera hecho... ¡Estaba segura!

¿Dónde había estado escondido toda su vida? Quizás su vida amorosa no se merecía un RIP después de todo... Quizás Cronos podía resucitarla de entre los muertos.

—No te preocupes... —Le sonrió y el rostro de Cronos pareció animarse instantáneamente—. A veces... A veces hay recuerdos que vuelven a nuestra cabeza sin pedir permiso.

—¿Malos recuerdos?

—Sí... pero eso es la vida, ¿no crees? Malos y buenos recuerdos.

Cronos torció la cabeza y la miró fijamente durante un largo instante en el que a Laura se le olvidó hasta de respirar.

—Buenos recuerdos una mujer tan hermosa solo debería tener.

Las palabras de Cronos eran tan amables, pero la frase sonaba tan extraña... que Laura volvió a ahogar otra carcajada.

—Lo siento... pero...

—¿Yoda?

—Sí... me vas a tener que perdonar. No lo puedo controlar. —Negó con la cabeza abochornada.

—Laura... —Su nombre en su boca... casi le provocó un ataque al corazón.

—¿Sí? —Fue solo una fracción de segundo; pero, de repente, se había agachado y su rostro estaba a su altura.

—Perdón por reír nunca pidas. —La miró con repentina seriedad solo a unos centímetros de su rostro.

—Cron... Cronos... —¿Cómo no se había fijado hasta entonces en sus labios? Tenía verdaderos problemas para articular palabras con él tan cerca...

—Como quieras puedes llamarme, Cron bien está... Pero a cenar ven conmigo... —casi susurró a su oído—. ¿Tú querías? Podrías comer...

Laura parpadeó varias veces mientras se sentía cada vez más acalorada. Sin saber muy bien qué responder le dedicó una enorme sonrisa. Sí, no eran imaginaciones suyas, sus pupilas se dilataban cada vez que sonreía.

—¿Venir a cenar conmigo querías? —Repitió su oferta.

Laura observó su rostro ansioso. ¿Tenía alguna duda de cuál iba a ser su respuesta? ¿Existiría alguna mujer heterosexual sobre la superficie de la Tierra capaz de decirle que no?

—Yo... por supuesto que iré contigo a cenar.

XIII.

Era poderoso, era invencible, era aterrador, era un Titán.

Por eso no lo vio venir. No percibió lo que los dioses o el destino tenían preparado para él porque no creía que eso fuese importante... porque creía que estaba por encima de todo y de todos.

Por eso no estaba preparado. No supo cómo reaccionar, cómo protegerla, cómo preservarla de los peligros del mundo que él había contribuido a crear.

—**Esto** es insoportable.

En la pequeña cafetería estaban todas. Desde que había aparecido el cadáver detrás de la Iglesia Nueva, parecía que Llantonos había sido tomado al asalto por una jauría de locos.

La antes tranquila biblioteca ahora era un hervidero de curiosos. Y después de que Roger Misterio emitiese su reportaje sobre «los extraños sucesos que se estaban produciendo en Llantonos» estaba aún más abarrotada de pirados.

El reportaje, emitido en *prime time* en su programa «Por aguas misteriosas», había sido un rotundo éxito de audiencia y en las redes sociales se había mantenido como *trending topic* durante horas.

Seguramente en parte había sido culpa suya. Su imagen echando al periodista de la biblioteca la perseguiría toda la vida; pero no se había podido controlar. ¿Cómo lo iba a hacer si la había llamado bruja? Habría vuelto a hacer lo mismo aun sabiendo que la estaban grabando y no iban a dudar en emitir las imágenes.

Ese era otro problema, después de la emisión del programa, ahora tenía que escuchar como algunos cuchicheaban a su paso el nombre que le había dado Roger Misterio; «bruja local». El periodista no se había ahorrado detalles ni invenciones sobre su interacción con ella durante la entrevista que le había intentado hacer.

«Percibí en mis carnes las fuerzas insondables de las artes oscuras mientras estuve a su lado. Su mirada lo decía todo y no me extrañaría que me hubiera lanzado un conjuro tras abandonar la biblioteca. No me avergüenzo de reconocerlo; Sara Hécate, la bruja local, era una presencia aterradora».

Todavía podía escuchar las carcajadas de Yuri. Habían visto el programa juntos y no había dudado en burlarse de ella.

—Princesa, no te enfades... Ese insensato no sabe a quién se enfrenta, sino mantendría la boca cerrada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que la bruja local puede tomar en cualquier momento su escoba y presentarse en su casa para ajustarle las cuentas.

¡Maldito vampiro! Aunque una cosa era cierta, ese periodista se iba a enterar. Todavía no sabía muy bien cómo, pero se iba a arrepentir de haberse metido con la persona equivocada.

La consecuencia de toda aquella locura era que ni siquiera podía tomarse un descanso para desayunar con sus amigas, como siempre habían hecho. Así que habían decidido reunirse después de la jornada en la cafetería del pueblo. Miró el menú apoyado encima de la mesa

mientras esperaban por sus cafés. Algo llamó su atención.

MENÚ

Entrante

Dedos sangrientos de queso
Crema de calabaza al punto del hombre lobo
Ensalada encantada

Principal

Pechuga de pollo al vampiro
Lasaña de bruja y espinacas
Costillas de lobo

Postre

Cupcakes de murciélagos de chocolate
Tarta de queso vampiro

Le pegó un manotazo. Incluso los comercios parecían haberse apuntado a la nueva moda del mundo paranormal.

¿Por qué habían llegado a aquella situación?

Lo sabía demasiado bien. Primero había sido el cuerpo en el Puerto... aparentemente atacado por un vampiro. Y después el cuerpo junto a la Iglesia... destrozado por lo que parecía un licántropo.

Pedro la había llamado al día siguiente de que apareciese el cuerpo.

—No hemos sido nosotros. He hablado con todos. ¡Es imposible!

—¿Está seguro? —Sara fue buena y no le recordó sus dudas cuando Alonso le había asegurado lo mismo respecto al primer asesinato.

—Completamente... Además... tras ver las fotos... —Sara sabía quién se las había proporcionado. Séfux era un hacker eficaz y, al igual que se las había pasado a ella, también se las habría proporcionado a su Alfa—. Un licántropo no sería tan cuidadoso.

—¿Cuidadoso? —Cuando había revisado las fotos esa no había sido la palabra que se le había venido a la mente. El escenario era un desastre de carne desgarrada y sangre por todas partes. ¿Qué quería decir con cuidadoso?

—Me imagino que has visto las fotos... Pues, aunque no me creas, hay cierta meticulosidad en ese ataque. Como si el asesino no dejara nada al azar...

—No te entiendo.

—Los licántropos cuando nos transformamos actuamos de una forma... especialmente impulsiva.

—Impulsiva... ¿Qué intentas decirme?

—Cuando en una pelea me transformo... cuando cualquiera de mis hermanos lo hace... Si eso ocurre y peleamos con alguien... ¡Tienes que creerme! Si ese asesinato lo hubiera cometido un licántropo, te puedo asegurar que el aspecto del cadáver sería otro...

—Peor. —Tenía sentido. Se transformaban en un animal... así que se comportaban como animales.

—Exacto.

—Séfux me dijo algo parecido... —Aunque ella no lo había creído. Había preferido no hacerlo.

—Es algo evidente para cualquier licántropo.

—¡Maldita sea! La situación sería mejor si el asesino hubiera sido un vampiro o un

licántropo.

Durante un instante se hizo el silencio en la línea hasta que Pedro se decidió a hablar.

—¿Dónde nos deja esto?

—Nos deja en manos de un pirado o, lo que es peor, en las de alguien que quiere ponernos en evidencia.

—Para que así los humanos descubran que somos reales.

—Eso me temo.

—¿Qué crees?

—Me gustaría que fuera un pirado, pero...

—Sospechas que alguien lo ha planeado todo.

—¡Exacto!

—Es increíble que algo así haya pasado.

La voz de Laura en la pequeña cafetería la devolvió a la realidad.

—¿Cómo dices?

—Yo... No sé cómo preguntaros esto. — Laura se revolvió en su sitio—. ¿Seguro que no han sido...?

Sara no podía culparla por sospechar algo así. Su amiga había descubierto la realidad que la rodeaba en el peor momento, justo cuando parecía que las criaturas que acababa de descubrir que eran reales se dedicaban a dejar cadáveres a su paso. Tenía motivos para estar aterrorizada.

—El primer asesinato estoy segura de que no lo hizo ningún vampiro.

—Y en cuanto al segundo asesinato... —Ane se aclaró la voz—. Pedro se ha pasado estos días investigando y está convencido de que no ha sido ningún licántropo.

—Séflux opina lo mismo —confirmó Sara.

—Y Zipi y Zape también —añadió Cristina.

—Yo... —Laura les dedicó una tímida sonrisa—. Os creo... Sé que no me mentaríais; pero, aun así, la situación da miedo.

—Créeme, yo también estoy muy preocupada —le confesó Sara—. Pero hay poco que podamos hacer.

Laura le sonrió de una forma que nunca había visto. Sara estudió a su amiga. Se lo estaba tomando muy bien...

—Laura, estás muy sonriente hoy. —Cristina la miró fijamente.

—Yo... —Volvió a sonreírles y todo su rostro se iluminó—. Tengo novedades...

—Cuenta, cuenta. —Sara agradeció poder hablar de otra cosa para variar. Cristina tenía razón; Laura parecía muy contenta. ¿De qué se trataría?

—He conocido a un chico.

—¡Muy bien!—Ane no disimuló su emoción.

Laura tragó saliva visiblemente antes de explicarse. Al menos una buena noticia, pensó Sara.

—De momento solo nos estamos conociendo, pero es muy guapo, muy alto y muy agradable.

—¿Ves cómo tenía razón? —Cristina la abrazó—. Después de esos imbéciles...

—¿Cómo se llamaban? —Sara hizo memoria. Cuando Laura le había contado su historia, había sentido el impulso de darles una buena lección; pero, hasta ahora, habían tenido suerte, no se los había encontrado.

—Raúl, Ignacio y Pablo... ¡Unos cretinos! —Sentenció Ane. Sara la miró y supo que su amiga también les daría una lección si pudiera. Por algo se sabía sus nombres de memoria. Estaba segura de que Cristina pensaba lo mismo. No tuvo falta de preguntárselo. Se lo confirmó con sus

siguientes palabras.

–Sí, tres cretinos que se pueden ir a la mierda. Estaba segura de que ibas a conocer a alguien que mereciese la pena. ¿Puedes creer que todavía los veo de vez en cuando? Gijón es grande, pero no puedes evitar encontrarte con imbéciles de vez en cuando. Es eso o soy yo y mi gafe habitual que provoca que los cretinos vengan a mí...

Sara dio un respingo. Tenía que preguntarle a Cristina donde los había visto. Cuando todo acabase, seguramente tendría un rato para ellos.

–¡Eres gafe no un imán para impresentables! –Señaló Laura.

–¿Hay alguna diferencia?

Las palabras de Cristina provocaron que todas estallaran en carcajadas hasta que Sara hizo en voz alta la pregunta que todas querían hacer a Laura.

–¿Cuándo lo vamos a conocer?

Su amiga no tuvo tiempo de responderle.

–Perdón... señorita Hécate, ¿podría responder a unas preguntas?

Laura se giró para descubrir a la pareja de policías que la había interrogado hacía unos días en la biblioteca. Por desgracia, no había podido desconectar de los asesinatos durante demasiado tiempo.

XIV.

Un día cualquiera, una mañana cualquiera; el Titán notó una esencia... un aroma... un lejano eco en su mente que le impulsó a buscar.

Creyó que se trataba de una presa especialmente apetitosa.

Pensó que algún enemigo lo retaba.

Esperó encontrar un entretenimiento en forma de una estúpida criatura ansiosa de probar su valor frente a él.

¡Nunca había estado más equivocado!

—**Vuelve** a explicarme por qué estamos aquí y no haciendo bebés. —Le guiñó un ojo y Sara notó cierta tensión entre sus piernas. Los meses habían pasado y el vampiro seguía teniendo ese efecto sobre ella. Nunca pasaría, lo sabía, era imposible.

—Yuri, no seas pesado.

—¿Pesado? ¿Hablar de nuestra futura hija es ponerse pesado?

—Ya te he dicho que no es el momento.

—Pero...

—¡Yuri! Cómo vuelvas a hablarme de bebés o dejes más sonajeros en mi bolso o me envíes más fotos de bebés o sustituyas el tono de llamada de mi móvil por algo que me recuerde a un bebé o...

—Has dicho bebé tres veces... —La interrumpió—. Creo que tu yo consciente no quiere bebés, pero tu inconsciente...

—Como hagas algo remotamente parecido a lo que te acabo de decir... —Sara no le dejó terminar la frase. Lo miró con expresión amenazante—. Te juro que te convertiré en una de las magdalenas que hace doña Covadonga y la usaré para dar de comer a los peces.

—¡Qué carácter! Solo quería relajar el ambiente... —Señaló alrededor—. Este lugar da escalofríos. ¿Me puedes recordar por qué estamos aquí?

En cuanto se había hecho de noche, Yuri se había despertado y había lanzado su andanada diaria sobre su imperiosa necesidad de tener una hija. Sara la había soportado estoicamente... más o menos para, a continuación, ponerle al día de lo que había ocurrido mientras se escondía del sol. En cuanto le había contado la última conversación que había tenido con la policía, habían decidido acercarse a la ciudad.

—Ya lo sabes. Los policías vinieron a verme esta tarde y...

—Pero... ¿No habían hablado contigo el otro día?

—Sí, pero sobre el anterior asesinato. Esta vez sus preguntas tenían que ver con el cadáver que apareció junto a la Iglesia.

—El que asesinaron los licántropos —sentenció.

—No, Yuri, ya te he dicho que Pedro está seguro de que el asesino no ha sido un licántropo...

—Como si eso probase algo.

—No sé si prueba algo o no; pero, esta tarde, cuando me acerqué discretamente a la Iglesia tampoco noté ninguna cosa... fuera de lo común.

—Eso tampoco demuestra nada. Todas las pruebas apuntan hacia un hombre lobo...

–Pero...

–Si Pedro no nos creyó cuando mi padre le explicó que el asesinato del Puerto no era responsabilidad de un vampiro, ¿por qué tengo que creerlo ahora a él?

–Entiendo lo que me quieres decir, pero... tú lo conoces y sabes que es de fiar.

En el pasado, Yuri lo había ayudado a proteger a su compañera y desde entonces habían desarrollado una especie de extraña amistad. Desgraciadamente, de vez en cuando se veía afectada por el hecho incuestionable de que uno de ellos era un licántropo y el otro un vampiro. Los enfrentamientos entre licántropos y vampiros habían comenzado en el origen de los tiempos, mientras que su amistad era muy reciente. Contra ese hecho no podían luchar.

–Tienes razón...

Sara entrecerró los ojos. ¿Su vampiro le había dado la razón tan rápido? Tenía que haberlo sabido. Había un motivo para ello.

–Por cierto... ¿Te has fijado en lo guapa que está Sarita? –Sarita era la hija de Pedro y Ane. Era un adorable bebé de pocos meses.

–Yu... ri... ¿Qué te había dicho? ¿Cuándo quieres que te transforme en magdalena, cuando volvamos a casa o mientras te escondes del sol?

La mirada que acompañó a sus palabras fue suficiente para que el vampiro tratase de desviar la conversación.

–¡Vale! ¡Vale! Lo he entendido... pero... ¿Qué tiene que ver todo lo que me has contado con este piso inmundado?

Sara miró a su alrededor. Yuri tenía razón. Olía mal, las paredes estaban desconchadas y la ropa de la cama tenía unas manchas que solo le provocaban ganas de vomitar. No sabía si estaba en la cocina, el dormitorio, un gimnasio o el salón. Observó con detenimiento el caos que los rodeaba. Había restos de comida en diferentes estados de descomposición sobre todas las superficies a la vista. En una de las paredes había un armario entreabierto, en su interior se podía ver una montaña de ropa que no creía que hubiese estado en una lavadora nunca. En el suelo y sobre un par de sillones medio rotos se podía ver unas pesas mientras que junto a la cama había un saco de boxeo y unos guantes. A Osuna Bermejo, ese era el nombre de la última víctima, estaba claro que le gustaba el deporte y, en especial, el boxeo.

–Pues... lo que te he contado tiene que ver con este... pisito de soltero en que tenía que comprobar algo que me contaron los policías.

–No entiendo.

–Los detectives mencionaron que en el segundo cuerpo también había un marcapáginas de la biblioteca y quería comprobar...

–¿Sus intereses culturales? –Yuri no la dejó terminar.

–Exactamente...

–Pues me da la impresión de que no son muchos.

Volvió a mirar alrededor. Podía asegurar sin temor a equivocarse que allí había de todo salvo productos de limpieza y libros.

–No más que la anterior víctima.

–Coincidían en eso y en que ambos vivían en un lugar cochambroso.

–Sí, no sé cuál de las dos viviendas está en mejor estado.

–O tenía más libros.

–Eso es fácil, no había ninguno en ninguno de los dos pisos –sentenció finalmente Sara.

Yuri se giró hacia ella con la curiosidad brillando en sus ojos y Sara supo qué pregunta le iba a hacer.

–Pero entonces... ¿Por qué ambos tenían un marcapáginas? –Eso se preguntaba también ella. Tenía que haber una explicación—. ¿Qué sentido tiene?

–Eso es lo extraño... Eso es lo que no entiendo.

Sara volvió a mirar alrededor. Era muy intrigante que una persona que viviese en aquel piso guardase el marcapáginas de una biblioteca entre su ropa. ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? Las preguntas se agolpaban en su cabeza y no encontraba la manera de encontrar la respuesta ni para una sola de ellas.

–¿Sería una coincidencia? –Se aventuró a sugerir finalmente Yuri.

–No creo en las coincidencias. Nada ocurre por casualidad –Sara negó con la cabeza.

–¿Tú crees?

–Estoy segura. Todo ocurre por algún motivo y esos marcapáginas aparecieron entre la ropa de ambos cadáveres por alguna razón.

–Pero...

–Tanto Tijuán como Osuna se dedicaban a actividades que no tenían que ver con visitar bibliotecas.

–¿Tijuán y Osuna?

–Las víctimas; Tijuán era camello y Osuna matón de discoteca.

–¿Había alguna relación entre ellos?

–En los informes de la policía que me envió Séfux se recoge que ambos tenían un largo historial delictivo.

–Quizás todo tiene una fácil explicación. A lo mejor coincidieron en la cárcel o mientras estaban en alguna comisaría...

–¿Y?

–Conocieron a alguien que...

–Sí, mientras estaban detenidos otro preso compartió con ellos sus intereses literarios y les recomendó la biblioteca de Llantones... ¿Estás tonto?

–Vale, vale, vale... –Levantó las manos en señal de derrota—. Lo he entendido.

Sara volvió a mirar alrededor buscando una explicación.

–Es que no se me ocurre como...

–¿Tendrían familia en Llantones?

–Ninguno de los dos. También pensé en esa posibilidad y Séfux lo comprobó para mí.

–Pues... no tengo más ideas.

–Yo tampoco salvo...

Sara dejó la frase en el aire y Yuri se giró hacia ella.

–¿Salvo?

–Que quienquiera que los haya matado intente relacionar sus muertes con Llantones...

–Y contigo.

XV.

***La** esencia lo llevó al aroma, el aroma le llevó a su risa y su risa le llevó a una humana, una mujer de ojos marrones y mirada dulce.*

Fascinado, se acercó a ella.

¿Quién era?

¿Qué tenía su risa que no podía dejar de escucharla?

¿Dónde había estado escondida toda su vida?

Laura nunca había estado tan nerviosa como mientras esperaba que pasasen las horas para su cita con Cron. Aunque era la primera vez que habían quedado formalmente, ya se habían visto varias veces así que el nerviosismo que la asaltó la pilló desprevenida.

Todo había comenzado de manera inocente. ¿Qué debía ponerse?

¿Un vestido escotado? No tenía idea de hacia dónde iba aquella cita. Quizás hubiese malinterpretado las señales y, en realidad, fuese una cena de amigos. Ponerse ese vestido corto con espalda al aire y escote pronunciado parecía estar diciendo:

«Quiero meterte en mi cama, ya».

¿Desde cuándo era una mojigata? Más bien era un:

«Quiero que te metas entre mis piernas, ya».

¿Y quería eso? Su cuerpo gritaba que sí, pero su cabeza le pedía calma. El problema era que su cuerpo no tenía paciencia para mantener la calma.

¿Unos pantalones largos con camisa y chaqueta? ¿Quería ahogarse? No es que en Llantones los veranos fueran muy calurosos, pero de ahí a ir cubierta de cabeza a los pies... Tampoco quería ir vestida de:

«Ejecutiva fría e inaccesible».

De nuevo no estaba siendo sincera. En realidad era un:

«No quiero que me tomes por un putón verbenero... o, al menos, no en nuestra primera cita».

La tercera opción no fue mejor. Las bermudas verdes estaban bien; pero, cuando se vio en el espejo con su media melena, lo tuvo claro, era la viva imagen de:

«Dora la Exploradora».

O más bien:

«Dora la Exploradora de cuerpos de infarto» como el de Cron.

Los minutos se sucedían a la misma velocidad que la ropa volaba fuera de su armario. ¿Por qué le costaba tanto decidirse?

Solo tras cubrir cualquier superficie libre de su casa con alguno de los posibles conjuntos se decantó por un vestido largo de flores de lazada en el cuello y sin mangas. Las flores le gustaban mucho así que le pareció la mejor opción.

El pelo fue sencillo; suelto... Sus nervios no le habrían permitido otra opción. En cuanto al maquillaje también fue algo fácil de decidir; el justo para no parecer enferma. Odiaba el sol y siempre estaba demasiado pálida. Cuando vio el resultado en el espejo se sintió satisfecha.

Lástima que hubiesen quedado a las nueve y... ya estuviese arreglada antes de las ocho. ¿Por qué se había comenzado a preparar más de tres horas antes? Negó con la cabeza avergonzada... porque no había sido capaz de esperar. No, cuando estaba tan ansiosa por volver a verlo.

¿Y cuál era el problema de estar preparada con tanta antelación? Que la cabeza tenía tiempo para pensar en todas las catástrofes que se podían sobrevenir antes, durante y después de la cita. Y para eso... su cabeza estaba muy bien dotada...

¿Le habría dado bien su dirección?

Cronos se había empeñado en ir a buscarla a su casa. Eso le había encantado, aunque no lo hubiese reconocido en voz alta, pero tenía sus problemas. Cuando le había proporcionado su dirección, se había mostrado perplejo. Le había llamado mucho la atención que viviese en un lugar llamado Llantonos. Siempre le ocurría lo mismo. A todos les extrañaba el nombre del pueblo donde vivía y trabajaba. Con los nervios no sabía si le había proporcionado el resto de su dirección bien. ¡Maldita sea!

¿Habrían quedado a las nueve? ¿Ese día o el siguiente?

Quizás había dicho a las diez o a las nueve del día siguiente o a las ocho del... ¡Maldita sea!

¿Y si se perdía camino de su casa o tenía algún tipo de accidente?

Desde Gijón a Llantonos había unos quince kilómetros y sabía que los GPS no eran muy eficaces dando indicaciones para llegar hasta allí. Más de una vez cuando compraba algo por Amazon los repartidores habían tenido problemas para encontrar su casa. Si a eso se añadía la posibilidad de que su coche se cayese al río que discurría paralelo a la carretera que comunicaba con la ciudad... Repentinamente le pareció una opción muy real. ¡Maldita sea!

¿Y si cambiaba de idea y no venía?

Quizás le había visitado una ex novia, ese hombre debía tener cientos de ex, y había comprendido que era la mujer de su vida y se había olvidado de ella y de su absurda cita y de las palomitas y del cine y... ¿Y si estaba como una tonta esperándolo mientras él estaba en la cama con otra? ¡Maldita sea!

¿Y si algo o alguien le impedía acudir a la cita?

Quizás podía haber sufrido algún desgraciado incidente mientras se vestía. Por su cabeza pasó la posibilidad de una electrocución mientras se duchaba o quizás un atraco. ¿Un ataque vampírico o de un licántropo? No, ella sabía que no eran tan peligrosos. Sara se lo había asegurado... ¿Y un conjuro de una bruja? ¡Maldita sea!

El tiempo a veces pasa muy rápido y, en otras ocasiones, tan lentamente que dan ganas de gritar. Aquella tarde Laura gritó varias veces.

Cuando Cron se presentó puntual en su puerta, lo recibió con unos vaqueros, camiseta de manga corta y coleta. En pocas palabras; tenía el mismo aspecto que cuando iba a trabajar. El vestido no había resistido sus elucubraciones. Para combatirlas se había puesto a regar sus macetas y podar las cañas secas de sus geranios. Esto había provocado la aparición de un enorme manchurrón de tierra en el estampado floral de su vestido, lo que había desencadenado que sus cabellos se pusieran de punta y su cara se llenase de tierra y, finalmente, había acabado con ella de nuevo en la ducha con el tiempo justo para arreglarse. Conclusión; debía haber comenzado a prepararse antes porque, al final, no le había dado tiempo.

—Muy hermosa estás.

Cuando escuchó sus palabras, una extraña alegría hinchó su pecho. Ante ella estaba un hombre imponente, tan guapo como un dios, mirándola como si fuese la criatura más hermosa... No necesitaba más para que todas sus dudas se borrasen.

Cronos la llevó a un restaurante del que ni siquiera había oído hablar. Situado en medio de un jardín de flores, era el más bonito que había visto en su vida. Durante toda la velada en ningún momento la tocó, ni siquiera la rozó. Fue atento, amable, divertido y completamente irresistible. Nunca había tenido una cita con un hombre tan atractivo; su sonrisa era adictiva, sus ojos fascinantes, los vaqueros... ¡cómo le quedaban esos vaqueros! y su polo cuyos botones le permitían fantasear con su pecho... ¡la dejaron con la boca seca!

Bueno, no estaba siendo del todo sincera. Con la boca seca se quedó varias veces porque, a su lado, no había podido dejar de hablar mientras él la escuchaba con atención, casi como si estuviera fascinado por la palabrería que soltaba de forma incontrolable. Por primera vez en su vida, un hombre parecía realmente interesado en ella, en lo que pensaba, en lo que quería, en lo que soñaba...

Cuando se despidieron no intentó besarla, solo la miró fijamente y le hizo la única pregunta cuya respuesta ella estaba ansiosa por responder:

—¿Nos veremos otra vez?

Y así, día tras día, fueron al teatro, recorrieron el paseo marítimo, hicieron una excursión por el casco antiguo de la ciudad, volvieron al cine...

Cron no la presionaba; no intentaba robarle un beso ni llevarla a una ruidosa fiesta. Solo la escuchaba como si atesorara todas sus palabras. Hablaban de todo y de nada, como si se conociesen de toda la vida. Con él podía ser ella y, aunque no le explicó todos sus secretos, sí le dijo que no confiaba en los hombres.

Cronos siempre estaba pendiente de lo que le contaba, ansioso por saber todo de ella. Por eso cada noche, tras despedirse, cuando se sentaba sola en su cocina repasando los detalles de su cita tenía la sensación de que no lo había dejado hablar.

No se dio cuenta de cuánto le había contado y con qué atención la había escuchado hasta que en medio de su paseo frente al mar Cron se empeñó en que se colocase lejos de la barandilla.

—Por favor... ponte de este lado...

Poco a poco, Cronos cada día hablaba mejor.

—¿Por?

—Porque alguien me ha dicho... —Le sonrió—. Alguien me ha dicho que no sabes nadar.

—¿Pero...? —Se calló al leer su resolución en su rostro. ¿De verdad creía que corría peligro? ¿De dónde había sacado esa idea? De repente lo comprendió—. ¡Te lo conté!

—Sí...

Se sintió abochornada.

—Debes creer que soy una pesada. —Se cubrió el rostro con las manos.

—¿Pesada? No... eres la criatura más encantadora...

—¿Encantadora? —¿Estaba burlándose de ella? Estudió su rostro—. No me digas esas cosas.... ¡Voy a terminar creyéndomelas! No merezco tanto...

—Todo tú lo mereces.

—Eres demasiado galante... —Le sonrió. Iba mejorando, pero de vez en cuando, volvía al modo *Yoda*—. Una chica puede acostumbrarse a eso.

—Agapimeni... Solo te trato como mereces.

—¿Agapimeni? —No iba a discutir con él por ser atento. El problema no era su forma de tratarla sino los imbéciles que había conocido antes—. ¿Qué significa?

—Algún día... —Fijó en ella sus hermosos ojos y se olvidó de respirar—. Algún día te lo explicaré...

Y Laura esperó ansiosa el momento en que aquel hombre increíble le contase todos sus secretos.

XVI.

Con cuidado de no asustarla. Como un depredador se acerca a su presa... Con infinita cautela caminó hasta ella; una muchacha sentada junto a un río.

Una joven que se había entretenido cuando iba a lavar la ropa.

Una humana como otra cualquiera, como las que veía a diario, como las que habían nutrido su energía en más de una ocasión; pero, a la vez, una criatura que para él no era ni sería jamás cualquiera.

—¿Quién eres?

Respiró hondo mientras avanzaba por el bosque. Allí se sentía en casa. Era curioso como cambiaba con cada estación del año. En agosto los colores, los olores, incluso los ruidos, eran completamente diferentes.

En otoño el corazón del bosque se quedaba dormido, tan profundamente que, cuando llegaba el invierno, parecía estar agonizando a la espera de un milagro; el de la primavera. Esa estación lo llenaba de vida para reiniciar el ciclo eterno que llegaba a su apogeo con el verano. Era cuando el bosque rebosaba de vida y nada a su alrededor presagiaba el ineludible retorno del otoño.

Avanzó regodeándose en la belleza de los árboles, el ruido del viento al agitar las ramas y el sonido de los pájaros cuyas crías ya habían abandonado el nido. Costaba imaginárselo sin aquellos sonidos, pero sabía que el otoño estaba a la vuelta de la esquina.

—Sara... Sara... Sara...

Miró a su alrededor y se empapó de lo que la rodeaba. Los castaños estaban cubiertos de flores amarillas que, en poco tiempo, los llenarían de frutos, en los robles comenzaban a asomar las bellotas...

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué estás aquí? ¿Aquí qué buscas?

Junto a los majestuosos árboles, no pudo evitar admirar los acebos que salpicaban el camino... Había algo hermoso en esos arbustos; sus hojas, sus colores... Siempre la habían fascinado de una forma especial.

—Sara... Sara... Sara...

Respiró hondo... era todo tan...

—Hija de Hécate... Hécate... Hécate...

Trató de concentrarse... Era todo tan...

—Sara... ¿Qué haces...? ¿Qué...?

—¡Ya basta! —Se detuvo en seco. Las hadas eran incansables—. ¿Podéis dejarme pasear tranquila?

Había ido al bosque buscando paz y se había encontrado con las cotillas habituales. ¿No entendían que si no les respondía sería porque quería disfrutar de la tranquilidad del bosque? ¿Era tan difícil de comprender?

—No te enfades... ¿Por qué te enfadas? ¿A qué viene que te enfades?

Debía ser muy difícil de comprender a juzgar por su respuesta.

—Quiero disfrutar de la soledad. ¿Podéis callaros?

Miró a su alrededor tratando de localizar el origen de sus curiosas vocecillas. Durante la

noche, al menos, se podía intuir donde estaban porque utilizaban las luciérnagas para desplazarse, pero de día... de día era imposible.

Sara se había levantado especialmente pronto para ser un sábado. Tras reflexionar durante más de una semana, había tomado una decisión, así que había consultado el Grimorio y había acudido a la Iglesia Vieja. Los viejos ritos debían ser respetados.

De la Iglesia Vieja, la Iglesia de Santa María, no permanecían en pie más que unas ruinas. Poco quedaba de su antigua gloria cuando generación tras generación los vecinos de Llantonos acudían allí a adorar a su dios. Nadie se lo podría imaginar viendo sus paredes desnudas sin un tejado que soportar.

A primera hora, había visitado sus ruinas para honrar a su familia, tal y como su padre le había enseñado. Sobre lo que quedaba del altar había depositado dos velas que había dejado encendidas; una por su padre y otra por su madre. Ellos la ayudarían en aquellos tiempos convulsos... Ellos la ayudarían a encontrar el camino.

Cuando, al fin, había abandonado la Iglesia y se había internado en el bosque, lo que menos deseaba era tener que lidiar con las hadas.

Para hacer la infusión que indicaba el Grimorio, necesitaba ciertas hierbas que solo crecían allí. De paso, una vez en el bosque, había aprovechado para reflexionar sobre los asesinatos que tantos quebraderos de cabeza le estaban ocasionando.

Cuando se adentraba en el bosque su cuerpo se relajaba, como si hubiese regresado a casa después de un largo viaje y eso le permitía pensar mejor en un momento en que había pocos sitios donde lo pudiese hacer. Entre Yuri y su obsesión con ser padre, los periodistas, los curiosos y las eternas discusiones entre Pedro y Alonso sobre quiénes eran los responsables de los asesinatos, ¡la estaban volviendo loca!

Allí, rodeada de aquellos árboles... en un lugar que consideraba su hogar podía intentar encontrar una respuesta a las preguntas que no paraba de hacerse.

¿Quién estaba detrás de lo que estaba ocurriendo?

¿Por qué tenía la impresión de que alguien estaba muy interesado en desvelar la existencia de un mundo paranormal que su familia se había esforzado generación tras generación en mantener en secreto?

¿A quién se enfrentaban y qué sorpresas les depararía?

Desgraciadamente, no pudo dedicar mucho tiempo a sus reflexiones. Unas obstinadas vocecitas estaban decididas a impedirse. ¡Malditas hadas! ¿Por qué no podían meterse en sus asuntos?

—¿Estás enfadada? No te enfades... ¿Por qué te enfadas?

Las hadas tenían un don para interrumpirla... ¿Por qué le sorprendía?

—Sara está enfadada... Muy enfadada... No entendemos por qué está enfadada...

Daba igual que les hubiese pedido que se callaran.

—La hija de Hécate parece furiosa... Furiosa... Muy furiosa...

Daba igual que las ignorase.

—¿Qué pasará? ¿Qué ocurrirá? ¿Por qué?

Eran incansables... y ella estaba muy cansada.

—¿No podéis dejarme en paz? —Necesitaba reflexionar, alejarse un poco para poder analizar la situación desde todos los ángulos... Y solo podía escuchar aquellas voces una y otra vez.

—¡Qué carácter! ¡Vaya carácter! ¡Menudo carácter!

—¡Esto es el colmo! ¿No entendéis que he venido aquí a encontrar respuestas?

—¿A encontrar respuestas? Nosotras también queremos respuestas. Hemos escuchado un

rumor...

–¿Un rumor?

–Corremos peligro... Vampiros y licántropos están atacando a humanos... Dos humanos... Dos humanos muertos.

–Creo que... os estáis confundiendo.

Las hadas no parecieron prestar atención a su declaración porque siguieron con su letanía... aunque esta vez tomó un giro inesperado o, al menos, uno que Sara no esperaba.

–¿Qué está haciendo la hija de Hécate para protegernos? ¿Qué está haciendo Sara? No está haciendo nada... Nada.

–¡Esto es lo que me faltaba!

–¿Faltaba? ¿Te faltaba? ¿Qué te faltaba?

–Me falta un poco de silencio que es lo que necesito para encontrar una solución a lo que está ocurriendo.

–Ocurriendo... Dos asesinatos están ocurriendo... Estamos en peligro es lo que está ocurriendo.

–¡Si fuerais menos cotorras!

–¿Cómo nos has llamado? ¿Qué nos has llamado? ¡Nos ha llamado cotorras!

–Sí, porque os he pedido que os calléis y no lo habéis hecho.

–¡Nos has insultado! Sara nos ha insultado. Sara se va a enterar...

–¿Cómo? –¿Estaban amenazándola?–. ¡Ya os podéis ir a...!

Antes de terminar la frase, echó a correr hacia su casa. No estaba de humor para las tonterías de las hadas.

Durante su carrera, le acompañó un lejano eco que decidió ignorar. Estaba harta de todos y, en especial, de aquellas hadas metomentodo que, encima, le echaban la culpa de lo que estaba ocurriendo.

–¿Qué has dicho? ¿Cómo has dicho? ¿Cómo...?

Cuando llegó a su casa ya había pasado el mediodía, estaba agotada, de mal humor y harta de no saber muy bien qué hacer con lo que estaba ocurriendo.

Desgraciadamente, su día no acababa más que de empezar. La pareja de policías estaban esperándola.

–Señorita Hécate...

–¿Sí? –Depositó los ingredientes en la entrada de su casa.

–Está detenida por los asesinatos de Tijuán López y Omar Bermejo. Tiene derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra ante un tribunal. Tiene derecho a la asistencia de un abogado durante su interrogatorio. Si no puede pagarlo, se le asignará uno de oficio. ¿Entiende usted sus derechos?

Sí, los entendía, demasiado bien.

XVII.

Cuando escuchó su pregunta, la joven lo miró sorprendida. Su reacción lo desconcertó.

¿No lo conocía?

¿No sabía el peligro que corría en su presencia?

¿No debía intentar huir al verlo?

No hizo nada de eso. Simplemente, sin soltar la flor que descubrió en su mano, giró la cabeza y lo miró fijamente antes de responder.

–Soy Dafne... ¿Quién eres tú? –Una enorme sonrisa dominó su rostro, al verla, algo en el interior del Titán vibró

–Quiero un abogado. Yo no he hecho nada de lo que se me acusa.

–¿Un abogado? –Le preguntó la detective con tono irónico–. Ya le he dicho que todavía no ha llegado.

Sara miró a la pareja de policías. ¿Cuáles eran sus nombres? Recordó cuando se habían presentado en la biblioteca; Serena Baroja y Milo Bécquer. ¿Por qué la habían detenido? ¿Qué pruebas podían tener para creer que tenía algo que ver con ambos asesinatos?

–¿Cómo va a llegar si no me han dejado hacer mi llamada de teléfono?

–Todo a su debido tiempo. –La sonrisa que nació en la boca de Serena se transformó en una mueca extraña que Sara no pudo descifrar.

–Serena... –a su lado Milo parecía intranquilo mientras la observaba en silencio.

Sara estudió su rostro. Después de haberse pasado buena parte de su juventud viendo series de policías tenía una idea aproximada de cómo iba aquello. Serena parecía estar adoptando el rol de policía malo y Milo de bueno...

–Serena, ¿no crees que...? –insistió Milo.

–¡No! –La mirada con la que acompañó la detective su respuesta la convenció de que estaba ocurriendo algo que se le estaba escapando. A juzgar por la forma en la que se comportaba Bécquer, no estaba segura de que lo de ir de poli bueno fuese solo una pose. ¿Qué se traían entre manos ambos policías?

En la estrecha sala de interrogatorios, observó el espejo que ocupaba una de las paredes. ¿Estaría alguien observándolos o quizás su suposición era un cliché carente de sentido? Negó con la cabeza. Aquella situación era del todo surrealista. Desde que se había encontrado con los policías a la puerta de su casa los acontecimientos se habían sucedido con rapidez.

Después de leerle sus derechos, la habían esposado y varios agentes habían entrado en su casa con una orden judicial. Mientras hacían el registro había estado presente.

¡Pobres incautos! En la casa redonda de tejado rojo, aunque no pudiese tocar su medallón, sus deseos eran órdenes así que... ellos habrían querido registrarla, pero en cuanto habían entrado se les había olvidado qué tenían que buscar.

–*Habes 't quid vis'*. No sabes lo que quieres... *Non habes quod vis*. No tienes lo que quieres –había susurrado una y otra vez durante todo el registro.

Como resultado, tras diez minutos de una exhaustiva búsqueda consistente en levantar todos los cojines del sofá del salón, admirar el color de la pared, darle a los interruptores de la luz y observar fascinados el enorme acuario de Yuri... se habían dado por vencidos. Fue en ese

momento cuando se dio cuenta de que algo le pasaba a Serena Baroja con ella. Parecía realmente molesta porque no hubiesen encontrado nada.

¿Cómo lo iban a hacer si no habían registrado más que el salón? Aunque, en realidad, ¿qué iban a encontrar en su casa? ¿Un extraño libro, alguna escoba y... un vampiro durmiendo en el arcón del sótano?

Suspiró... ¿Qué pensaría Yuri cuando se despertase y no estuviese esperándola?

Si su vecina no se hubiera transformado en vampiro, con total seguridad, casualmente habría estado barriendo la carretera cuando la habían detenido...

Casualmente habría observado como entraban en su casa...

Y casualmente se habría enterado de todo lo que pasaba...

Tras ese cúmulo de casualidades seguro que habría hecho algo al respecto. Seguramente algo loco e inesperado, pero algo al fin y al cabo... Pero deteniéndola a plena luz del día...

—¿De qué conocía a Tijuán López?

—Ya les he dicho que no conozco a ningún Tijuán.

Serena Baroja repetía una y otra vez las mismas preguntas. ¿Qué esperaba que ocurriera? ¿Qué repentinamente cambiase su respuesta? ¿Qué confesase algo que no había hecho para contentarla? ¿Qué su gesto ceñudo la asustase y, aterrada, cambiase su versión?

—¿No ha ido nunca a ningún bar del Puerto Deportivo?

Esa era una pregunta nueva, pero igual de estúpida que las anteriores.

—Como ya sabe vivo en Llantones, así que Gijón es la ciudad más cercana. ¡Por supuesto que he ido alguna vez a algún bar del Puerto!

—¡Bien! Por fin vamos avanzando. —Los ojos de la detective brillaron satisfechos.

—¿Avanzando? Habré ido a un bar del Puerto como cualquier gijonés. Me apuesto lo que quieran a que ustedes también han ido alguna vez. ¿Es eso un delito?

Milo negó con la cabeza mientras Serena, a su lado, lo ignoró. ¿Por qué su compañero parecía molesto?

—¿No es cierto que allí conoció a Tijuán?

—Si ni siquiera sé cómo es ese señor. —Al menos como era en vida—. ¿Lo conocieron ustedes cuando iban a divertirse a esos bares?

Repentinamente, Serena pegó un manotazo en la mesa que las separaba. ¿Estaba intentando asustarla?

—¿No es verdad que trafica con drogas?

La policía ignoraba sus respuestas. Quizás debería ella ignorar sus preguntas. Era una situación desesperante.

—¿Yo? ¡Por supuesto que no es verdad! Soy bibliotecaria, no traficante de drogas. —Era un cambio para variar. Acostumbrada a que la llamasen bruja que de repente comenzasen a llamarla traficante no sabía si le debía hacer reír o llorar.

—¿Y no es cierto que Osuna Bermejo era uno de sus clientes?

—¿Osuna Bermejo? ¿Quién es ese señor?

—Es el nombre del hombre cuyo cuerpo apareció junto a la Iglesia —se apresuró a explicarle Milo. No había intervenido mucho en el interrogatorio... ¿Por qué estaba tan callado?

—Pues no había oído hablar de ese hombre en mi vida. —Al menos hasta que no apareció muerto, pensó para sí.

—¿Cree que la vamos a creer?

—¿Cree que me importa lo que crean?

—Está usted muy segura de sí misma, pero la tenemos... ¡Sabemos la verdad! —Serena se

levantó y apoyó los brazos sobre la mesa con expresión eufórica.

–Sí, aquí, pero por poco tiempo. ¡Esto es una estupidez!

–¿Una estupidez? Hemos descubierto su secreto. –Una extraña sonrisa se abrió paso en el rostro de la policía–. Sabemos qué hace en la biblioteca.

–¿Prestar libros?

Su pregunta provocó que la detective perdiese su sonrisa y fuese sustituida por una expresión enfurecida.

–¡Mentira! Usted usa la biblioteca de Llantones para hacer sus trapicheos.

¿Trapicheos? Sí, entre las estanterías de libros. ¿De qué estaba hablando? ¡Aquella mujer estaba delirando!

–¡Eso no es cierto! –¿De dónde habían sacado todas aquellas tonterías?

Serena pegó otro manotazo en la mesa. Parecía desquiciada.

–Lo que es cierto es que se volvió avariciosa, asesinó a Tijuán, su proveedor, para quedarse con su dinero y Osuna lo descubrió. Cuando la amenazó con rebelarlo si no le proporcionaba droga gratis, usted... –La señaló con el dedo–. Usted lo mató.

–¡Menudas tonterías! –Se le escapó la risa. ¿De dónde había sacado esa teoría?–. Todo lo que dice es mentira y por mucho que lo repita no va a cambiar. Quiero a mi abogado.

Serena enrojeció de ira ante su respuesta y Sara vio el momento exacto en el que se descontroló.

–No crea que una bruja como usted... va a salir impune de esto.

–¿Bruja? –Sara entrecerró los ojos. Estaba harta de que la llamasen así. Estaba harta de aquel interrogatorio y estaba harta de estar allí–. ¡Esto se ha acabado! Tengo derecho a una llamada y quiero a mi abogado. Si no me dejan hacerla ahora les denunciaré y les juro que haré que les echen de la policía.

Sabría cómo hacer que un juez sentenciase a su favor, el Grimorio la ayudaría. Encontraría la forma de influirle sutilmente y lograría su objetivo.

Los ojos de la policía centellearon al escuchar su respuesta justo antes de, repentinamente, hacer amago de lanzarse sobre ella... Por suerte, su compañero intervino.

–Serena, ya basta...

Milo tomó del codo a su compañera antes de sacarla a rastras de la sala de interrogatorios.

Sara los observó con atención mientras abandonaban la habitación. ¿Había intentado agredirla? Si no se lo hubiese impedido su compañero, seguramente lo habría intentado. ¿Por qué se había puesto así? Si algo le había quedado claro es que Serena no era un nombre muy apropiado para la policía.

Repentinamente, una pregunta se formó en su cabeza. ¿Por qué la había llamado bruja?

El último que lo había hecho había sido el periodista... Roger Misterio. ¿Habría alguna relación entre ambos o sería una coincidencia?

Por primera vez algo llamó su atención... ¿De dónde habían sacado ambos la idea de llamarla bruja?

XVIII.

El Titán estudió a la joven, ¿cómo no lo había reconocido? Lentamente se acercó a ella y rozó la piel de su mano. No fue más que un instante, pero fue lo suficiente para sumergirse en su mente y descubrir en ella todos los recuerdos de una vida sencilla.

–¿No es hermosa? –La joven señaló la flor que tenía en la mano y en la que, hasta entonces, no había reparado.

El Titán se mostró sorprendido por la pregunta. ¿Qué sabía él de flores? Sabía de poder y muerte. Sabía de todo aquello que no tenía que ver con una flor por muy hermosa que fuera.

–¿Te ha comido la lengua el gato?

La risa con la que acompañó su pregunta provocó algo en su cuerpo... algo que nunca había sentido... algo que supo que lo había cambiado para siempre. Su corazón se detuvo un instante para, a continuación, comenzar a latir de forma enloquecida.

A pesar de que su instinto le pedía que tomase su energía y la matase, supo que aquel día no lo haría. Si lo hacía, nunca volvería a disfrutar de su risa y, la sola idea de no volver a escucharla, le pareció absolutamente insoportable. Así que, se quedó a su lado y descubrió que la flor no era una flor cualquiera. Al igual que su dueña era especial; era una hermosa rosa blanca. La flor del amor eterno.

Se estiró en la cama y, repentinamente, todo volvió a su cabeza; la detención, el interrogatorio... y, finalmente, su puesta en libertad sin cargos.

¿Qué había pasado?

Los policías la habían detenido y, saltándose la ley, la habían interrogado sin permitirle que estuviese presente su abogado. ¿Por qué habían hecho algo así? Habían puesto en riesgo su puesto de trabajo solo para acusarla de cosas tan absurdas como que traficaba con drogas en la biblioteca. Todo carecía de sentido. No entendía nada.

Pasada la medianoche había abandonado la comisaría. Apenas había pasado doce horas detenida, pero estaba agotada. Para rematar ni siquiera la habían acusado de nada. Por algún motivo que no comprendía los policías le habían mentido.

–En ningún momento la hemos detenido... Se trataba de una conversación informal.

Esa había sido la explicación que Milo había proporcionado al abogado de don Alonso mientras Serena apretaba los labios. Tenía gracia que siendo ella quien había llevado la iniciativa durante el interrogatorio, era su compañero quien daba explicaciones... aunque fueran falsas. ¿Cómo mentían con tanta desfachatez?

–¿Y para tener una conversación informal me trajeron aquí esposada? –Si creían que se iba a tragar esa trola estaban muy equivocados. Aquello había sido de todo menos una conversación informal.

–¿Esposada? –Yuri y don Alonso elevaron la voz y todos los policías de la comisaría se giraron hacia ellos.

–Esto es inaceptable. ¡Han pisoteado los derechos de mi cliente!

El abogado tenía pinta de ser muy caro y quisquilloso. Se había presentado como el señor Guesriga y, cuando los policías habían escuchado su nombre, se habían puesto a temblar.

Tratándose del abogado de don Alonso sería muy bueno. El jefe de la familia de vampiros tenía la suficiente cantidad de dinero como para contratar lo mejor de lo mejor. Tras su aparición, la pareja de detectives se habían mostrado abatidos mientras el capitán de la comisaría no paraba de buscar excusas.

—Ha debido ser un malentendido. En ningún momento se ha considerado a la señorita Hécate sospechosa... Quizás malinterpretó la situación... si hubiese sido detenida hubiera podido llamar por teléfono a su abogado y...

—Solicité en varias ocasiones la presencia de mi abogado y poder hacer una llamada, pero no me lo permitieron...

La mirada que el capitán dedicó a sus subordinados lo decía todo, pero las palabras de su abogado terminaron con la escasa arrogancia que todavía les quedaba.

—¿Cómo? —Guesriga debía ser tan caro como eficiente porque palidecieron—. Esto es un claro caso de abuso policial... Tienen suerte de que mi cliente, la señorita Hécate parece agotada porque si no ahora mismo interpondríamos la denuncia.

—No entiendo lo que ha podido pasar... —El capitán trataba de aplacarlo mientras los acompañaba hasta la puerta de la comisaría—. De verdad, ha sido un malentendido.

—Yo sí entiendo lo que ha pasado. Estos asesinatos son muy mediáticos y necesitan encontrar un culpable lo antes posible para que no les acusen de ineficacia. Así que sus detectives culparon a mi cliente sin importarles las pruebas ni saltarse la ley. Seguro que esperaban ser recompensados con un ascenso. ¡Es inaceptable! Tendrán noticias nuestras.

En brazos de su vampiro, ocupó la parte de atrás de la limusina que la condujo hasta la casa redonda de tejado rojo.

Solo quería dormir con su vampiro abrazándola.

—Malditos humanos.

—Yuri...

—Me las pagarán.

—Yo... estoy cansada...

—El abogado de la familia nunca se había encontrado con una situación así... ¿Por qué te detuvieron y después te retuvieron saltándose la ley? No lo comprendo.

—Me acusaron de todo tipo de cosas, cada una más ridícula que la anterior.

—Menos mal que las hadas nos avisaron.

—¿Las hadas? —Sara recordó su visita al bosque. Parecía que había ocurrido hacía una eternidad.

—Cuando, al anochecer, me desperté y no estabas... pensé que te había ocurrido algo. —La abrazó con más fuerza. Sara percibió la ansiedad en su voz mientras lo recordaba—. ¡Me volví loco! Afortunadamente, cuando salí de casa, me las encontré ante la puerta. Ellas me explicaron que te habían detenido.

—¿Cómo sabían...?

—Me contaron una historia muy extraña sobre que te habían visto en el bosque y te habían seguido.

Las hadas eran muy rencorosas. Seguramente no les había gustado lo que les había dicho y la habían seguido para vengarse. ¡Malditas chismosas! Aunque esta vez le habían servido de gran ayuda. Sin ellas, el abogado nunca habría acudido a la comisaría y, probablemente, habrían seguido interrogándola. ¿Cuánto tiempo más la habrían retenido? Prefirió no pensar más en ello.

—Comprendo...

—En cuanto nuestro abogado se presentó en la comisaría, los policías te soltaron.

–No me explico por qué hicieron algo así. No dejaban de acusarme de los asesinatos. Se inventaron una historia absurda...

–Presentaremos una denuncia...

–Incluso registraron la casa.

–¿La registraron? –Yuri la miró desconcertado.

–No temas... No fueron más allá del salón. En la casa redonda de tejado rojo yo pongo las reglas... No se les ocurrió registrar ninguna habitación más.

–Esos policías... se merecen una lección.

–Yo me conformo con acostarme...

–Eso o los dejo secos yo. –Arrastró las palabras de una forma que Sara conocía muy bien. Estaba hablando en serio. En ese momento no podían arriesgarse a cometer ningún error. No podían llamar más la atención.

–Yuri... –Se enroscó en su cuello y lo besó. Tenía que mantenerlo ocupado de alguna forma. ¿Verdad? Por eso lo besaba... por puro interés...

¡Era una mentirosa! Lo hacía por puro deseo... el que él siempre disparaba en ella. El que provocaba que pareciera que había pasado una eternidad desde que habían estado juntos.

Necesitaba tenerlo más cerca, asaltar su boca, probar su sabor, devorarlo... Sin pensarlo, presa del deseo que sin previo aviso la dominó, le mordió el labio y... todo se descontroló.

Inmediatamente, su vampiro le devolvió el beso hasta apoderarse de su boca. Fue uno de esos besos húmedos y cálidos, de esos besos enloquecedores, de esos que provocan que se te doblen los dedos de los pies y te tienden las rodillas...

Cuando se quiso dar cuenta, la limusina había llegado a la casa redonda de tejado rojo y Yuri la había llevado en brazos hasta su habitación donde les esperaba su cama.

–Princesa... me vuelves loco...

Se le escapó una carcajada... una que pareció encender más a su vampiro.

–Y tú lo sabes –la acusó.

–Yuri, lo que tú pareces no saber, es que tú me tienes loca todo el día, incluso cuando no te tengo cerca... incluso cuando te escondes del sol.

Su vampiro no necesitó más para devorarla con un frenesí que la pilló de improviso.

Devoró sus labios, devoró el lóbulo de su oreja y su cuello.

Devoró sus pezones, devoró ese hueco bajo su rodilla y su ombligo.

Devoró sus caderas, devoró la curva de sus muslos y ese lugar entre sus piernas.

Cuando sus gemidos se transformaron en gritos, su vampiro se hundió en su cuerpo y en una vorágine de estocadas certeras que poco a poco la trasladaron a un mundo que solo él podía llevarla, al fin, pronunció las palabras que nunca se cansaba escuchar de su boca.

–Te amo, princesa... Siempre lo he hecho y siempre lo haré.

Fue lo último que escuchó antes de que Yuri hundiese sus colmillos en su cuello y todo se volviera borroso a su alrededor.

Volvió a estirarse en la cama mientras se sonrojaba al recordar como Yuri había cuidado de ella toda la noche. Estaba agotada, pero feliz. No sabía qué hora sería. Por fortuna era domingo y no tenía que madrugar. Lentamente se levantó y, tras ponerse la bata, se dirigió hacia la cocina. Al pasar por el pasillo observó su aspecto en el espejo. La bata que llevaba era la cosa más fea que había visto en su vida, pero se la había regalado Yuri y no quería herirlo. Era estampada, de colores chillones que oscilaban entre el amarillo y el naranja y estaba repleta de peces de diferentes tamaños. Su vampiro estaba obsesionado con los peces así que, cuando se la había

regalado, no había tenido valor para explicarle cuánto la horrorizaba. Suspiró, adoraba verlo feliz; no era una sacrificio demasiado grande. Soñolienta, calentó la leche y se preparó la infusión. Sobre la mesa observó las magdalenas. Su vecina ya no las comería, pero seguía horneándolas para ella. Se imaginaba que las habría traído cuando estaba en la cama durmiendo, justo antes de que Yuri se retirase a descansar. Doña Covadonga era la abuela que nunca había conocido.

De repente, escuchó como picaban la puerta. ¿Quién podía ser? Meses atrás se habría imaginado que sería su vecina haciéndole una de sus habituales visitas, pero ahora...

Cuando abrió la puerta tuvo que parpadear varias veces.

—¿Es usted Sara Hécate, la bruja?

—¿Dónde ha dejado la escoba?

—¿Por qué asesinó a Tijuán López y Osuna Bermejo?

—¿De qué los conocía?

—¿Los asesinatos se produjeron en algún tipo de aquelarre?

—¿Fueron sacrificios rituales?

Cerró la puerta de un portazo. ¿Acababan de grabarla a la puerta de su casa cubierta solo con la bata más espantosa de la historia de la humanidad?

Tras la emisión del documental, había escuchado cuchicheos en los que la señalaban como bruja, pero aquello era distinto.

¿Preguntaban por los asesinatos?

Un asesinato era lo que iba a cometer ella.

XIX.

Cuando el Titán volvió a su guarida y sus esposas hermanas le preguntaron por su caza se sintió un estúpido. Él era el Titán. Su existencia consistía en tomar todo lo que quería sembrando el terror a su paso. Esa era su esencia, su naturaleza. Si no lo hacía, entonces, ¿quién era? ¿Un estúpido que lo sabía todo de las rosas blancas?

Furioso consigo mismo, con sus hermanas que no habían dudado en burlarse de él y con la joven que lo había distraído de su naturaleza, al día siguiente volvió al río. No desperdiciaría un buen bocado. ¿Por qué habría de hacerlo? No tenía culpa de que ella fuera demasiado ingenua y no supiese reconocer a un asesino.

Pero, cuando llegó al río y la vio allí.

Cuando escuchó su risa.

Cuando volvió a ver su rostro.

Comprendió que quizás tampoco aquel día acabaría con su vida.

Sara, escondida tras los visillos, observó el tumulto apostado frente a la puerta de su casa.

El día había empezado mal e iba empeorando por momentos.

Cuando había abierto la puerta y había descubierto las cámaras y había escuchado las preguntas de los periodistas, a punto había estado de lanzarles un conjuro y transformarlos en algún bicho especialmente repugnante, como lo que eran; pero, afortunadamente, se había contenido a tiempo.

Su madre, su abuela y todas las hijas de Hécate generación tras generación habían velado por mantener a los humanos al margen de la realidad que los rodeaba. Para ellos brujas, vampiros o licántropos no eran más que criaturas de leyenda. Habría sido lamentable que ella hubiera dado a conocer su secreto ante el mundo en un arrebato... Aunque... Aunque la posibilidad de transformar en cucarachas a todos los que la mantenían sitiada en su casa era una opción realmente tentadora.

Resopló contrariada. Tenía que hacer algo y lo tenía que hacer pronto. No podía exponerse a ser acosada cuando tuviera que volver al día siguiente al trabajo.

¡Malditos policías! No creía en las casualidades y estaba segura de que, teniendo en cuenta el comportamiento de la pareja de detectives durante su no detención, la presencia de los periodistas ante su puerta tenía algo que ver con ellos. Sus preguntas, acusándola de los asesinatos, no dejaban ninguna duda al respecto.

Cuando, a media tarde, Séfux la llamó por teléfono sugiriéndole que pusiese la televisión, palideció.

En la pantalla estaba su imagen vestida con una bata repleta de dibujos imposibles y cara de enfadada. Roger Misterio estaba despotricando en su programa «Por aguas misteriosas» sobre aspectos de sumo interés.

—¿Cómo es posible que una bruja viva entre nosotros?

—¿Dónde realizará los aquelarres?

—¿Es ella la asesina?

—¿Todas las brujas tienen tan mal gusto vistiendo?

–¿Dónde venden batas tan horribles?

En la mesa de debate, personajes variopintos opinaban sobre su vida, su aspecto y sus aficiones.

¿Cómo osaban hablar de ella sin ni siquiera conocerla?

Entrecerró los ojos. Aquello se había acabado. ¿Creían que era una bruja? Pues quién era ella para desilusionarlos.

Hizo una llamada, revisó el Grimorio, buscó en su despensa una de sus lociones especiales y, dos horas después, la entrada de su casa estaba vacía. Era la ventaja de conocer a un par de cambiantes deseosos de complacerla. No podía culparlos, en el pasado habían protagonizado un par de incidentes desagradables y estaban ansiosos por que los perdonase... y les devolviese la voz... que les había arrebatado por hablar de más.

Sonrió para sí. Los periodistas apostados ante su puerta eran demasiado crédulos. Habían recibido un chivatazo que les había avisado de que la bruja se había escapado en su escoba y estaba paseando felizmente por Gijón.

¿Cómo podían creer en escobas voladoras? ¿Qué sería lo siguiente? ¿Gorros picudos?

Con cautela, abrió la puerta de su casa y avanzó por el jardín. Ningún humano volvería a pisarlo sin su permiso. Tras alcanzar la verja que vallaba el perímetro, lo recorrió mientras se tocaba el medallón y repetía una y otra vez las mismas palabras.

–*Tantum...* Solo...

El medallón comenzó a calentarse.

–*Tantum qui...* Solo quien...

Junto al calor, adquirió un ligero fulgor.

–*Tantum qui vis intrat.* Solo entra quien yo quiera.

El fulgor se fue transformando en una luz cada vez más intensa.

–*Tantum...* Solo...

Una luz que envolvió a Sara.

–*Tantum qui...* Solo quien...

Transformándola en una bola de luz.

–*Tantum qui volo exeat.* Solo quien yo quiera sale.

Una bola de luz cegadora que recorrió toda la verja mientras repetía una y otra vez las mismas palabras.

–*Tantum qui vis intrat.* Solo entra quien yo quiera. *Tantum qui volo exeat.* Solo quien yo quiera sale.

No volverían a sitiar su casa. No sabrían por qué, pero no serían capaces de poner un pie en su jardín. No se les ocurriría y si lo hacían, algo, una fuerza a la que no serían capaces de poner nombre les disuadiría de seguir adelante. El conjuro los mantendría alejados de su casa.

Del otro lado de la verja, podrían seguir apostándose; pero ya se arreglaría para evitarlos. Era la hija de la Hécate, ¿qué se habían creído aquellos imbéciles?

Cuando alcanzó la portilla, se encontró con Bérger y le entregó la loción.

–Tu hermano Gérber ha cumplido su parte del acuerdo. Durante las próximas semanas debe estar atento por si lo vuelvo a necesitar. Si tú también haces lo mismo recuperaréis la voz.

Ambos hermanos cambiantes se habían comportado como unos bocazas y, debido a ello, los había condenado a permanecer mudos, pero quizás era el momento de perdonarles. De momento Gérber había adoptado su aspecto y se había paseado por Gijón despistando a los periodistas. Tenía suerte, los cambiantes tenían que «aprender» a tomar el aspecto de aquellos a los que

imitaban. Gérber lo había hecho con ella y, por eso, había podido adoptar su forma. Esperaba de Bénger cumplierse su parte del trato.

Sonrió satisfecha... Ahora podía dedicarse a averiguar qué ocurría.

¿Por qué Roger Misterio la había llamado bruja?

¿Por qué Serena también la había acusado de lo mismo?

¿Y por qué los cuerpos de los asesinados tenían un marcapáginas de su biblioteca?

Pero, sobre todo, ¿por qué aquellos asesinatos parecían venirles muy bien tanto a Roger Misterio como a la pareja de policías que la habían interrogado? El periodista parecía estar a todas horas en la televisión y la pareja de policías, el abogado de Alonso lo había dicho, estaban ansiosos por encontrar un culpable para ascender en su carrera.

Las coincidencias no existían... Todo ocurría por algún motivo y esta no era una excepción.

XX.

Sus encuentros se sucedieron. El asesino implacable acudía a la cita con intención de devorarla, pero volvía a su guarida sin cobrarse su vida.

Estaba fascinado por su risa; pero, muy pronto, descubrió que su voz y las historias que le contaba le fascinaban aún más.

Cuando la descubría allí, se hacía las mismas preguntas. ¿Por qué no huía? ¿Por qué no se escondía? ¿Por qué tenía la impresión de que lo esperaba junto al río?

Y un día las preguntas dejaron de importarle porque comprendió que ella podría huir, pero él la seguiría... Que ella podría esconderse, pero él la encontraría.

Comprendió que vivía para compartir con ella su tiempo junto al río porque ya no se imaginaba su vida sin su risa, su voz, ni su presencia.

—Cuenta... Cuenta...

—¿Te trata bien?

—¿Es atento?

—¿Habéis tenido muchas citas?

Sus amigas se callaron un instante para mirarla con atención, hasta que Ane, al fin, rompió el hielo e hizo la pregunta cuya respuesta todas querían conocer.

—Dejémonos de tonterías, ¿cómo besa?

Todas estallaron en carcajadas.

—¿Ya conoces su casa...?

—¡Mejor su cama!

Laura parpadeó varias veces. Tras los asesinatos, la detención de Sara y el absurdo programa de televisión que la había pintado como una malvada bruja, todas habían decidido reunirse para apoyarla.

Después de que la casa de Sara fuese sitiada por los periodistas, una cafetería ya no era una opción para reunirse. Como Laura vivía a medio camino de la biblioteca, la piscina y la escuela donde trabajaba Cristina, el lugar elegido para reunirse fue su casa. Su pequeña cocina nunca había tenido tanta vida.

Tras escuchar a Sara explicarles lo que había ocurrido; como la habían detenido y, tras soltarla, una nube de periodistas se había presentado en su puerta, las preguntas sobre su vida amorosa habían sido inevitables.

—Necesitamos detalles...

—¡Lo más jugosos posibles!

Sus amigas volvieron a estallar en carcajadas, pero Laura fue incapaz de unirse a ellas. Hasta que no había escuchado sus preguntas, se había sentido feliz con lo que compartía con Cron. Era agradable, atento... Daban largos paseos, iban al cine o a cenar y siempre estaban hablando... pero nada más y no porque ella no lo deseara.

Él no había llegado ni siquiera a cogerla de la mano; pero, aun así, notaba que le interesaba o eso había creído ella. ¿Sería todo fruto de su imaginación?

En realidad quizás no le gustase... La posibilidad provocó que su estómago diese un vuelco.

O quizás era una cuestión cultural. Trató de consolarse. Quizás en su país eran todos más

fríos y evitaban el contacto físico hasta que la relación era un poco más larga.

En alguna ocasión había intentado tomar la iniciativa, pero Cron había sido más rápido y había evitado que se acercase. Hasta entonces no le había dado importancia porque estaba a gusto con él, pero... quizás se estaba equivocando.

–Yo... no sabría qué responderos...

–¿No sabrías? –Cristina, que siempre había pasado por ser la mojigata del grupo, la miró desconcertada.

–Es que... –¿Qué podía decirles? Enrojeció de repente.

A su alrededor, sus amigas se miraron e, inmediatamente, dejaron de bromear.

–Perdóname... –Cristina le sonrió—. No tienes por qué contarnos nada.

–Es verdad, Laura. No te apures... –Ane le dedicó una mirada cariñosa.

–Lo importante es que te haga feliz... después de los imbéciles –añadió Sara. Todas conocían la historia de sus ex.

–Sí... me hace feliz. –O eso había creído ella hasta que había escuchado las preguntas de sus amigas.

Cuando se marcharon y Laura se quedó sola, la conversación con sus amigas volvió una y otra vez a su cabeza.

¿Por qué no la tocaba?

¿No le gustaba?

¿Había malinterpretado sus señales y, en realidad, para él solo era una amiga?

No podía dejar de pensar en ello mientras se preparaba para su nueva cita. ¿Estaría viviendo una mentira? ¿Otra vez estaba cegada por su necesidad de sentirse amada?

Con sus anteriores novios, sus ex le habían insistido en llevarla a la cama muy pronto. Apenas recordaba cuántas veces se habían visto antes de que sus relaciones pasasen a otro nivel... Otro que muy rápidamente se había transformado en abandono, desprecio y soledad.

Con Cronos todo era diferente. Parecía que le gustaba escucharla, que apreciaba los momentos que pasaban juntos, que se conformaba solo con tenerla cerca.

Cuando, tras cenar, paseaban junto al mar, Cron le preguntó qué le ocurría. No le extrañó. Apenas había hablado durante toda la cena. Estaba demasiado preocupada, demasiado nerviosa, incapaz de disfrutar de la cita porque, en el fondo de su ser, se preguntaba si realmente era una cita.

–¿Qué ocurre, Agapimene? Estás muy callada. ¿En problemas tu amiga sigue?

Le había contado lo que le había ocurrido a Sara como le había contado todo lo que pasaba en su vida. Cronos se había mostrado muy interesado en sus amigas. Le había dicho sus nombres, dónde vivían y cómo se llamaban sus compañeros. Como siempre, Cron la había escuchado con atención. Era muy amable. Sus anteriores novios apenas habían mostrado algún interés por sus amigas. Salvo el segundo... que se había liado con una de ellas... Cron era tan diferente, le resultaba tan fácil estar con él...

–Va todo demasiado bien. –Las palabras se le escaparon sin pensar.

–¿Cómo dices?

Laura se maldijo. ¿Por qué lo había dicho? Negó con la cabeza, pero decidió seguir adelante. Quizás era lo mejor.

–Tú... yo... nosotros.

–¿Y eso está mal?

–Sí, cuando nunca me había pasado algo así.

–¿A qué te refieres?

Se detuvieron en mitad de la acera. Ya era de noche y, en un día por semana, casi estaba desierta. Laura se obligó a mirarlo fijamente. Era tan guapo. Sus labios eran tan besables. Su cuerpo... ¡Mejor evitaba pensar demasiado en su cuerpo! Y sus manos... ¿Por qué ni siquiera la quería coger de la mano? No podía seguir así. Algo iba a ir mal. Algo ya iba mal. Y no podía volver a pasar por lo mismo. Otro desengaño la destruiría por completo. Acabaría con lo poco que quedaba de ella; de la ilusión por la vida, por amar y ser amada que todavía albergaba en su interior.

–No quiero volver a verte. –Las palabras salieron solas, como si no le costase la misma vida pronunciarlas en voz alta.

–¿Por qué? –El rostro de Cron se ensombreció ante su repentina declaración. ¿Era dolor lo que leía en sus ojos?

–Esto no puede durar. –No iba a durar. Las relaciones, los novios no le duraban. Eso si aquello que tenían podía llamarse relación. ¡Si ni siquiera la cogía de la mano!

–No te entiendo.

–Los hombres... no me suelen durar.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Mis ex novios... no siempre me han tratado bien. –Tragó saliva. No quería ser injusta-. Debe haber algo en mí que...

–¿Quién te ha hecho daño, Agapimeni? –Sus ojos brillaron de una forma que ella nunca había visto.

–Quizás el problema soy yo. –Trató de explicarse, de hacerle comprender la realidad-. Atraigo a hombres que...

–¡No! Tú eres perfecta –protestó enfadado.

–Yo...

No la dejó acabar, parecía furioso.

–¿Cómo se llamaban esos imbéciles?

–Sus nombres no son importantes...

–Sí lo son porque si te han hecho algún daño... –No terminó la frase. Sus ojos se llenaron de una ferocidad inesperada.

–¡Eso ya no importa! A mi manera ya los he perdonado... Lo que pasa es que... me pregunto si tu...

–Mal yo nunca te trataré. Te lo juro, Agapimeni

Su forma de hablar, de nuevo, estuvo a punto de despertar su sonrisa, pero esta vez fue incapaz. Estaba demasiado recelosa.

–Pero es que... sé que no te gusto... o al menos... no te gusto demasiado...

Algo ocurrió en ese instante. Algo que no vio venir. Por el rostro de Cronos pasaron mil emociones que ella no supo interpretar, pero que provocaron que se quedase embelesada mirándolo.

–¿Por qué piensas eso? –De repente, la cogió de la mano-. ¿Porque no te toco?

Su mano comenzó a hormigear. La piel de Cron era caliente, su tacto reconfortante y cuando comenzó a deslizar su pulgar por el dorso de su mano sintió como el hormigueo se extendía por su brazo.

–Tú...

Enrojeció, su ligera caricia se sentía íntima... única... intensa... tanto que desde su brazo, el

hormigueo se fue extendiendo por toda su piel.

–¿Por qué no toco tu rostro? –Con la otra mano acarició su mejilla.

Su mano... sus dedos... su contacto sobre su mejilla intensificó todas las sensaciones que su proximidad estaban provocando en su cuerpo... Repentinamente, a pesar de la brisa marina y el frescor de las noches de verano en el norte, estaba acalorada... sobre todo en ese lugar entre sus piernas.

–¿Por qué no te abrazo? –Mientras seguía acariciando su mano, deslizó los dedos desde su mejilla lentamente por su cuello, su hombro y su brazo, hasta, tras tomar su cintura, atraerla hacia él de una forma tan imperiosa que se olvidó de respirar.

Su cercanía era hipnótica, su calor sofocante, su olor embriagador... No parecía abrazarla sino devorarla con sus brazos, con su cuerpo, con su cercanía... disparando sus sensaciones y una extraña pulsación bajo su ombligo.

–¿O porque no me pones duro cada vez que te veo?

Una extraña pulsación entre sus piernas que se descontroló cuando notó la evidencia de su erección.

–¿O quizás porque no te beso?

Cuando sus labios, al fin, tomaron su boca al asalto explotó mientras todas las dudas, todos sus miedos se borraban por completo. En medio de la acera, frente al mar, Cron devoró sus labios ahogando el gemido de su liberación... Mientras su cuerpo sentía que había vuelto a casa... a su hogar.

Le acababa de provocar un orgasmo solo con sus caricias y un beso.

Al fin descubrió que, sin duda, le gustaba a Cron, pero también que a ella... él la volvía loca.

XXI.

Ella quiso conocer su nombre, pero él se negó a dárselo. Temía que lo hubiese escuchado y al identificarlo, se asustase y huyese; así que la joven se inventó un nombre para él... uno que el Titán atesoró como el más maravilloso de los regalos.

Y el Titán también inventó un nombre para ella... uno que solo él conociese y que la identificase como suya.

Cuando no estaba a su lado la añoraba y cuando estaban juntos odiaba tener que separarse de ella. Ansiaba la compañía de una criatura que no lo temía ni quería nada de él.

Junto a ella descubrió la belleza de las pequeñas cosas; una flor, un paisaje o una historia.

Junto a ella, aprendió a reír.

Junto a ella, aprendió a soñar.

Junto a ella, aprendió a vivir...

Junto a ella, aprendió a amar.

Y ya nunca volvió a ser el mismo.

—**Me** encanta cuando estamos solos tú y yo...

—¿Ya empiezas?

—Cuando estás intrigada...

—Yuri.

—Cuando intentas resolver algún misterio...

—Yuri...

—Esos ojitos que se te ponen cuando no conoces todas las respuestas.

—¡Yuri!

—¡Resultas tan irresistible!

—¡Calla!

Su vampiro siguió con su cháchara. ¿Por qué tenía la sensación de que estaba ignorándola? Conocía la respuesta; porque habitualmente lo hacía. No era nada nuevo. Su vampiro era así. Tenía curiosidad por saber cómo se las iba a arreglar para llevar la conversación a aquello con lo que estaba obsesionado últimamente... ¿Cuándo iba a colar la palabra bebé en la conversación?

—Desde que te conozco... ¿Cuántas veces nos hemos enfrentado juntos a los grandes misterios de la vida?

Sara se giró hacia Yuri. Esa noche estaba especialmente locuaz.

—¿Misterios de la vida?

—¡Sí! Muertes, nacimientos, bodas...

—¿Y funerales?

—¿Funerales? —La miró desconcertado.

—El tuyo como no cierras ahora mismo la boca.

Tras tomar un café con sus amigas y esperar pacientemente a que se despertase Yuri, había decidido averiguar de dónde obtenía Roger Misterio la información que manejaba. En especial, estaba intrigada por saber de dónde se había sacado que era una bruja. Sospechaba que cuando la

detective Serena Baroja la había acusado de serlo durante su interrogatorio, lo había hecho a partir de la información que le había proporcionado el periodista. Él había sido el primero que la había llamado de esa forma, así que era lo más probable.

Quizás todo era más fácil y, simplemente, la policía veía todos los programas de «Por aguas misteriosas» o incluso lo había escuchado mientras investigaba por el pueblo, pero le extrañaba.

Los ignorantes que conocían la historia de su familia se referían a ella de esa manera; pero, hasta donde ella sabía, Roger Misterio no era de Llantones, ni siquiera tenía ninguna relación con la cercana ciudad de Gijón. ¿De dónde había sacado la información?

Tras cubrirse con unas gafas y una gorra, había abandonado acompañada de Yuri la casa redonda de tejado rojo. Tras el conjuro, nadie osaba traspasar su verja, así que solo habían tenido que abandonar su casa tras saltarla por un lateral y alcanzar su coche aparcado al lado. Tras conducir media hora, habían llegado al hotel donde se alojaba en Gijón. A Séfux no le había costado descubrir donde lo hacía.

—¿Estás hablando de mi funeral? ¿Estás hablando en serio? —Yuri la miró fijamente.

—Siempre hablo en serio.

—¡Me ofendes! Menos mal que sé que estás de broma...

—Eso es lo que crees...

—No pienso hacerte caso... —El vampiro le dedicó una mirada desdeñosa.

—Nunca lo haces —susurró Sara.

—Todos los misterios que hemos resuelto juntos... —Yuri continuó con su cháchara. Sara escondió una sonrisa. Efectivamente no le había hecho caso—. Todos los peligros a los que nos hemos enfrentado... ¿No es bonito?

—¿Bonito?

—Sí... bonito.

—¿Asesinatos, mutilaciones y secuestros? —Entrecerró los ojos mientras miraba a Yuri—. ¿Eso te parece bonito? Comprendo que eres un vampiro y ves la vida de una forma especial, pero...

—¡No me refiero a eso!

—Entonces, ¿a qué te refieres?

—Me refiero a que somos una pareja invencible.

—¿Invencible?

—¡Por supuesto! Una pareja invencible que tendría unos bebés preciosos.

A Sara se le escapó otra sonrisa. Su vampiro nunca la defraudaba, ya había conseguido llegar a donde quería. Acababa de mencionar la palabra bebés. Ahora ya sabía lo que venía.

—No creo.

—¿Por...?

—Porque como sean tan pesados como tú.

—¡Princesa!

—¡Yuri!

—Podríamos aprovechar la habitación... —Subió y bajó las cejas de forma teatral—. Y encargar un bebé.

En la recepción del hotel se habían registrado y habían pedido una habitación. Una vez en el ascensor, se habían dirigido a la planta donde se alojaba el periodista.

—¿Encargar? —Ni siquiera lo miró mientras avanzaba por el pasillo tratando de localizar la habitación—. ¿Eres consciente de que las mujeres de mi estirpe deben seguir unos ritos para quedar embarazadas?

Yuri la cogió de la mano para detenerla.

–¿Unos ritos?

–Por supuesto... –Se giró hacia él. Era la viva imagen de la desolación.

–¿Qué ritos? Nunca había escuchado nada sobre ritos...

–Que no lo hayas escuchado no significa que no existan.

–¿No es suficiente con recurrir al método clásico?

–¿Método clásico? –¿De qué estaba hablando?

–Sí... yo te llevo al cielo y tú... me dejas sin aliento.

Sara se detuvo y le sonrió... ¿Cómo no iba a amar a aquel vampiro?

–Pues no, Yuri, en mi caso el método clásico necesita de alguna ayudita.

–¿En el Grimorio...?

–¡Ya hemos llegado! –Sara respiró agradecida cuando reconoció el número en la puerta.

Yuri no necesitaba conocer todos los detalles del proceso que debían seguir las hijas de Hécate para quedarse embarazadas. No quería ni imaginarse lo que podría hacer con esa información.

–¿No estará ocupada? –El vampiro, de mala gana, se detuvo tras ella. Sara no se engañó, en cuanto pudiera volvería de nuevo a la carga.

–Lo dudo porque están emitiendo ahora mismo en directo su programa de «Por aguas misteriosas» así que es un poco difícil.

–Menudo nombre más ridículo para un programa de televisión.

–Yo creía que te gustaría.

–¿Por? –La miró confundido.

–Porque te recordaría a tus adorados peces.

–¡Menuda tontería! Precisamente por eso no me gusta.

Miraron a ambos lados, antes de utilizar una tarjeta de crédito para forzar la cerradura.

–Pensé que ibas a recurrir a algún conjuro abre puertas.

–Siento haberte decepcionado, pero la tarjeta es un método mucho más cómodo.

Rápidamente entraron en su interior y comenzaron a registrar las pertenencias del periodista.

–¿Qué estamos buscando?

–Cuando lo encontremos te lo diré.

Tras revisar su ropa, comprobar lo que escondía en los cajones de su mesita y echarle un ojo al contenido de su neceser, Sara se sentó en la cama.

No parecía haber ningún indicio de cuál había sido su fuente de información. Lo único jugoso que había obtenido era su nombre real: Rogelio Fernández Pérez. Aparecía en el ticket del pago con tarjeta de su desayuno que había encontrado sobre la mesita de noche. Rogelio debía ser un nombre muy poco glamuroso para investigar los fenómenos paranormales.

Desgraciadamente, su nombre real no le iba a servir de mucho. Frustrada, golpeó el suelo con el pie. Fue entonces cuando notó que había algo bajo la cama. Cuando se agachó, la funda de un portátil llamó su atención. Sin perder tiempo la abrió y encendió el ordenador que guardaba dentro. Afortunadamente, no necesitaba contraseña.

Al abrir su correo, todo se aclaró.

–¡Aquí está!

–¿Qué has descubierto?

–Ya sé de dónde sacó que yo era una bruja.

–¿Lo sabes?

–Sí, podemos irnos...

–¿No piensas explicármelo?

Con cuidado abandonaron la habitación tras comprobar que no había nadie en el pasillo.

–Sí.

–Soy todo oídos.

–Estoy de acuerdo contigo.

El vampiro la miró desconcertado.

–¿Estás de acuerdo conmigo?

–Eso he dicho.

–Pero... para que me aclare... ¿Con qué estás de acuerdo?

–Podríamos aprovechar la habitación.

No había acabado la frase cuando Yuri ya la había cogido en brazos y un instante después estaban ante la puerta de su habitación. La velocidad de su vampiro siempre la sorprendía...

XXII.

Y un día no acudió junto al río a acabar con su vida sino a vivir con ella. Ya no le importaba quién había sido ni lo que todos esperaban de él. Solo le importaba quién podía llegar a ser.

Y un día acarició su mano... y de su mano pasó a su brazo y de su brazo a su cuello y de su cuello a su rostro... y de su rostro besó sus labios.

Y un día memorizó su cuerpo y la convirtió en su amante, su compañera, su todo.

Una y otra vez repetía en su mente su última cita. Sus ligeras caricias y el poderoso beso que las acompañó habían hecho revivir a su, hasta entonces, adormecido cuerpo. El orgasmo la había pillado de improviso. Allí, frente al mar, un tsunami la había arrasado y solo su beso había impedido que sus gemidos se confundiesen con el sonido de las olas.

Suspiró, tenía todos sus nervios a flor de piel. Su cuerpo, todavía un día después, seguía zumbando.

Se miró al espejo. Sus labios seguían hinchados, sus mejillas sonrosadas y su respiración entrecortada mientras... en algún lugar entre sus piernas todavía percibía una pulsación... Los estertores de lo que Cron le había provocado.

Su cuerpo parecía haber despertado. Ninguno de sus novios había logrado hacerle sentir ni la mitad de lo que había experimentado en su última cita. Parecía que su cuerpo, su piel, su corazón... habían estado esperando por su toque. ¿Tenía algún sentido? Sabía que no, pero eso no evitaba que se hubiese pasado todo el día recordando cada detalle de su cita, añorando volver a sentir lo mismo. Sonrió para sí, Cronos no sería una criatura paranormal como lo eran los compañeros de sus amigas, pero era único y adictivo. Lo sabía porque su cuerpo necesitaba una nueva dosis. De alguna manera, quería más.

Por desgracia, las horas... la espera para volver a verlo había pasado con una lentitud... que le había resultado insoportable. Por eso, cuando escuchó como picaban a la puerta, corrió hacia ella deseando volver a verlo, tocarlo, percibir su calor... De repente se sentía como una quinceañera ansiosa por ver a su primer amor. Desgraciadamente no lo era; había tenido que conocer a varios imbéciles antes de llegar a él.

–Agapimeni, estás preciosa. –Fue lo único que le dijo antes de tomar su rostro entre sus manos y besarla.

Laura se olvidó de pensar, solo podía sentir; sus labios, su boca, sus manos, su piel, su calor, su aroma... Sí, Cronos la había revivido. Se sentía como un viajero que tras toda una vida regresa al hogar...

Su mente se nubló de excitación y, cuando se dio cuenta, estaba dentro de un todoterreno.

–¿Y tu coche? –Le costaba mantener la concentración con Cronos conduciendo con una mano y con la otra acariciando su brazo arriba y abajo... Ese hombre la iba a matar.

Laura nunca había sido aficionada a los coches, pero sí sabía que en el resto de sus citas Cron siempre había aparecido con un deportivo rojo. El coche que llevaba hoy era negro y mucho más grande.

–A donde te llevo hoy, Agapimeni, no podemos ir con mi otro coche.

—¿Tienes más de un coche? —De repente se dio cuenta de lo poco que sabía de él. No sabía muy bien ni cuál era su profesión, ni por qué estaba en Gijón, ni dónde vivía... Sin embargo, él lo sabía casi todo de ella, porque se lo había contado.

—Alguno más. —Le sonrió enigmáticamente.

Por primera vez reparó en que debía tener mucho dinero. No sabía demasiado de coches, pero sí sabía identificar cuando eran caros y los que tenía Cronos lo eran. Estaba segura.

—¿Te gustan?

—Con la edad... que me encantan he descubierto...

Laura escondió una sonrisa. Ya muy pocas veces utilizaba esa forma tan peculiar que tenía de hablar, pero de vez en cuando volvía a entrar en modo *Yoda*.

Muy pronto dejaron atrás Llantones y, sorprendida, comprendió que no se dirigían a la ciudad. En poco tiempo abandonaron las carreteras principales y, repentinamente, comenzaron a ascender por un camino de tierra rodeado de árboles. Los árboles pronto dejaron paso a los arbustos, al aumentar la altitud, y, finalmente, estos también desaparecieron para ser sustituidos por una extensa pradera entre montañas. Cuando la alcanzaron se detuvieron.

El paisaje era precioso. ¿Qué más podía pedir? Estaba en medio de las montañas y tenía a un hombre cuya sola cercanía la hacía vibrar. Cuando Cron la cogió de la mano tras sacar del maletero una enorme cesta supo que era feliz.

—¿Dónde vamos?

—A un lugar al que hace tiempo que quería traerte...

Solo tuvieron que avanzar unos metros por un estrecho sendero hasta que, al girar en una curva, un pequeño lago apareció ante ellos.

—¡Qué preciosidad!

—Sabía que te gustaría.

Cronos ya había abierto el cesto y había extendido una enorme manta cuando Laura se giró y se lanzó a sus brazos. Un instante después, estaba en su regazo rodeado del verde de la yerba, el azul del agua y el marrón de las montañas... y sin nadie más a la vista. ¡Todo era perfecto! Solo necesitaba algo y de forma imperiosa.

—Cron...

Estaba ansiosa, desesperada, enfebrecida...

—Yo... necesito...

Quería estar con él. Necesitaba tenerlo entre sus piernas. Deseaba sentirlo. Tenía que...

—Agapimeni... —Cron tomó su barbilla y la miró fijamente con una expresión que no supo descifrar—. ¿Me deseas?

Su pregunta no la avergonzó. Sintió que tenía que decírselo. Compartir con él todo, incluso su deseo.

—Más que nada en el mundo. Yo... nunca he deseado a nadie como te deseo a ti.

Una enorme sonrisa se dibujó en sus labios, pero rápidamente sus ojos se ensombrecieron y Laura se sintió desconcertada.

—No sabes las veces que he soñado con escuchar eso de tus labios... —Laura intentó besarlo, pero Cron la detuvo.

—¿Qué ocurre?

—Yo también te deseo, Agapimeni, muero por ti... pero... No sería justo... Tienes que saber.

—¿Qué...? ¿Qué tengo que saber? —Algo en su corazón se encogió.

—Yo... —Pareció dudar. En su regazo, Laura notó como intensificaba su agarre, como si

tuviera miedo de que saliese huyendo—. En el pasado hice cosas... Cosas que deberías saber.

Laura lo miró fijamente. ¿Qué le intentaba decir?

—¿De qué estás hablando?

—Tú eres tan preciosa... tan dulce... tan hermosa... pero yo...

Laura repasó lo que sabía de Cron... Tantos coches... quizás...

—¿Eres...? ¿Tu dinero...? ¿Eres un... ladrón?

—No, soy algo mucho peor. —Cronos desvió la mirada—. Soy un asesino.

Laura se quedó congelada entre sus brazos. ¿Un asesino?

—No... —Negó, incapaz de aceptarlo. Su corazón le decía que no era cierto—. No puede ser. ¿Cómo vas a serlo?

—Lo soy, créeme.

Un escalofrío recorrió su espalda, pero fue incapaz de alejarse de él. Allí, entre sus brazos, estaba su hogar. Su cuerpo no podía equivocarse.

—¿Por qué? —Las lágrimas amenazaron con escapar de sus ojos. ¿Aquella maravillosa criatura era un asesino? Si tenía que renunciar a él no lo resistiría.

—Primero fue por necesidad. No sabía vivir de otra manera.

¿Era un sicario? En el cine había visto películas sobre ellos. Observó a Cronos. ¿Por necesidad? Su cabeza trató de excusarle. Alguien lo habría obligado, no habría tenido otra opción...

—¿Y después?

—Después cambié... El tiempo me cambió y, desde entonces...

—¿Desde entonces?

—Solo acabo con aquellos que se lo merecen.

¿Él decidía quién merecía morir y quién no? ¿Quién era él para arrebatar la vida de otros?

Se cubrió el rostro con las manos. Sabía quién era. Era el hombre que la había revivido, era el hombre al que no quería renunciar.

Quizás no era para tanto. Quizás ella era una ingenua y en el mundo real, ese cuya superficie apenas había arañado, no era tan extraño. ¡Si hasta hacía apenas un mes no había descubierto que vampiros, licántropos y brujas existían! Quizás lo que le contaba Cron era lo mismo. Otra cara de la misma moneda.

—Tus negocios... ¿Son turbios?

Conducía coches caros y siempre parecía manejar mucho dinero. Quizás era algo más que un sicario. ¿Sería un mafioso? Negó con la cabeza. ¿Eso cambiaba algo?

—Se puede... Se puede decir que sí.

Quería creer en él. Necesitaba hacerlo. Buscar una excusa, algo que le permitiese seguir a su lado. ¿Era mala persona por hacerlo?

—¿Ahora...? ¿Ahora ya no haces daño a inocentes?

—No, Agapimeni... Hace ya mucho tiempo que eso pasó.

Su respuesta, no supo por qué, la consoló. Ya no mataba inocentes... Eso era importante. Al menos lo era para ella.

Laura se quedó entre sus brazos pensando todo lo que le había dicho. Un extraño silencio se instaló entre los dos.

Sabía que debía huir de él. Alejarse lo más rápido posible. Era peligroso, era un asesino... era todo aquello que debía evitar, pero su cuerpo se negaba a hacerlo... era demasiado tarde.

De repente comprendió que no le importaba su pasado y se conformaba con su presente. Cuando creía que ya nunca encontraría a alguien que la amase lo había encontrado a él. Si Cron

la dejaba elegir, ella lo elegía a él. No necesitaba más.

—Pues entonces... —Se mordió el labio—. No me importa.

Cronos soltó el aire que estaba reteniendo. Laura no fue consciente hasta entonces de la tensión con la que la había estado sosteniendo entre sus brazos. Su rostro se iluminó mientras tomaba sus labios para devorarlos con desesperación. Un instante después se separó de ella.

—No te merezco... Lo sé y por eso quiero que estés segura porque en cuanto te folle, no te dejaré ir.

—Yo ya he elegi...

Cron no le dejó terminar la frase. Se lanzó sobre su boca. La tomó al asalto, saqueando con su lengua hasta el último resquicio de su cordura. A Laura se le escapó un gemido cuando sus labios abandonaron su boca y derramaron pequeños besos por su mejilla hasta alcanzar el lóbulo de su oreja.

—Lo sé, Agapimeni —susurró a su oído—; pero, créeme, es mejor que te tomes tu tiempo para pensarlo y estés completamente segura.

—Pero... —Apenas podía hablar, solo sentir.

—Debes entender lo que significa aceptarme. Quiero ser quien vele tus sueños, quien cuide tus días, quien te arrope cuando estés cansada y quien acabe con todo aquello que te perturbe. Cuando te meta en mi cama, ya nunca renunciaré a ti. Quiero devorarte cada día, poder tomarte en cualquier lugar y a cualquier hora... —A Laura se le escapó un jadeo—. ¿No lo comprendes? Es una tortura tenerte cerca y no poder enterrarme entre tus piernas. Si me aceptas, nada se interpondrá entre mí y tu dulce coño. Pero no solo será eso. Desde ese momento, te cuidaré, te protegeré con mi vida y acabaré con todo aquel que te haga daño porque... serás mía.

Laura tragó saliva y Cronos recorrió con sus dedos sus labios repentinamente resacos. Estaba ardiendo por él. Su mismo centro estaba pulsando por él. Su necesidad nublaba su mente y apenas era capaz ni de pensar.

—Quiero que comprendas lo que significa, porque después no habrá marcha atrás.

Laura asintió en silencio incapaz de articular palabra mientras hasta la última célula de su cuerpo gritaba su necesidad por él.

—¿Estás mojada por mí? —Deslizó su mano bajo su falda hasta alcanzar su humedad—. No temas... Me encargaré de ti. Te cuidaré como deseo hacer el resto de mi vida.

Cuando se dio cuenta, sus bragas habían desaparecido y la boca de Cron había tomado su lugar.

Muy pronto el silencio de la montaña se vio sustituido por sus gemidos y jadeos. Si esa era su forma de convencerla... Lo estaba haciendo muy bien.

XXIII.

No había labios más dulces, ni piel más suave, ni cuerpo más acogedor.

Ese día lo supo.

El todopoderoso Titán había conocido el amor y no renunciaría jamás a él. No había fuerza en el mundo que pudiese obligarle a hacerlo.

La situación no mejoraba. Parecía que todo el mundo estuviese pendiente de lo que ocurría en Llantones. Sara apenas podía salir de su casa sin tener que enfrentarse a una multitud de curiosos y cámaras. Por fortuna, no podían cruzar la verja. Gracias a ello y al cambiante que se estaba haciendo pasar por ella, podía seguir adelante con su día a día aunque no sin dificultades.

—¡Qué emoción! Una bruja...

—*Vade retro, satanás.*

—¿Dónde tienes el gorro picudo?

—¡Qué desilusión! No tiene ni una verruga.

¡Si hasta le echaron agua bendita un par de veces!

La policía municipal había organizado un dispositivo especial para que los curiosos y los pirados no tomasen cada día al asalto la biblioteca, pero eso no impedía que sus días se hubiesen transformado en una incansable sucesión de preguntas esotérico estúpidas.

—¿Conoces los ingredientes para un filtro de amor?

«Para un filtro de amor no, pero para transformarte en sapo... Solo necesito un poco de tiempo».

—¿Cuándo se desencadenará el holocausto zombi?

«Un holocausto es lo que tú necesitas... ¿Zombis? ¿Estamos de broma?».

—¿En los aquelarres hay tanto sexo como cuentan?

«No, solo hay imbéciles como tú. Cuento contigo para el próximo... Creo que se va a hacer algún sacrificio humano. Concretamente uno, el tuyo».

—¿Me podrías prestar la barita mágica para librarme de mi ex?

«No, pero para librar a tu ex de su ex sí. ¡De menudo idiota se ha librado!».

—¿Podrías lanzarme un sortilegio para hacerme más alto y más guapo?

«Yo hago conjuros, no milagros. Para eso, tienes la Iglesia Nueva, creo que está abierta veinticuatro horas y no tiene derecho de admisión».

Las tonterías que le preguntaban la ponían de un profundo mal humor, pero no era lo peor. Resopló indignada mientras intentaba mantener una calma que no tenía. Que la llamasen bruja ya era suficientemente malo; pero que lo hiciesen a nivel mundial, había visto a varios periodistas de medios internacionales, había acabado con la poca paciencia que le quedaba.

Aquello se tenía que acabar ya, porque si no, iba a cometer una locura de la que temía no arrepentirse.

Después estaba el asunto de los asesinatos. Los medios insistían en que vampiros y licántropos campaban a sus anchas por Llantones. Eso había desencadenado una oleada de

psicosis colectiva y rara era la noche en que no había media docena de llamadas por supuestos avistamientos de criaturas mágicas. En las redes sociales había grupos organizados de *Vigilantes*, ese era el nombre que se habían dado a sí mismos, que se encargaban de ir marcando los supuestos lugares donde habían sido vistos.

Cuando las psicosis se transformó en locura fue cuando una pareja se presentó ante la policía con marcas de colmillos en sus cuellos.

Ambos tuvieron su minuto de gloria cuando participaron en el programa de Roger Misterio.

–Unos aterradores vampiros nos rodearon en un callejón oscuro y nos atacaron.

–Soy 0 positivo, es normal que se encaprichasen de mi sangre.

–Menos mal que no descubrieron que yo era AB negativo

–¡No había pasado más miedo en mi vida!

Afortunadamente, muy pronto, se descubrió la verdad. Las supuestas marcas no eran más que las de sus propios colmillos. Lo único positivo de su denuncia fue las carcajadas que provocó en Yuri.

–¿Estos imbéciles creen que los vampiros distinguimos grupos sanguíneos? ¿Creerán que para nosotros es como una marca de cerveza?

–Bienvenido a mi mundo... No sé de donde han salido tantos idiotas.

Su visita a la habitación del periodista... de Rogelio, como ahora lo llamaba para sí, tampoco había sido tan fructífera como había creído al principio. Cuando había revisado su correo electrónico había descubierto un mensaje anónimo que le informaba del primer asesinato y le sugería que había sido perpetrado por un vampiro. Además, vinculaba ese suceso con Llantones y su bibliotecaria, Sara Hécate, a la que describía como una bruja.

Sara había supuesto que, con la ayuda de Séfux, muy pronto descubriría quién lo había enviado, pero se había equivocado. Séfux llevaba varios días intentando desentrañar su origen y todavía no había logrado ningún avance. La posibilidad de que nunca descubriera quien había sido el informante anónimo se hacía cada día que pasaba más probable.

Mientras, junto a Alonso y Pedro, trataba de averiguar qué o quiénes habían perpetrado los asesinatos, pero se habían quedado sin pistas. Junto a Yuri, había vuelto a revisar los lugares donde habían aparecido los cuerpos y había tratado de reconstruir sus últimos pasos, pero no le había servido de nada.

Cuando las cosas no parecían poder complicarse más, desde su posición en la biblioteca, a pocos minutos del cierre, Sara vio entrar a la pareja de policías. ¿Qué querían ahora?

–¿Qué hacen aquí? –Al final no había interpuesto la denuncia. No tenía ganas de volver a ver sus caras... pero ellos tenían otros planes. Unos que incluían volver a hablar con ella–. ¿Vienen a detenerme de nuevo?

–Ante todo queremos pedirle disculpas por... –comenzó Milo mientras Serena parecía incómoda.

–Creo que todos sabemos que no se arrepienten de nada, así que ahorrémonos el paripé. ¿A qué debo el honor de su visita?

Los detectives se miraron antes de que Serena depositase un libro sobre el mostrador.

–Este libro.

Como antes había ocurrido con el marcapáginas, estaba dentro de una bolsa etiquetada; se trataba de una prueba.

–¿Sí?

–¿Pertenece a esta biblioteca?

–¿Puedo? –Les preguntó antes de abrir la bolsa y sacar el libro. Ante los ojos de Sara apareció un ejemplar de «El arte de la guerra». Cuando abrió la solapa estudió el sello. ¿Para qué necesitaban que se lo confirmase?–. ¿Ahora están interesados en los tratados militares chinos del siglo V antes de Cristo? ¿Están pensando en declararle la guerra a alguien?

–¿Puede respondernos?

–Ya conoce la respuesta. –El sello era perfectamente legible–. Claro que sí.

–¿Me podría decir quién ha sido la última persona que lo ha sacado en préstamo?

–Por supuesto.

Sin pensar más, tomó el lector de códigos y su ordenador le devolvió un nombre. Tuvo que leerlo varias veces. ¡No podía ser!

–¿Para qué quieren saberlo?

–No es asunto suyo... –Serena giró la pantalla y leyó el nombre–. Yuri Alcalá.

¿Su Yuri?

–¿No es ese amigo suyo?

–No. –¿Amigo? Era mucho más que eso–. Es mi pareja.

Cuando cerró la biblioteca, Sara no perdió el tiempo. Rápidamente corrió de vuelta a su casa donde esperó pacientemente hasta que Yuri apareció en el salón.

–¿«El arte de la guerra»?

–Princesa, esperaba un hola o un cómo estás, pero supongo que me tendré que conformar con «El arte de la guerra». –Le sonrió. ¿Cómo podía ser tan guapo?

–Yuri, no cambies de conversación.

–¿A qué te refieres?

–¿Para qué sacaste ese libro y cuándo lo hiciste?

–Bueno... sé cómo se registra un libro. Te he visto muchas veces hacerlo... –En verano los días eran muy largos y cerraba mucho antes de que anocheciera, pero en invierno más de una vez se había reunido con ella allí y había observado como trabajaba.

–¿Y?

–Y sé lo frenética que te pones cuando desaparece un ejemplar de tu biblioteca.

–No me estás respondiendo.

–¿Por quién me tomas? –La miró ofendido–. No lo iba a coger sin registrarlo.

–Pero... ¿Para qué?

–¿No te lo imaginas? –Se acercó a ella y la cogió de la mano. Sara trató de ignorar como le afectaba su cercanía. Ese vampiro era su perdición.

–¿Si me lo imaginase tendría que preguntártelo?

–Es que... a veces... eres un poco difícil de convencer y...

–¿Convencer? ¿De qué estás hablando?

–Ya sabes... –La cogió de la cintura y notó como su corazón se aceleraba. Lo peor era que probablemente él también lo había notado.

–¿Ya sé qué?

–Bebés... hijos...

–¡Yuri! ¿Y para eso recurres a «El arte de la guerra»? –Sara nunca lo había leído, pero sabía que era un libro de tácticas militares. ¿En serio creía que le podía ser útil para convencerla?

–¡Por supuesto! Convencerte para que tengamos una hija es la batalla de mi vida. –Lo

declaró con tal solemnidad que su enfado se esfumó. Su vampiro luchaba por lo que quería con uñas y dientes... Así era él. No hacía nunca nada a medias. Igual que la quería a ella.

Incapaz de contenerse, se lanzó a sus brazos. Su calidez la derritió.

—¿Cómo lo descubriste? —Esa voz... hacía cosas en su cuerpo.

—Los policías lo han traído hoy a la biblioteca.

—¡Imposible! Está en la tienda de peces. Tiene que ser otro ejemplar.

Yuri era el orgulloso propietario de una tienda en la ciudad dedicada al mundo de los peces. Vendía de todo, desde acuarios hasta peces y filtros.

—Te aseguro que era ese. Yo mismo lo comprobé.

—No sé qué ha podido pasar. Desde que Manuela ya no está a cargo... No me duran mucho los dependientes.

Manuela era una súcubo que se había enamorado de Fernando, el director de la escuela de Llantones, y había tenido que renunciar a él. Las súcubos se alimentaban de la energía que obtenían a través del sexo y le había confesado a Sara que no estaba segura de no dañar al director en el proceso. Tras reconocerlo, se había tenido que ir de Gijón porque no era capaz de mantenerse alejada de él. Hasta entonces había trabajado en la tienda de peces que había montado Yuri. Su vampiro no paraba de rezongar tras perderla.

—Deberías comprobarlo. No me gustó nada la forma en la que los policías se refirieron a ti cuando descubrieron que eras quien lo había sacado.

No perdieron el tiempo. Yuri necesitaba verlo con sus propios ojos. ¿Cómo iba a ser el mismo ejemplar? Tenía que ser un error.

Cuando abandonaron la casa en dirección a su coche, se encontraron con varios coches de policía del otro lado de la verja.

No tuvieron tiempo de preguntarse qué hacían allí.

—¿Yuri Alcalá? —La pareja de detectives fue la que se dirigió a ellos.

—¿Sí?

—Está detenido por el asesinato de Tijuán López y Osuna Bermejo. —Milo pronunció las palabras con solemnidad.

—¿Otra vez?

Yuri y Sara se miraron mientras a su alrededor media docena de policías los rodeaban.

—¿Estáis de broma?

—Nunca habíamos hablado más en serio...

—Pero...

XXIV.

Por desgracia, demasiado tarde descubrió que la vida era cruel y se puede perder aquello que más se quiere en solo un parpadeo.

Demasiado tarde descubrió que cuando la fortuna hace que se cruce en tu camino una criatura sin la que no te imaginas seguir viviendo, siempre hay alguien agazapado esperando arrebátartela.

Demasiado tarde descubrió que su debilidad no había pasado inadvertida.

Demasiado tarde descubrió que la había perdido.

Sara estaba frenética, se habían llevado a Yuri. ¿Qué ocurriría cuando acabase la noche? A la luz del día moriría. Cuando lo habían detenido no había tenido ninguna opción de evitarlo. Podía haber utilizado su medallón para congelar a algunos de los policías o cambiar su voluntad, pero eran demasiados. Ahora, la única opción era que se escapase y, para eso, de una forma u otra daría a conocer su naturaleza. Entonces, el secreto de su existencia celosamente guardado durante siglos se revelaría... Ninguna opción era buena así que no perdió el tiempo, cruzó la carretera y pidió ayuda a don Alonso.

–Estos policías... –El padre de Yuri desplegó sus colmillos amenazadoramente.

Media hora después estaban en la comisaría acompañados de su abogado y doña Covadonga.

–No te preocupes, querida, mi Alonso encontrará una solución. –Su vecina la abrazó.

–¿Pero será demasiado tarde?

El abogado era el mismo que había acudido a la comisaría cuando la habían detenido a ella. Guesriga era muy bueno, pero el tiempo corría demasiado deprisa. Disponían de setenta y dos horas para llevarlo ante el juez y, esta vez, habían seguido todas las normas. Lo único que podían hacer era esperar, justo lo que no se podían permitir.

Tras un par de horas, el abogado salió de la comisaría para compartir con ellos las novedades. Sara no había vuelto a casa, esperaba junto al padre de Yuri y Covadonga en la cafetería que había junto a la comisaría. Don Alonso, tras hacerles una generosa oferta, había logrado que cerrase solo para ellos.

–Ya lo han interrogado –les explicó, tras estar presente durante el mismo–. Solo tienen pruebas circunstanciales. Lo acusan de los asesinatos porque en un segundo registro de la vivienda de la segunda víctima encontraron un libro que han relacionado con Yuri.

Sara se quedó congelada. Sabía de qué libro estaba hablando. Pero... ¿Cómo era posible? Yuri y ella habían registrado el piso de ambas víctimas. Recordó lo que habían visto. ¿En la casa de Osuna había un libro? ¿Dónde? ¿«El arte de la guerra»? No podía ser. Alguien lo había colocado allí después de su visita. Era la única explicación. Pero... aun así... ¿Eso era suficiente para acusarlo?

–¿Y qué demuestra eso? –Alonso preguntó en voz alta lo que Sara estaba pensando.

–En mi opinión nada, pero... solo el juez instructor puede obligarlos a soltarlo ahora.

–¿Solo el juez?

–He intentado aducir que mi cliente tiene fobia a la luz del sol, pero me han asegurado que

en el calabozo ese problema no existe.

¿Conocería el abogado la naturaleza de la fobia de Yuri? Prefirió no averiguarlo. No parecía que a él le preocupase mucho. Suponía que el dinero de Alonso tenía algo que ver con ello.

–No quiero preocuparles, pero... ha ocurrido algo extraño.

–¿A qué se refiere? –Sara lo miró preocupada.

–Cuando entró en el calabozo se quejó de que los barrotes quemaban.

–¿Quemaban? –El rostro de Alonso se ensombreció.

–Sí... de hecho me dio la impresión... –Pareció meditar sus siguientes palabras–. Le pregunté si quería llamar al médico porque creí ver quemaduras en sus manos, pero él... él me pidió que no lo hiciese.

Sara entrecerró los ojos mientras el abogado se despedía.

–Ahora voy a regresar a la comisaría... Si se puede hacer algo, lo haré.

Cuando el abogado se fue, Sara y Alonso se miraron. No tenía buena pinta.

–¿Plata? –Era en lo primero que había pensado Sara al escuchar al abogado.

–Es la única explicación... –Alonso estaba de acuerdo.

–Si los barrotes tienen plata, no podrá salir aunque quiera.

–Me temo que está atrapado... –El padre de Yuri parecía furioso.

–Pero... ¿Por qué usaron plata para hacer los barrotes de un calabozo?

Solo había una respuesta.

–Para atrapar a un vampiro.

–¡Para atrapar a Yuri!

A media noche, primero Germán y luego Pedro aparecieron en la cafetería.

–Séflux se ha quedado en casa con los ordenadores. Está buscando alguna solución. –Germán la abrazó–. No debes desanimarte.

–Pero...

–Germán tiene razón. –Pedro apenas había dicho nada. Simplemente estaba allí apoyándolos.

Alonso le dio la mano en cuanto lo vio llegar. ¿Por una vez no iban a discutir? No dejaba de ser irónico que justo ahora hubieran firmado la paz.

Covadonga, haciéndose con el timón de la situación, comenzó a cocinar. Su vecina, aunque ahora fuese una vampiresa, seguía siendo una fuerza de la naturaleza así que, tras tomar posesión de la cocina de la cafetería, comenzó a preparar comida como una posesa.

–Un buen plato lo arregla todo, querida. ¡Créeme!

Primero vinieron las magdalenas.

–Querida... necesitas comer dulce para que te suba a la cabeza y lo veas todo mejor.

¿Creería que funcionaba como el alcohol? Y si era así... ¿Quería emborracharla? Beber para olvidar... el lío en el que estaban. Quizás no era mala idea aunque no fuese la mejor.

Después tortilla.

–Me ha quedado cuajadita... Tiene muchas proteínas. ¡Pruébala!

¿Proteínas? ¿Tenía que hacer lanzamiento de peso? Más bien tenía que encontrar la forma de liberar a Yuri, de quitarse de encima el peso de saberlo allí atrapado, incapaz de escapar del amanecer que estaba a punto de llegar.

Y finalmente una copiosa fabada... que esta vez evitó ofrecerle. Sería su vecina, la esposa de Alonso, pero a esas alturas estaba tan desesperada que si se hubiese acercado a ella, probablemente le habría soltado algún improprio.

Sara no sabía si reír o llorar. De lo único que estaba segura era de que no podía perder a Yuri, pero... ¿Qué podía hacer? Tocó su medallón y su movimiento no pasó inadvertido a Pedro y Alonso.

Las horas iban pasando y las opciones se iban reduciendo. Él no podía salir y ella no podía intervenir sin descubrir su secreto... No podía liberar a Yuri sin poner en peligro todo por lo que había luchado. Repasó mentalmente los conjuros que conocía... y supo que a pesar de las enseñanzas que había recibido y de lo que su padre le había inculcado, lo pondría todo en juego para salvarlo. Si hubiera tenido más tiempo, podría haber localizado al juez y haberlo convencido con ayuda del Grimorio para que lo liberase o quizás habría recurrido a algún cambiante para hacerse pasar por él, pero tiempo era justo lo que no tenían.

Cuando llegó las cinco de la mañana y notó como algún pájaro tímidamente comenzaba a cantar, Pedro y Alonso se miraron antes de girarse hacia Sara.

–Haz lo que tengas que hacer.

–Si no lo haces tú lo haremos nosotros –añadió Pedro– y seguramente será bastante más escandaloso.

–Pero...

–Nos arreglaremos.

–No sería la primera vez que nos tenemos que enfrentar a una situación así.

–Adelante –concluyó Alonso.

Fue el momento en el que tomó su medallón, se dirigió a la puerta de la cafetería... y su teléfono móvil los interrumpió.

–Han encontrado otro cuerpo en Llantones.

–¿Cómo? –La voz de Séfux sonaba acelerada.

–En el parque frente a la Iglesia Nueva han encontrado el cuerpo de un varón con una marca de colmillos en el cuello, sin una gota de sangre y con un marcapáginas de la biblioteca.

Las lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas de Sara al escucharlo.

–Entonces...

–¡Esto demuestra que es imposible que haya sido Yuri el responsable de los otros asesinatos!

Media hora después Yuri estaba libre.

–Ves, querida... ¡La comida lo arregla todo!

La comida no estaba muy segura de que hubiera arreglado nada, pero de lo que estaba segura mientras abrazaba a Yuri en la limusina que los conducía a toda velocidad hacia la casa redonda de tejado rojo es que aquello se tenía que acabar.

Las manos de Yuri, abrasadas por la plata, se curarían pronto, pero la ira que sentía tardaría mucho más tiempo en abandonarla.

Ya no tenía ninguna duda. Alguien estaba detrás de todo aquello. Alguien que quería forzarles a darse a conocer. Alguien que no había dudado en poner en peligro a su vampiro.

Sara se hizo una promesa a sí misma. Encontraría al responsable y se lo haría pagar.

XXV.

Un día su humana no estaba junto al río.

Ese día no disfrutó de su risa ni escuchó sus historias.

Aquel día no adoró su piel, ni devoró sus labios, ni se sumergió en su calor.

El Titán, tras buscarla hasta la extenuación, encontró su cadáver salvajemente maltratado en medio de un bosque de laureles.

Su alarido de dolor retumbó hasta en el último confín de la Tierra.

Laura no paraba de dar vueltas en la cama desvelada. No podía dejar de pensar en lo que había vivido con Cron, en lo que le había confesado y en la decisión que tenía que tomar.

—Cuando lo sepas... Cuando estés segura... Te esperaré delante del puesto de palomitas... donde nos encontramos la primera vez.

Él nunca le había dado su número de teléfono y ella nunca se lo había pedido... ¿Iba a esperarla allí siempre? ¿Día tras día?

—Pero... yo no sé... —Si no lo aceptaba, si decidía que no quería estar con él... ¿durante cuánto tiempo seguiría esperándola?

—¿No lo comprendes? Te esperaré cada noche. —Pareció haber leído su mente.

¿Por qué saber que la esperaría siempre provocó algo en su corazón?

—Eso... es demasiado...

—Nada es demasiado porque tú eres lo más importante para mí.

¿Ella era lo más importante? Nunca lo había sido con sus anteriores novios. Quizás ese había sido el problema. Quizás por eso con Cronos todo era distinto.

—Debes tomarte el tiempo que necesites.

Y tiempo era lo que necesitaba.

Cronos le había dejado claras muchas cosas durante las horas que habían pasado en las montañas.

Qué quería...

Lo quería todo de ella. Su cerebro de mujer del siglo XXI no sabía si estaba muy de acuerdo con alguien que hablaba de hacerla suya, pero su corazón tenía sus propias opiniones al respecto. Y en cuanto a su cuerpo... la idea de que aquel hombre estuviera loco por enterrarse entre sus piernas... Tenía que abanicarse cada vez que recordaba lo que le había dicho.

¿Sería tan malo que alguien se preocupase por ella? ¿Sería tan horrible pertenecer a alguien? Al fin y al cabo, ¿si ella le pertenecía, él no le pertenecería a su vez?

Quién era...

Todavía le costaba aceptar lo que Cron le había dicho respecto a lo que hacía y, sobre todo, a lo que había hecho. ¿Estaba dispuesta a enredarse con un asesino? ¿Quizás un mafioso? ¿Alguien peligroso?

Le había confesado que en el pasado se había visto obligado a asesinar. ¿Eso no era una excusa? Siempre había una opción para hacer lo correcto. Eso es lo que siempre le habían enseñado, pero ella tampoco lo sabía todo del mundo.

¿Y si realmente había sido así y no había tenido otro remedio? ¿Podía juzgarlo si en su infancia o en su adolescencia se había visto obligado a matar?

Ahora era distinto, le había asegurado. Ya no mataba a inocentes. Eso no la consolaba mucho. ¿Quién era él para decidir quién se merecía morir y quién no? ¿Quién era él para dañar a alguien obedeciendo a sus propios intereses?

Quizás estaba volviendo a ser injusta. La vida a veces te lleva a situaciones que no puedes controlar. A lo mejor era una de esas y si ahora, al menos, no mataba a personas que no lo mereciesen... ¿Sería algo tan terrible?

Negó con la cabeza. Estaba intentando justificarlo. Su cabeza estaba buscando la manera de aceptarlo. Y aunque no conociese con exactitud la naturaleza de sus negocios... ¿Estaba dispuesta a verse arrastrada a una vida que no tenía nada que ver con la suya? ¿Comprometer su seguridad? ¿Vivir con alguien que tenía las manos manchadas de sangre?

Lo que se perdía si lo rechazaba...

Su cuerpo tenía memoria... y todavía recorría su cuerpo un escalofrío cuando recordaba lo que había venido después de su confesión.

Primero había sido su talentosa boca la que había besado y adorado su mismo centro y después habían sido sus dedos los que la habían torturado hasta la extenuación. No se había conformado con arrancarle un orgasmo, ni siquiera dos... En algún punto entre el tercero y el cuarto sospechó que quería convertir a su traicionero cuerpo en su esclavo... y, así, apagar su mente y todas sus dudas. Pero no pudo pensar mucho en ello, porque no le dio respiro.

En algún momento le había implorado clemencia, pero él había sido implacable

—No, Agapimeni, no pienso hacerlo... Tus gemidos cuando te corres son música para mis oídos y la expresión en tu cara... ¡No hay nada más hermoso!

—Cron... Al menos... —Estiró las manos tratando de alcanzar el botón de sus pantalones, pero fue incapaz; él fue más rápido—. Al menos déjame complacerte.

—Si me tocas... no podré contenerme y si no lo hago, no podrás elegir.

Así que hasta el anochecer, Cron se dedicó a arrancar orgasmos a su cuerpo hasta el agotamiento... Cuando, desmadejada, la sentó en su regazo y la obligó a comer no sabía ni como se llamaba.

No había sido muy consciente de en qué momento había sacado del todoterreno toda la comida. Seguramente cuando se intentaba recuperar de alguno de sus incontables orgasmos, se imaginó. Lo único seguro era que había traído para ella todos sus postres favoritos. ¿Por qué no le sorprendió? Cron siempre la escuchaba y aquella no había sido una excepción.

—Come... mi preciosa Agapimeni... —le repetía mientras le ofrecía de su propia mano la tarta de chocolate más sabrosa que había probado en su vida. Y ella lo había obedecido entre suspiros y gemidos; un mordisco y un beso... No sabía que le había causado más placer...

Negó con la cabeza mientras algo comenzaba a pulsar de nuevo entre sus piernas. Su cuerpo ya había tomado una decisión, pero su cabeza se resistía a hacerlo.

La había alimentado él mismo, como si fuera una niña pequeña. Cuando lo había hecho, había estado demasiado agotada para protestar; pero al recordarlo en la oscuridad de su cuarto, se sintió avergonzada.

¿Era eso de lo que hablaba con hacerla suya?

¿Quería transformarse en su propiedad?

¿Alimentarla, cuidarla... sometida a todos sus deseos?

Su corazón se aceleró... mientras su cuerpo comenzaba a palpar. Nunca había deseado a

nadie tanto en toda su vida.

¿Todos sus deseos? ¿O los deseos que compartían ambos?

Cuando sonó el despertador, no había conseguido dormir en toda la noche. A trompicones, abandonó la cama. Tenía que ir a trabajar. La imagen que le devolvió el espejo la sorprendió.

La Laura que vio era una desconocida. Sus mejillas ardían mientras sus ojos brillaban de una forma que nunca había visto. Su piel había adquirido otro aspecto... parecía aterciopelada y llena de vida, nada que ver con su palidez habitual. Estudió sus labios, ¿desde cuándo eran tan carnosos? ¿Y qué decir de su pelo? Su cabello castaño habitualmente desgredado era una hermosa media melena sedosa y brillante.

Algo le había ocurrido... Algo sorprendente y totalmente inesperado por su rareza... ¡Parecía feliz!

¿Lo era? No lo sabía.

Solo sabía que necesitaba encontrar una excusa para aceptarlo... que no acababa de encontrar.

Desgraciadamente, a veces la vida sigue su propio camino, ajena a todo aquello que nos preocupa y, cuando menos lo esperamos, nos atropella.

Cuando llegó al trabajo y recogió los periódicos que diariamente enviaban a la piscina, algo llamó su atención.

En un recuadro, observó una noticia.

Habían encontrado un cadáver en el parque de Llantones.

Las iniciales llamaron su atención.

Y la foto que vio provocó que se le escapase un grito.

Habían pasado los años, pero lo habría reconocido en cualquier sitio. Pasó la mano por la hoja de periódico tratando de recorrer sus facciones. Era la foto del hombre que le había hecho tanto daño.

De repente, volvieron a su mente todos los dolorosos recuerdos que había enterrado cuidadosamente en lo más profundo de su mente...

Recordó cómo lo había conocido, lo afortunada que se había sentido de que un chico mucho mayor que ella le prestase atención.

Sus caricias, sus besos y la forma en la que la engatusó para llevarla a la cama, justo antes de abandonarla por la siguiente pardilla.

El dolor era un lejano eco, pero uno que nunca había superado. Había dejado tocado su corazón y, de alguna forma, se había llevado una parte de ella que nunca había vuelto a recuperar.

No se alegró de saber que estaba muerto, un recuadro minúsculo en el que nadie repararía; pero, aun así, respiró un poco mejor.

Desgraciadamente su alivio no duró mucho porque su foto provocó que todo volviese a su cabeza.

El cabrón que la había engañado para alardear de que había sido su primer amante, que había publicado en su blog todos los detalles de su encuentro, el responsable de que durante un mes no se hubiese atrevido a pisar la calle... estaba muerto.

Raúl, su primer novio, había muerto; alguien lo había asesinado.

XXVI.

Cuando abrazó su cuerpo desgarrado entre sus brazos descubrió la verdad. Su piel le contó lo que había ocurrido...

Sus hermanas, celosas al perder sus atenciones, habían estado espiando sus movimientos. Cuando habían descubierto sus nuevos afectos habían desatado toda su furia sobre su pequeña humana.

No habían tenido piedad. Temis había cortado su piel, Tetis había arrancado sus ojos y Febe había rebanado su cuello.

El dolor lo arrasó con la fuerza de un huracán; desgarrándolo hasta destruirlo por completo.

Ya no podían desayunar en la biblioteca y las escasas cafeterías de Llantones seguían sin ser una opción. Los periodistas la acechaban tras la verja de su casa, por las calles de Llantones e, incluso, dentro de la biblioteca.

Desde la aparición hacía un mes del primer cadáver cada día había más extraños en Llantones. Unos eran periodistas, otros curiosos y la mayoría pirados. Aquella misma mañana, mientras iba a la biblioteca había visto como un autocar aparcaba en el centro del pueblo para dejar a una multitud de japoneses.

Su repentina aparición le había dejado con la boca abierta. ¿Qué les estaría contando el guía?

«A su derecha la Iglesia, a su izquierda la bruja local».

¿Con qué absurdo reclamo los habrían traído allí?

«¡Vengan a Llantones! Un lugar único donde pueden ser atacados por un vampiro o desmembrados por un hombre lobo mientras una bruja les hace un conjuro».

¿Qué contarían cuando volvieran a sus hogares?

«¡No te lo vas a creer! He estado en un lugar donde te puedes encontrar a una bruja por la calle».

No sabía si reír o llorar. ¿Cómo iba a acabar aquello? Y, sobre todo, ¿cuándo iba a acabar?

Esperaba que pronto porque, tras la detención de Yuri, había comprendido que no podían alargar aquella situación por más tiempo.

A pesar de todo o precisamente debido a todo lo que había pasado, sus amigas querían verla, así que habían trasladado su lugar de reunión al salón de la casa redonda de tejado rojo. No quería arriesgarse a que, si se volvían a reunir en la casa de Laura, alguien la acusase también a ella de ser una bruja o algo peor. Además, allí no corrían ningún riesgo de que las interrumpiesen. Junto a ella no tuvieron ningún problema para cruzar la verja, pero el resto de humanos tenían que conformarse con quedarse en la carretera.

—¿Qué tal está Yuri? —Ane fue la primera en preguntar.

—Bien, creo que no fue muy consciente del peligro que corría.

Solo recordarlo provocó que se le encogiese el corazón. Sara sabía que amaba a su vampiro, pero había descubierto que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por él... incluso romper su compromiso con su familia y su legado. No estaba muy segura de en qué la había convertido ese

descubrimiento.

—No es que me alegre porque haya habido otro asesinato, pero... ¡menos mal que apareció otro cadáver! —añadió Cristina.

—Sí... Prefiero no pensar qué habría pasado si no hubiese sido así. —Se pasó la mano por la frente mientras tomaba su infusión. Habría preferido el tazón de leche caliente, pero a veces había que hacer sacrificios. Mientras, sus amigas estaban disfrutando de sus cafés.

Todavía no había descubierto por qué los calabozos de la comisaría disponían de barrotes de plata. El asistente de Alonso la había llamado tras enviarle un informe a primera hora. El jefe de los vampiros siempre contaba con un mayordomo humano. Se encargaba de atender todos los asuntos que su inevitable ausencia a la luz del día le impedía resolver.

Tenía que ser una persona de su absoluta confianza. Durante siglos había sido un Urrutia, un miembro de esa familia, el que había ocupado ese puesto. Generación tras generación habían heredado el cargo de padres a hijos y habían sido generosamente recompensados por ello. Era lógico, conocían todos los secretos del poderoso vampiro y se esperaba que su lealtad fuera absoluta. Por desgracia, el último Urrutia había traicionado su confianza y, debido a ello, había sido sustituido con diligencia.

El nuevo asistente la había llamado por teléfono y le había explicado el resultado de sus pesquisas que también le había hecho llegar por escrito. Se imaginaba que Alonso, antes de recluirse al amanecer, le había encargado que investigase por qué habían elegido ese material para hacer los barrotes y que, en cuanto tuviese toda la información, se lo comunicase.

Los negocios de la familia de vampiros incluían la construcción, así que no le extrañaba que pudiese descubrir todos esos detalles con facilidad; sabía dónde buscarlos. El informe que le envió tras hablar con ella explicaba que las reformas en los calabozos habían tenido lugar hacía unos tres meses. La constructora que había ejecutado la obra lo había hecho después de obtener la mejor puntuación en la licitación para reformar la comisaría de policía local. El proyecto que habían presentado a la licitación y que, por tanto, se habían comprometido a ejecutar solo recogía la utilización de los materiales habituales en ese tipo de obras que, por supuesto, no incluían la plata.

—Es muy extraño porque, según mis estimaciones, tuvo que perder muchísimo dinero usando ese material en vez del previsto...

—¿Cuánto puede haberlo encarecido, Bonachera? —No sabía de dónde había salido su nuevo mayordomo, pero estaba claro que Alonso sentía debilidad por asistentes con apellidos poco comunes.

—Señora Hécate... —El nuevo mayordomo era extremadamente puntilloso en su trato. Le recordaba a Alonso. Seguramente había sido una cualidad que el jefe de los vampiros había valorado a la hora de elegirlo. ¿Sabría que era la compañera del hijo de su jefe? Seguro que sí—. La utilización de la plata supuso que se multiplicase por diez el precio final.

Sara solo veía una razón para hacer algo así; apresar a vampiros o licántropos.

—¿Se sabe algo de la constructora?

—Eso es lo más extraño. He comprobado personalmente la dirección que declaró en la adjudicación y se corresponde con un apartado de correos. Me imagino que no quieren ser identificados; pero le aseguro, señora, que no pararé hasta lograrlo.

Sara no tenía ninguna duda de que sería así, como tampoco dudaba de que no les serviría de nada. Se enfrentaban a un enemigo peligroso. Uno que estaba intentando forzarlos a salir a la superficie y abandonar el mundo de sombras en el que se habían movido durante siglos y milenios.

Los asesinatos, los marcapáginas, el libro de Yuri, los barrotes de plata... todo era fruto de un plan cuidadosamente diseñado en el que no se había dejado nada al azar.

—No quiero ni imaginarme cómo lo habrás pasado... —Las palabras de Ane la devolvieron a la realidad. Sus amigas la estaban observando preocupadas.

Les sonrió... Estaba muy agradecida de poder contar con ellas.

—Lo importante es que, al final, liberaron a Yuri.

No tenía ganas de seguir hablando de lo que había ocurrido. Por unos minutos quería disfrutar de la compañía de sus amigas y no darle vueltas a lo mismo así que les ofreció magdalenas. Mientras se volvía loca buscando una salida para Yuri, Doña Covadonga había hecho suficientes como para alimentar a un regimiento y, después, se había empeñado en que cargasen con ellas de vuelta a casa. Tampoco era tan extraño, ella además de los peces de Yuri eran los únicos que las comían.

Cuando se las ofreció a Laura, vio algo extraño en su expresión. Había estado muy callada. ¿Qué ocurría?

—¿Estás bien?

Ane y Cristina se giraron hacia ella.

—Yo... —Laura las miró de una forma extraña.

—¡Es verdad! —Cristina palmeó no del todo consciente de la expresión en el rostro de Laura—.

¿Cómo...?

—¿Cómo va el romance? —Se adelantó Ane.

—¿Cuándo nos lo vas a presentar? ¿Cómo se llamaba? ¿Cronos? ¿O era Cron?—Quiso saber también Cristina.

—Yo... —Laura las miró un instante. Solo fue un segundo; pero, de repente, su expresión cambió y sus ojos se llenaron de lágrimas. Incapaz de contenerlas se llevó las manos a la cara mientras gruesos lagrimones recorrían sus mejillas. Había pasado todo el día nerviosa. Su mundo había dado un vuelco tras su última cita con Cron y el asesinato de Raúl había terminado por desestabilizarla.

—¿Qué ocurre? —Ane la cogió de la mano mientras todas la rodeaban.

—¿Te ha hecho daño? —Le preguntó Cristina preocupada.

Sara entrecerró los ojos de una forma que, si Yuri hubiese estado presente, habría calificado de aterradora. Sin decir una sola palabra se dirigió hacia el cajón donde guardaba el Grimorio y comenzó a ojearlo.

—Hay que darle una lección... —masculló mientras se detenía en los conjuros de transformación—. ¿Sapo? ¿Oruga? Quizás sería más apropiada una apestosa mofeta...

Cristina se giró hacia ella.

—Mejor hablo con Zipi y Zape... —Su rostro estaba lleno de ira—. Seguro que ellos sabrán cómo hacerle sufrir.

—¿Y qué tal una manada de lobos persiguiéndolo? —Especuló Ane—. Pedro seguro que estaría de acuerdo en darle un buen susto.

Cristina negó enérgicamente.

—Sangre... Quiero sangre... ¡Estoy harta de ver cómo los hombres le hacen daño!

—¡No estoy de acuerdo! Siempre que no haya desmembramientos, las heridas que le puede causar un licántropo se curan... Pero conozco unos conjuros que pueden producir un daño permanente y que estoy segura que son más apropiados para hacerle entender que nunca debía haberte hecho daño.

–El problema es... ¿Dónde vive? –La pregunta de Ane provocó la inmediata reacción de Sara.

–Seguro que Séfux nos puede ayudar...

Cuando Sara cogió el teléfono, Laura había dejado de llorar y estaba observándolas con los ojos muy abiertos.

–No...

–¿No? –Todas se giraron hacia ella.

–¿Por qué no? –Sara no la entendía.

–Eres demasiado buena...

–Hay que darle una lección. –Ane estaba convencida.

–No lloro por Cron... No me ha hecho daño... –A mí no, pero a otros... Prefería no pensar mucho en ello.

–Entonces... ¿Qué ocurre? –Todas estaban a su alrededor. Dispuestas a cualquier cosa por ella. Laura sintió de nuevo ganas de ponerse a llorar.

–Sois... –Observó el móvil en la mano de Sara y los rostros llenos de rabia de Ane y Cristina-. ¡Sois las mejores amigas del mundo!

La abrazaron.

–Pero, cuéntanos... Supongo que tus lágrimas no se deben a que acabas de descubrir que puedes contar con nosotras... ¿Verdad? –Ane le sonrió.

–¿Qué es lo que ocurre? –le preguntó Sara.

Laura trató de tranquilizarse... Necesitaba desahogarse.

–El último asesinato...

–¿Sí?

–Lo conocía.

–¿Lo conocías?

–Yo... –Tomó aire-. Era Raúl... Mi primer novio.

Sus amigas se miraron.

–¿Ese imbécil?

–¿El mismo que alardeó de haberte desvirgado?

–¿Ese pedazo de mierda? –remató Sara.

–Sí... hoy leí la noticia y vi su foto en el periódico y... no sé... Me removié. Todo volvió a mi cabeza y no pude evitar sentirme otra vez igual que cuando ocurrió.

–Ese hijo de...

–¿No te sentirás de alguna forma culpable, verdad? Sabes que él se comportó contigo como un cretino.

–Él se aprovechó.

–Y no puedes seguir pensando en él.

–¡Tienes que seguir adelante!

–Aférrate a lo que tienes.

Ane, Cristina y Sara se miraron un instante antes de continuar.

–¿Cronos es bueno contigo? –preguntó Sara.

–¿Sientes algo por él?

–Yo... no sé ni lo que siento. Solo sé que cuando está cerca apenas puedo pensar y cuando está lejos... solo deseo volver a verlo.

–¡Pues céntrate en eso y olvídate de lo demás!

–Pasa página, Laura... RIP a los malos novios. –Cristina le sonrió tratando de animarla.

–Te mereces ser feliz. Tienes que ser feliz. ¡No permitas que Cron se te escape! –Concluyó Ane.

Todas la abrazaron mientras Sara sentía un extraño regusto.

No creía en las casualidades. Siempre se lo repetía. ¿Laura conocía a la última víctima?

¿De qué iba todo aquello?

XXVII.

El dolor lo devoró hasta dejarlo vacío. Se transformó en una carcasa, un mero recipiente en cuyo interior no quedaba nada, salvo la rabia. Eso fue lo único que le dio la fuerza para seguir viviendo. Tras enterrar el cuerpo de su mujer donde la había encontrado, entre los laureles, juró vengarla y no paró hasta cumplir su promesa.

Tres eran tres, las hermanas del Titán.

Tres eran tres...

*Temis, Tetis y Febis perecerán
por asesinar a la única criatura
que había amado en su vida el Titán.*

Cuando las chicas se fueron, esperó ansiosa el anochecer y a Yuri. Apenas había estado con él la noche anterior; habían llegado con el tiempo justo para que se recluyese en el arcón del sótano y sentía la necesidad de tocarlo y comprobar que estaba bien.

Intentando no pensar demasiado en que había estado a punto de perder a su vampiro, repasó lo que sabía del último asesinato. El hecho de que estuviera vinculado con Laura provocó que lo viese con otros ojos. Ya no era un cadáver cualquiera, era el del cabrón que la había marcado de una forma que solo los que la rodeaban podían percibir. No se alegraba de que alguien lo hubiese asesinado, pero no iba a simular que la entristeciese. No era una hipócrita.

Trató de centrarse en lo realmente importante; lo que sabía de ese último asesinato. Los datos que había recopilado indicaban que era todavía más intrigante que los anteriores. El informe de la autopsia que le envió Séfux así lo indicaba. El cuerpo no tenía sangre y su cuello mostraba el rastro de unos colmillos como en el primer asesinato. Pero había algo más, algo que le había puesto los pelos de punta. Las fotos mostraban el cadáver de un anciano arrugado y desfigurado, cuando tenía menos de cuarenta años. Era como si su asesino hubiese absorbido hasta la última gota de la vitalidad de su cuerpo.

Cerró los ojos y recordó su experiencia con el Íncubo Máximo. El psicópata había secuestrado a Cristina y se la había llevado a Las Vegas tratando de utilizar su mala suerte en sus casinos. Todavía recordaba el rastro de cuerpos secos que había dejado a su paso.

¿Sería un íncubo o una súcubo el responsable del último asesinato? Hasta donde ella sabía, el Íncubo Máximo era el último de los íncubos. Su estirpe se había aniquilado a sí misma y solo conocía la existencia de una súcubo, Manuela.

La súcubo había desaparecido de Llantonos tras comprender que no podía mantenerse cerca de Fernando, el director de la escuela. No era seguro para él, podía absorber por descuido su energía mientras estaban juntos y acabar con su vida. La autopsia no podía concluir si la víctima había tenido relaciones sexuales antes de morir así que la posibilidad de que hubiera sido atacado por una súcubo era real. ¿Manuela? No lo creía posible. Además... ¿Cómo explicar las marcas de los colmillos?

Negó con la cabeza. No podía estar segura de nada. Después de lo que había ocurrido con las anteriores víctimas no podía descartar que no se tratase de otra cortina de humo. Un nuevo movimiento meticulosamente calculado dentro del plan de un loco para señalarlos ante los

humanos y obligarlos a darse a conocer. Súcubos e íncubos no eran tan populares como vampiros y hombres lobos, pero seguro que Roger Misterio los mencionaría cuando analizase el nuevo asesinato.

Su impresión se transformó en convencimiento cuando, en el informe policial que acompañaba a la autopsia, comprobó que el domicilio de la víctima estaba en la ciudad.

No era nada distinto a lo que le había explicado Laura. La víctima siempre había vivido en Gijón. En Llantones no había instituto y, por eso, lo había conocido cuando estudiaba la secundaria en la ciudad. Después, aunque había perdido el contacto, sabía por conocidos comunes que no se había mudado.

¿Por qué entonces su cadáver había aparecido en Llantones?

¿A qué se debía que en su bolsillo guardase un marcapáginas de su biblioteca?

¿Podía tomarse en serio las marcas de colmillos en su cuello y el aparente ataque de un íncubo o una súcubo?

Solo había una respuesta posible a todas sus preguntas. El único interés del asesino era llamar la atención sobre Llantones. El autor conocía sus secretos y trataba de hacerlos públicos. Era la única explicación.

—He revisado el cuerpo y tampoco es obra de uno de nosotros.

Don Alonso llamó a su puerta poco antes de que Yuri se despertase. Tras él, no tardó mucho tiempo en llegar Pedro, el Alfa de la manada.

A Sara no le importó que ambos estuvieran presentes cuando Yuri apareció en el salón y se lanzó a sus brazos. Necesitaba tocarlo y comprobar por sí misma que todo estaba bien. Sus manos ya no mostraban rastro alguno de las quemaduras de la plata. Afortunadamente era un vampiro y ninguna herida les duraba demasiado tiempo.

—Princesa, van a tener que detenerme más habitualmente para poder disfrutar de este recibimiento.

—¡No hagas bromas con eso! No sabes lo asustada que estuve. —Sara protestó todavía entre sus brazos.

—Princesa, estoy aquí y no pienso irme a ninguna parte.

—Yo...

—¿Sabes? Sabía que encontrarías la forma de rescatarme... Mi bruja no me iba a abandonar allí.

Sara entrecerró los ojos mientras decidía si reñirle o besarle. Decidió eso último. Ya tendría tiempo de hacerle pagar por llamarla bruja.

—No queríamos molestar, pero...

—¿No deberíamos hablar de lo que está pasando? —La voz de Pedro sonaba preocupada.

—Podéis dejar los arrumacos para más tarde... —les amonestó Alonso.

Sara se giró hacia Pedro y Alonso. ¿Se estaban burlando de ellos? Si Covadonga o Ane hubiesen estado en la situación de Yuri, le habría gustado ver cómo se comportaban. Todavía recordaba la desesperación de Pedro cuando Ane había estado a punto de morir. ¡Eran unos hipócritas!

Prefirió no protestar, sin separarse de Yuri se sentó en el sofá frente a ellos.

—Todos estos asesinatos, los marcapáginas... —comenzó Pedro.

—Están intentando que el mundo descubra nuestra existencia. —Alonso, a su lado, terminó la frase.

Parecía que la buena sintonía entre ambos que había comenzado la noche anterior aún duraba.

–Quien sea quiere que se fijen en nosotros –Yuri se mostró de acuerdo.

–¿Por qué habrán elegido a un ex de Laura? –Acurrucada junto a su vampiro, los escuchaba con atención.

–¿De qué estáis hablando? –Alonso los miró sin comprender.

–Laura reconoció su foto en el periódico.

–¿Cuál de esos imbéciles? –Yuri le preguntó sorprendido.

Sara le había contado en alguna ocasión por qué Laura no confiaba en los hombres.

–Raúl... su primer novio.

–¡Menuda pérdida! –Su vampiro bufó sonoramente.

–Por lo que me ha explicado Ane, el mundo no va a echarlo de menos –sentenció el Alfa.

–El problema es que, como en los asesinatos anteriores, el asesino dejó multitud de pistas que apuntan hacia nosotros –añadió Alonso.

–Más horas de teorías conspiranóicas para ese periodista y su programa.

–¡Roger Misterio! Ya me imagino la de especiales que va a dedicar al nuevo asesinato.

–Y para los policías... nuevos indicios para acosarnos –añadió Sara.

Todavía esa misma tarde, antes de cerrar la biblioteca, la habían vuelto a interrogar.

«No tengo ni idea de por qué tenía el marcapáginas así que ahorraros las preguntas». Era lo único que les había dicho. Después de la noche anterior, cuando habían detenido a Yuri, y su propia no detención no estaba muy colaboradora. Tampoco pareció sorprenderles.

Los policías la habían dejado en paz de mala gana. No creía que tardaran en volver a molestarla.

–Tengo curiosidad por saber cuál será su próxima detención.

–Esos policías se pueden ir a la mierda –declaró Yuri convencido.

Fue lo último que dijo antes de que el teléfono los volviese a interrumpir.

Cuando Sara lo cogió y escuchó la voz de Séfux se quedó helada.

–Han encontrado dos nuevos cuerpos.

XXVIII.

Recorrió la Tierra como un vendaval. Rastreó, visitó y registró hasta el último rincón del planeta. No dejó piedra sin remover, ni cueva, pozo o madriguera. Sus hermanas se quedaron sin un lugar donde esconderse a salvo de su ira.

Cuando las encontró, de nada sirvieron sus llantos, ni sus lamentos, ni sus peticiones de clemencia.

¿Acaso habían tenido ellas clemencia de su mujer?

¿Acaso habían atendido a sus lamentos?

¿Acaso les habían conmovido sus llantos?

Buscando consuelo, se entregó a la venganza; desolló a Temis, desmembró a Tetis y empaló a Febe y, junto a ellas, a aquellos de sus hijos que les habían dado cobijo.

Cuando llegó a casa, se sentó en su pequeña cocina tratando de tomar una decisión. Todo el día había estado posponiéndola. La muerte de Raúl la había impresionado tanto que su cerebro se había centrado en ello tratando de evitar pensar en su conversación con Cron.

Durante no supo cuánto tiempo permaneció absorta. No pudo evitar recordar lo que había vivido con sus anteriores novios.

Cómo la habían herido, despreciado y maltratado.

Cuánto había sufrido, cuántas lágrimas había derramado y cuántas noches había pasado en vela preguntándose por qué había arriesgado su corazón.

Cómo habían acabado poco a poco con su esperanza de encontrar alguien a quién amar, alguien que la amase.

Y durante todo ese tiempo estuvo segura de que no merecía la pena que se volviese a arriesgar. No tenía sentido volver a pasar por todo de nuevo. No podía exponerse a sufrir. No quería que la hiriesen otra vez.

No podía...

No quería...

¡No creía que pudiese superarlo otra vez!

Hasta que unas palabras resonaron en su cabeza.

«Pasa página, Laura... RIP a los malos novios».

«Te mereces ser feliz. Tienes que ser feliz. ¡No permitas que Cron se te escape!».

Quería pasar página, lo necesitaba, pero tenía miedo de hacerlo.

Se pasó lentamente las manos por los labios... mientras recordaba su última cita con Cronos. Inmediatamente, algo entre sus piernas comenzó a palpar. Tendría miedo de seguir adelante y aceptar a Cronos, pero su cuerpo tenía otras ideas. ¡Estaba loca por él! Ella ya lo sabía, no lo podía negar. Pero de repente comprendió algo más. Algo que había tratado de ignorar, sepultar bajo todos sus miedos.

Lo necesitaba... Necesitaba estar cerca de él, escuchar su voz y esa forma que tenía de hablar, de moverse o mirar. Lo necesitaba a pesar de lo que le había contado, a pesar de quién era, a pesar de quién había sido. Porque, aunque eso la convirtiese en una egoísta insensible, lo que hubiese hecho no afectaba a cómo la trataba a ella.

Cuando había conocido a Raúl, todos hablaban bien de él. Era tan maduro, tan buen chico... Con Ignacio le había ocurrido lo mismo. Era el alma de las fiestas, el amigo que todos querían. Y Pablo, él era el chico de oro. Un chico encantador con un prodigioso futuro por delante. Desgraciadamente, para ella solo habían significado dolor y abandono.

Cron no sería el mejor hombre del mundo, sería un asesino, pero con ella ningún hombre había sido mejor. Y al final... ¿Qué era lo importante? ¿Que fuera el mejor con ella o que fuera el mejor con el resto del mundo? ¿De qué le había servido que sus ex fueran los mejores amigos, los más inteligentes o los más educados si habían dejado su corazón lleno de cicatrices?

Como un resorte, se dirigió a la puerta y la cruzó. No le importaba cuál fuese su pasado, cuáles fuesen sus negocios o cómo tratase a los demás.

Sería un malvado asesino, pero con ella era el hombre más atento que había conocido en su vida.

Solo quería estar con él, tenerlo cerca y hacerse una con él.

¿Quería convertirse en su dueño?

¿Tomarla en cada momento y protegerla a cada paso?

¿Vivir para ella?

La mujer fuerte que era no tenía problema con eso... porque después de todas sus experiencias necesitaba a alguien que estuviese para ella siempre y en todo momento. Quería ser suya porque quería que él también fuese suyo.

Cuando entró en el cine y se dirigió hacia el puesto de palomitas, su corazón comenzó a palpar en su pecho.

Repentinamente las dudas la asaltaron.

¿Y si no estaba?

¿Y si todo había sido una mentira?

¿Y si se había burlado de ella?

¿Y si...?

Cuando descubrió sus ojos al fondo del pasillo, su oscura mirada y su gesto serio... algo se liberó en su interior y echó a correr hacia él.

No necesitó extender los brazos, Cron se adelantó para recibirla en un abrazo cálido que, muy pronto, provocó un incendio en su cuerpo. No podía ser de otra manera. Era el efecto que tenía sobre ella.

—Agapimeni... —le susurró al oído—. No sabes cuánto tiempo he estado esperando esto... Ahora eres mía y viviré para hacerte feliz.

XXIX.

Cuando cumplió su venganza, con la sangre de sus hermanas todavía caliente en sus manos, volvió al lugar donde había enterrado a su mujer.

No se sentía mejor, su dolor no se había apaciguado y la rabia tampoco había desaparecido... y ya no había nada más que pudiese hacer. En ese momento lo comprendió; ella se había ido y nada se la iba a devolver.

El dolor en su pecho lo dominó... Los pulmones se quedaron sin aire... La vista se le nubló... Incapaz de seguir de pie, cayó de rodillas sobre la tierra en la que no solo estaba sepultada su mujer sino también su corazón y, por primera vez en su vida, comenzó a llorar.

Las lágrimas anegaron sus ojos y cubrieron su rostro. Una vez que la venganza ya no nublabla su mente, tomó conciencia, por primera vez, de la envergadura de su pérdida. Se abrazó a ella, se entregó a ella, se regodeó en ella.

Lloró por lo que había perdido, por lo que había sido; pero, sobre todo, por lo que nunca sería.

Laura se despertó en la gran cama y todo volvió a su cabeza... Sonrió, estaba agotada, pero nunca había sido más feliz.

Todo había sido perfecto, tal y como había soñado que debía ser. Tras encontrarse con Cron en el cine, la había tomado de la mano y la había conducido hasta su coche.

En ningún momento había dejado de tocarla mientras habían atravesado las calles y carreteras. Cuando comprendió a dónde iban lo miró desconcertada.

—¿Llantones?

—Amas este lugar y, solo por eso, yo también lo amo.

—Pero... —Laura observó por la ventanilla como dejaban atrás el pueblo.

—Quiero establecerme aquí contigo.

—¿Aquí?

No tuvo tiempo de seguir preguntando, ante ella estaba una enorme mansión rodeada por una tapia. La portilla se abrió inmediatamente y observó la propiedad sorprendida.

—La compré hace unas semanas con la esperanza de que me aceptases —le confesó.

A Laura no le costó reconocerla, era la Quinta del Conde. Recibía su nombre del antiguo señor feudal de la zona, pero hacía mucho tiempo que sus descendientes se habían desprendido de ella. Laura había pasado por delante en innumerables ocasiones.

—¿Tan grande? —El camino serpenteaba hasta llegar a la casa.

—Me gusta poder disponer de un enorme jardín...

—A mí me gustan mucho las flores —le confesó.

—Ya lo sé... —Como siempre Cron había estado atento a lo que le había dicho. En algún momento seguramente le había confesado su debilidad por las flores.

Cuando se detuvieron ante la entrada principal se sintió repentinamente insegura, pero antes de que se diera cuenta, Cron ya había salido del coche para abrirle la puerta y ofrecerle su mano.

—¿Sabes qué significa Agapimeni?

—Yo... —Tomó su mano con dedos temblorosos.

–Amada... porque tú eres mi amada y siempre lo serás.

–¿Tu amada? –Sintió como su corazón se saltaba un latido.

–Sí, Agapimeni, te amo... ¿No es evidente? –Le sonrió mientras besaba su mano con reverencia.

–¿Me amas?

–Desde el mismo día que te conocí. –La forma en la que sus ojos la miraron provocó que se le secase la boca.

–¡Estamos locos! –Estaba mareada, feliz, enloquecida y muy excitada– Yo también te amo...

–Agapimeni, estamos locos porque el amor es una locura... –La acercó hasta su cuerpo antes de abrazarla y, como siempre le ocurría, Laura supo que su hogar estaba entre sus brazos.

–Nunca había sentido algo así por nadie –fue lo último que dijo antes de que Cronos tomase sus labios.

Cuando la besó, todas sus dudas se disiparon. No fue consciente de cuándo entró en la casa o cuántas habitaciones atravesaron. Tras una sucesión de besos y caricias, repentinamente, se descubrió en un enorme dormitorio donde una cama lo dominaba todo.

–Hoy te haré mía y te prometo que no volveré a separarme de ti.

No se dijeron nada más.

Cron la situó en el centro de la cama antes de apartarse y, con parsimonia, desnudarse ante su atenta mirada. No pudo evitar sentirse fascinada por su cuerpo, sus hombros anchos, el ligero vello en su pecho y el poderío de su sexo. Pero lo que la hipnotizó fue la fuerza de sus ojos, la forma en la que la miraban como si fuese la criatura más preciosa que había visto en su vida.

Cuando, finalmente, trepó a la cama, Laura ya estaba desesperada por tocarlo... por sentirlo... por probarlo. Trató de incorporarse y desnudarse ella misma, pero él la detuvo antes.

–No... Me gusta desenvolver mis regalos y tú eres el más valioso, el único...

Laura no pudo protestar, Cron se encargó de que sus labios estuviesen ocupados mientras la desnudaba lentamente entre caricias y gemidos.

Sus besos fueron al principio ligeros, parecidos al aleteo de una mariposa; pero, poco a poco, se transformaron en algo más. Besos largos e intensos que le hacían perder la cabeza. Besos cortos que se derramaban por las comisuras de su boca, avanzaban por su barbilla para caer por su cuello hasta alcanzar el lóbulo de su oreja tentándola hasta el delirio. Besos que parecían caricias y caricias que parecían besar su piel. Manos que desnudaban y labios que adoraban cada recodo de su sobrecalentado cuerpo.

Laura solo podía sentir bajo sus atenciones. Solo podía gemir cada vez que la tocaba. Sus manos y su boca parecían multiplicarse sobrecargando su piel de sensaciones, hasta que, finalmente, la tomó entre sus brazos y tras sentarse en el borde de la cama, separó sus piernas y situó su polla ante su entrada...

–Agapimeni... ¡Mírame! Quiero ver en tus ojos cuando te hago mía. –Laura lo obedeció sin dudar mientras su polla lentamente llamaba a la puerta de su cuerpo... antes de enterrarse de una sola estocada.

Mirándolo fijamente a los ojos, sentada sobre él a horcajadas, sintiéndolo profundamente enterrado dentro de su cuerpo, por primera vez en su vida se sintió completa y, repentinamente, una alegría que nunca había sentido llenó su pecho. La alegría llegó a sus labios hasta provocar su risa... y la risa fue el preámbulo de la locura.

Al escucharla, las pupilas de Cron se dilataron de lujuria y algo más... algo que Laura solo pudo reconocer como amor.

–Al fin he recuperado mi corazón –Cron susurró las palabras a su oído antes de que, tras tomarla de la cintura, se desatase la tormenta. Una tormenta en la que enterró su polla una y otra vez en su cuerpo con una desesperación que borró de Laura todo rastro de cordura.

La tomó una y otra vez; sentada sobre su polla mientras él devoraba sus pezones; tumbada de espaldas, con él mirándola a los ojos mientras ella lamía los dedos que él hundía en su boca al compás de su polla; sobre rodillas y manos con él susurrándole su deseo al oído; de nuevo de espaldas, con sus piernas sobre sus hombros y sus manos agarrando sus pechos con codicia...

Cron era incansable... implacable... insaciable... Laura solo podía gemir mientras el orgasmo se formaba a su alrededor, llevándola cada vez más alto, cada vez más rápido, cada vez más profundo, cada vez más lejos... a un lugar de deseo y placer donde solo importaba lo que compartían en aquella cama.

Cuando ambos gritaron su liberación, Laura solo pudo volar... muy alto; pero, a la vez, supo que nunca se caería porque el hombre que la sujetaba firmemente entre sus brazos nunca permitiría que nada le pasase.

Cron, como si hubiera leído su mente derramó besos sobre sus párpados cerrados, la punta de su nariz, la forma de sus cejas... y tuvo ganas de comenzar a reír...

–Mi preciosa Agapimeni...

Su voz en su oído, sus besos... De repente Laura se dio cuenta de que por primera vez tras el sexo no estaba sola, por primera vez su compañero de cama no se conformaba con haber obtenido su placer sino que quería más, lo quería todo, la quería a ella por encima de lo demás.

Su descubrimiento la llenó de una inesperada tristeza. Su amante, siempre atento, no tardó en darse cuenta de que algo iba mal.

–¿Qué ocurre?

Abrió los ojos y vio su rostro... tan perfecto... tan preocupado... El rostro de un hombre enamorado... de ella.

–Me habría gustado que tú hubieses sido mi primer hombre... Me habría gustado haberte conocido primero... Me habría gustado...

Sus ojos brillaron al escuchar sus palabras.

–No te preocupes, Agapimeni, yo he sido el primero... El primero que realmente te amaba... el primero que te va a tratar como mereces.

Su compañero había sido un amante incansable y durante la noche y el día siguiente la había mantenido ocupada. Afortunadamente, los domingos la piscina estaba cerrada, así que había podido dedicar todo el día a Cron.

Cuando se despertó de su último asalto ya estaba acabando la tarde. A su lado Cron estaba observándola con atención con el dolor grabado en sus ojos.

–¿Qué ocurre?

–Ya no recordaba lo hermosa que eres...

–¿No lo recordabas? –Tuvo que reírse... El idioma no era su fuerte.

–Agapimeni... Cuando te ríes, no respondo de mí.

–Pues a tu lado solo pienso en reír...

Cron la arrastró hasta él para rodearla con sus brazos. Su evidente erección la sorprendió.

–¿Ya estás otra vez listo?

–Te lo dije... Te quiero siempre... Te querré siempre en cada momento y en cada lugar. Eres preciosa... tan dulce... ¡Nunca me canso de ti!

Laura puso los ojos en blanco.

–No digas esas cosas... Voy a terminar creyéndolas.

–¿Acaso crees que miento? Eres la más hermosa...

No pudo acabar la frase. El ruido de su estómago le interrumpió. Laura enrojeció. Llevaban casi un día entero en la cama y, aunque Cronos se había escapado para traerle una enorme tarrina de helado a medianoche, su estómago necesitaba más.

–Tienes hambre... A veces se me olvida que debes comer.

Laura sonrió para sí. Nunca se acostumbraría a la extraña forma de expresarse que tenía Cron. Al menos cada vez hablaba menos en modo *Yoda*.

–No tengo hambre. –Su estómago podría protestar, pero ella estaba sorprendentemente saciada. No se explicaba cómo no estaba muerta de hambre.

–Agapimeni, ya te lo dije, me has aceptado, así que yo ahora cuido de ti. ¿Qué quieres comer?

–No sé...

–Mejor, así te sorprenderé. Mi cocinera es muy buena, pero prefiero encargarme yo mismo.

Su novio no sería una criatura paranormal, pero era maravilloso.

Miró como salía del dormitorio y la boca se le hizo agua. Era tan atractivo, tan atento, tan cariñoso... Se sentía tan feliz... que necesitó contárselo a sus amigas. Se levantó y buscó su bolso por la habitación. Cuando revisó su móvil, una notificación del periódico local llamó su atención. Lo que vio, le heló la sangre.

No podía ser... Lo comprobó varias veces incapaz de creerlo.

¿Estaba soñando? Si era así, aquello era una pesadilla.

Sus otros dos ex novios habían aparecido muertos. Los detalles eran escasos pero muy reveladores. Les habían mordido en el cuello hasta arrancárselo y habían dejado sus cuerpos detrás de la biblioteca de Llantonos.

Desesperada llamó a Sara buscando detalles. ¿Cómo había pasado algo así?

–¿Quién sabe la historia que compartiste con ellos?

–Mi madre y vosotras... Nadie más... –Se sintió culpable, ni siquiera se lo había contado a Cron.

–¿Conocías a las dos primeras víctimas?

–No sé, no creo... Yo...

–La policía querrá hablar contigo... quizás... quizás deberías ir a una comisaría y explicarlo. Ellos...

La colgó antes de acabar la frase. ¿La policía?

Miró a su alrededor tratando de pensar con claridad. Cronos estaba metido en negocios turbios. La policía haría averiguaciones y lo descubrirían. Seguramente lo investigarían.

¿Y si lo detenían por su culpa?

¿Y si acababa en la cárcel?

¿Y si pensaba que lo había traicionado?

Su cabeza comenzó a funcionar a toda velocidad.

No podía seguir allí. Lo estaba poniendo en peligro. Estaba siendo egoísta. Tenía que alejarse lo más rápido posible.

A lo mejor lo estaba buscando la policía o la Interpol y la usaban a ella para capturarlo.

O a lo peor ella estaba en el punto de mira de algún asesino para el que Cron no sería más que un daño colateral; otro novio al que asesinar.

No lo pensó más.

Habían compartido las horas más hermosas de su vida, pero no podía seguir allí. Lo amaba

demasiado para ponerlo en peligro.

Lo aclararía todo con la policía y volvería a su lado. Eso haría. Él lo comprendería. Tenía que hacerlo porque ya no se imaginaba su vida sin él, pero antes debía enfrentarse a lo que estaba ocurriendo.

No podía arriesgarse a contárselo. Si lo hacía, era tan atento, tan especial... que se negaría a separarse de ella. No lo pondría en peligro.

Sigilosamente, se vistió y se escapó de puntillas en dirección a la salida.

XXX.

Cuando se le agotaron las lágrimas, su dolor multiplicó su ira y, con ella, su odio. Odiaba a todas las criaturas vivientes porque tenían lo que le habían arrebatado a su mujer; vida. En la espiral de odio y resentimiento en la que cayó buscó consuelo arrebatando la vida de todo aquel al que se encontraba...

Atrás quedó su obsesión por el poder y la gloria.

Quería que todos sufriesen lo que él sufría.

Quería que todos perdiesen lo que él había perdido.

Pero cada anochecer, volvía a la tumba de su mujer a depositar una rosa blanca... sus favoritas... el símbolo de su amor eterno.

En cuanto Laura la había llamado por teléfono, se había puesto en movimiento. Todo parecía estar complicándose aún más. Ya era bastante malo que alguien estuviese tratando de relacionar los sucesivos asesinatos con criaturas paranormales. Sara no sabía muy bien cómo desviar la atención que el tema había despertado en los humanos. Pero que además el asesino hubiera acabado con la vida de los ex novios de Laura le había desconcertado.

Ella era una humana, ¿qué sentido tenía?

Tras la llamada de Séfux avisándola de los últimos asesinatos había comenzado sus pesquisas, pero la implicación de Laura había sido un nuevo acicate. Ya había estudiado el informe de la autopsia del tercer asesinato y, poco después de la llamada de su amiga, recibió la autopsia de los dos últimos. La puesta en escena, como en los asesinatos anteriores, los vinculaba con el mundo paranormal. Concretamente, el estado de los cuerpos los relacionaba con un ataque de uno o varios licántropos aunque con la peculiaridad de que, como en el asesinato del primer ex de Laura, habían perdido toda su fuerza vital. Las fotos mostraban cuerpos desmembrados de los que solo quedaba piel y huesos como si se tratase de ancianos al final de su vida... ¿Significaba que algún íncubo o súcubo estaba implicado? Sara lo dudaba. Intuía que no sería más que una puesta en escena en la que el asesino también había incluido un par de marcapáginas de la biblioteca.

En cuanto anocheció, visitó con Yuri los lugares donde habían aparecido los cuerpos de los tres ex novios. Tras sus detenciones, no se arriesgó a acercarse a la morgue, pero no fue necesario. A diferencia de los dos primeros asesinatos, lo que Sara percibió en el parque donde apareció el primer ex y detrás de la biblioteca donde aparecieron los otros dos la dejó helada.

Habría sido un supuesto vampiro el responsable del primer asesinato y un licántropo el de los dos siguientes, pero ella notó algo muy diferente a lo que había percibido en los anteriores asesinatos.

Cuando, durante la detención de Yuri, había aparecido el cuerpo del primer novio de Laura no había tenido tiempo de hacer muchas averiguaciones. Alonso le había asegurado que no había sido responsabilidad de ningún vampiro y con eso se había conformado. La detención de Yuri la había conmovido tanto que había permanecido a su lado intentando recuperarse. Pero ahora... tras visitar los lugares donde había aparecido ese cuerpo y los dos siguientes...

comprendió que todo era diferente.

En la oscuridad, entre las parejas que aprovechaban la noche veraniega para pasear, Sara se había quedado rígida al notar algo... una presencia que le puso los pelos de punta.

—¿Qué ocurre?

—Hay... Percibo un rastro esquivo...

—Princesa, ¿de qué estás hablando?

—Algo más antiguo que el mundo ha estado aquí.

Sus sospechas se vieron confirmadas cuando visitaron sus casas. Los tres vivían en la ciudad y no fue difícil colarse en sus pisos.

Como ya había leído en los informes policiales, ninguno de los tres había sido asesinado en Llantones. La policía no sabía con exactitud donde se habían cometido los crímenes; ese era un rasgo que todos los asesinatos tenían en común. Las autopsias mostraban, además, otra coincidencia en los tres últimos casos; sus cuerpos habían quedado consumidos; sus fluidos habían desaparecido y habían sido reducidos a piel y huesos.

Cuando Sara visitó sus pisos descubrió algo más. Mientras que en los dos primeros asesinatos, el camello y el matón, no había percibido nada cuando había registrado el lugar donde vivían, en los de los ex novios de su amiga sí notó algo. La presencia esquiva que había percibido en el parque y junto a la biblioteca se transformó en algo real.

—¿Sara?

Cuando tocó la manilla de la puerta de Raúl, el primer novio de Laura, sintió un escalofrío que después de traspasarla, se transformó en algo muy tangible. Cerró los ojos y notó una presencia en el aire, una esencia flotando a su alrededor que la aterró. Incapaz de mantenerse en pie, se tambaleó y habría acabado en el suelo si Yuri, con un rápido movimiento, no lo hubiera impedido.

—Sara... ¿Qué ocurre?

La voz de su vampiro sonaba estrangulada, pero lejana. Sara la percibía al fondo de su mente. Una mente en la que se sucedían imágenes de muerte, sangre y destrucción.

—Por favor, hálame...

Dolor y rabia inundaron su cabeza con una fuerza que le hizo comenzar a temblar.

—Por favor, princesa... Por favor...

Notó como Yuri la abrazaba, pero era incapaz de moverse. Las imágenes, las sensaciones la habían bloqueado.

—*De parvis...* De las cosas...

—Sara, vuelve a mí...

La voz de Yuri, lentamente, caló en su cerebro y, al fin, logró abrir los ojos mientras las palabras se agolpaban en su boca.

—*De parvis grandis acervus erit.* De las cosas pequeñas se nutren las cosas grandes.

—Sara... princesa...

—*De parvis grandis acervus erit...* De las cosas pequeñas se nutren las cosas grandes...

—¡Sara!

—*De parvis grandis acervus erit!* ¡De las cosas pequeñas se nutren las cosas grandes!

De repente su mente se quedó en blanco y volvió a cerrar los ojos mientras notaba como caía... más y más abajo... sin que nada ni nadie pudiese impedirlo.

Cuando abrió los ojos de nuevo, estaba en el suelo entre los brazos de Yuri que la miraba preocupado.

—¿Has vuelto? ¿Estás bien?

–Yo... creo que sí... –Se incorporó a duras penas.

–¿Qué ha pasado?

–No estoy segura...

–¿Qué has notado?

–Debemos visitar los otros pisos.

En la casa de Ignacio, volvió a sufrir lo mismo cuando tocó su cama y en la de Pablo, una de las sillas. En todos los casos sintió la misma conmoción y las palabras se repitieron.

–*De parvis grandis acervus erit.* De las cosas pequeñas se nutren las cosas grandes.

–Sara...

–Debemos volver a casa. Tengo que revisar el Grimorio...

–Pero... al menos explícame qué está ocurriendo.

–En estos tres últimos asesinatos he notado algo... Estoy segura de que el responsable no ha sido un humano... y sospecho que es la misma criatura que se esconde detrás de los dos primeros asesinatos. Creo que esta vez no ha escondido tan bien sus pasos.

–¿Quién?

Para eso no tenía una respuesta sencilla. Cuando en el pasado había tratado de percibir lo que había ocurrido en un lugar, había tenido que recurrir a su medallón y a toda su capacidad de concentración, sin embargo, en los pisos que acababa de visitar, la presencia era tan fuerte que la había golpeado sin falta de recurrir a la fuerza de sus antepasadas.

–Prefiero no responderte, lo único que te puedo asegurar es que el asesino los mató en sus casas. Estoy segura.

En silencio, regresaron a la casa redonda de tejado rojo. Cuando al filo de la medianoche, llegaron, junto a la portilla les estaba esperando su pareja de policías favorita.

–¿De dónde vienen?

–Creo que ese no es asunto suyo. –Yuri arrastró las palabras de una forma que hubiera puesto los pelos de punta a cualquiera que conociera su naturaleza. Los detectives se limitaron a observarlo con expresión ausente.

Sara respiró hondo. ¿No iban a librarse de ellos nunca?

–¿Conocen a Laura Gutiérrez?

Sara ya esperaba esa pregunta. Después de la llamada que le había hecho era solo cuestión de tiempo que le preguntaran por ella.

–Sí, es nuestra amiga. ¿Por qué lo preguntan?

–Ese no es asunto suyo. ¿Saben dónde se encuentra?

–Estuvo aquí ayer por la tarde. Me imagino que estará en su casa. – Sara se negó a explicarles que había hablado con ella por teléfono aquella misma tarde. Quería ganar tiempo.

Los policías se miraron antes de hablar. Sus miradas estaban llenas de preocupación.

–Si se pone en contacto con ustedes, les agradeceríamos que nos avisase.

–Y yo les agradecería que nos dejaran en paz. –La expresión con la que acompañó Yuri sus palabras les hizo comprender que sus preguntas habían acabado.

–No lo entienden... –Milo Bécquer trató de explicarse—. Esta vez es diferente...

–Creemos que puede ser el siguiente objetivo del asesino –terminó Serena Baroja.

Eso era lo que también temía ella. Tenía que localizar a Laura. Tenía que averiguar qué o quién había cometido los últimos asesinatos. ¿Sería su amiga la siguiente víctima?

Tras entrar en casa no perdió el tiempo; necesitaba saber dónde estaba. ¿El asesino la habría atacado? Prefirió no pensar demasiado en ello.

Cuando le respondió al teléfono, su voz sonaba extraña.

—Laura, ¿dónde estás?

—Estoy frente a la comisaría. He decidido entregarme a la policía. Tengo miedo de volver a casa... ¿Y si me está esperando el asesino?

A pesar de que era lo que le había recomendado cuando la había llamado esa misma tarde, ahora Sara no estaba segura de que esa fuera la mejor opción. Sobre todo teniendo en cuenta lo que había percibido en los domicilios de las últimas víctimas. No sabía con seguridad a qué o quién se enfrentaban, pero no creía que la policía pudiese protegerla de ello.

—Pero...

—Lo siento. Debo hacerlo.

No pudo decirle nada más, la llamada se cortó y Sara se quedó mirando el teléfono cuando unos golpes en la puerta llamaron su atención.

Un instante después, Yuri aparecía en el salón con alguien a quien hacía tiempo que no veía.

Sara supo en ese momento por qué estaba allí.

—¿Quién ha sido? ¿Qué criatura lo ha hecho?

—Una contra la que no podéis hacer nada.

Manuela estaba muy cambiada. La súcubo se había enamorado del director del colegio. Desgraciadamente, era demasiado peligrosa para él. Las súcubos se nutrían de la energía de sus víctimas que absorbían durante el sexo. Fernando todavía no se había recuperado de una separación que no comprendía y, a juzgar por la expresión de Manuela, ella tampoco lo había conseguido.

—¿Cómo?

—Él está aquí.

Sus peores temores se habían confirmado. Ya no necesitaba el Grimorio.

XXXI.

Durante años y siglos su furia fue en aumento. No había fuerza que lo contuviese, ni criatura que se pudiese oponer a él.

Hasta que un día, agotado, se dejó caer derrotado sobre la tumba de su mujer y volvió a llorar desconsolado. Estuvo allí durante no supo cuánto tiempo, hasta que se confundió con la hierba y los animales comenzaron a considerarlo como una roca más en su camino.

Solo cuando notó una mano en su hombro, se incorporó para descubrir junto a él a una anciana. Su aspecto no lo engañó.

—¿Vienes a burlarte de mi desgracia?

—No, Titán, no osaría hacer tal cosa.

—¿Qué quieres de mi entonces, diosa Madre?

—Hacerte una oferta...

—No hay nada que desee... No hay nada que me puedas ofrecer.

—Eso no es cierto. Sí hay algo que desees... Recuperar a tu mujer.

—¿Qué pasará ahora?

Sara miró a Yuri. En la casa redonda estaban todos; Manuela, la súcubo; Pedro con Anne y su bebé que dormía plácidamente en la habitación de al lado; Zipi y Zape junto a Cristina; y Alonso y Covadonga. Incluso Séfux estaba allí con Germán.

Tras la llamada que había hecho a Laura y la visita de Manuela, los había convocado a todos allí.

El Titán se había presentado esa misma noche en la guarida de Manuela preguntando por la hija de Hécate, el jefe de la familia de vampiros y el Alfa. La súcubo no lo había visto en más de dos mil años; pero, aun así, lo había reconocido.

—Estaba furioso... Hacía mucho tiempo que no lo veía así...

—¿Qué quería?

—Quería saber todo de vosotros, dónde encontraros y cómo erais... Además...—Se retorció las manos nerviosa.

—¿Qué no nos estás contando? —Ya era bastante malo que una criatura como el Titán quisiera localizarlos, pero tuvo la sensación de que lo que no le había contado la súcubo la iba a preocupar aún más.

—Me preguntó por una de tus amigas...

—¿Una de mis amigas?

—Quería saber de Laura... —Manuela la había conocido cuando había sustituido a Cristina como conserje de la escuela durante sus secuestro—. Yo... no sé si hice bien, pero se lo dije todo.

El rostro de Manuela se llenó de culpabilidad.

—No te preocupes... hiciste lo correcto —Yuri trató de animarla, parecía aterrorizada.

¿De dónde había salido el Titán? Su leyenda era un lejano eco que muy pocos conocían. Una criatura misteriosa cuyo rastro se perdía en el origen de los tiempos. Sara apenas había oído hablar de él y, cuando había percibido su rastro en las casas de los ex novios de Laura, había quedado conmovida.

¿Por qué estaba en Llantonos?

¿Iba a ir tras ellos?

¿Por qué había asesinado a cinco personas entre las que se incluía a los ex novios de Laura?

¿Por qué había disfrazado sus ataques haciéndolos pasar por los de un vampiro o un licántropo?

Y... sobre todo... ¿Qué quería de ellos?

No estaba segura de que pudieran hacerle frente. En realidad no creía que nadie que no fuese uno de los Elementales, los dioses, pudiese hacerlo.

Tras convocar a sus amigos a la casa redonda de tejado rojo, había buscado información sobre él en el Grimorio. Después de releer sus primeras páginas, aquellas que recogían las enseñanzas más antiguas, un escalofrío había recorrido su espalda.

El peligro que los acechaba era aterrador. Al menos, esperaba que Laura estuviese a salvo.

—¿Qué pasará ahora? —el Alfa repitió su pregunta.

—No lo sé... —Sara respondió a Pedro con la mayor sinceridad posible—. Lo que sé es que el Titán no está aquí por casualidad. Creo que nos quiere enviar un mensaje.

—¿Y Laura? ¿Estará a salvo? —Cristina y Ane solo podían pensar en su amiga.

—Espero que sí...

—La policía la ha trasladado a una casa franca —les explicó Séfux—. En cuanto se entregó, se hicieron cargo de su protección inmediatamente.

—¡Al menos no la acusaron de los asesinatos!

—Trabaja todo el día en un lugar público y vive en una casa rodeada de vecinos curiosos. Había muchos testigos que podían asegurar dónde estaba mientras se cometían.

—¡Cómo si eso les importase a ese par de detectives!

—Habrán aprendido algo después de sus anteriores detenciones.

Se hizo el silencio mientras nadie se atrevía a decir lo evidente. Finalmente, fue Ane que lo dijo en voz alta.

—Pero si el Titán va tras ella...

—Ningún humano podrá hacer nada para detenerlo.

—Y tampoco nosotros —añadió Alonso.

—Pobre muchacha... —Covadonga, habitualmente locuaz, parecía abatida.

—Yo siempre había pensado que el Titán era un mito... No algo real. —Pedro estaba tenso. Todos lo estaban en la habitación.

—¿Un mito? —Manuela negó con la cabeza—. Es mi padre... y te puedo asegurar que es muy real. Está exactamente igual que lo recordaba.

—Lo que no entiendo... Lo que no comprendo es qué quiere de nosotros.

—Nada parece tener sentido.

—¿Por qué cometió esos asesinatos? ¿Por qué hizo todo lo posible por implicarnos? —Se preguntó Sara.

—Quizás está furioso con nosotros por algo.

—Sí, pero... ¿Por qué?

Los golpes en la puerta los hizo enmudecer. Sara se dirigió hacia ella. Cuando la abrió todo cambió.

Era cierto lo que había leído en el Grimorio.

En la casa redonda de tejado rojo mandaba ella... salvo que apareciese el Titán.

XXXII.

–**Si** quieres recuperar a tu mujer debes retirarte a la caverna más profunda de la Tierra, bajo la montaña más alta... Si lo haces, cuando muera el último de tus hijos, ella volverá a la vida.

–¿Volverá a la vida? –Sus palabras calaron hasta su última célula. ¿Eso era posible?

–Tomará otro cuerpo y os volveréis a encontrar. Y entonces podrás recuperarla si la convences para que te acepte tal y como eres.

Por primera vez tuvo esperanza. Por primera vez el enorme peso que apenas le dejaba respirar o pensar con claridad pareció aligerarse.

–¿Cómo lo sabré? ¿Cómo sabré que ha llegado la hora?

–Confía en mí, lo sabrás... pero recuerda... ella tendrá que aceptarte.

El Titán se había presentado en la casa redonda de tejado rojo. Su enorme figura destacaba por encima de todos.

Inmediatamente, licántropos y vampiros se agruparon para tratar de formar un frente común. A ambos lados de Sara se situaron Pedro y Alonso y, tras ellos el resto. Zipi y Zape se colocaron protectoramente delante de Cristina, al igual que Pedro con Ane y Alonso con Covadonga. Su habitualmente parlanchina vecina debía percibir el peligro porque se mantenía en un silencio expectante.

Al igual que Manuela, Germán trataba de simular calma, sentado en el sofá con las piernas cruzadas con expresión aparentemente relajada mientras Séfux, a su lado, apretaba los puños a ambos costados.

Yuri se había situado junto a Sara que había tomado con una mano el medallón de su familia mientras que con la otra sujetaba el Grimorio. Esas eran sus armas más poderosas, pero de poco le servían ante el recién llegado. La casa redonda de tejado rojo ya no era su reino, no cuando estaba ante el Titán; ni siquiera allí tenía autoridad sobre él. No podía negarle la entrada ni echarlo con su solo deseo.

–Bien, bien, bien... –El recién llegado pasó revista a todos los presentes antes de tomar asiento en uno de los sillones. Parecía un rey observando a sus súbditos.

El Grimorio explicaba la historia de su vida. Era tan antiguo como el planeta y su ira y poder eran legendarios. Los Elementales habían permitido que siguiese hoyando la superficie de la Tierra después de su advenimiento y eso no le había restado ni un ápice de su poder.

Era cruel, sanguinario y temerario; pero sobre todo, era imparable.

No había nadie en la Tierra capaz de enfrentarse a él salvo los Elementales. Sara no se engañaba. Aunque fuese la casa redonda de tejado rojo, podía hacer con ellos lo que quisiera. Así que se preparó para lo peor.

–No sé a qué debemos su presencia aquí. –Aunque esperase lo peor, no por eso iba a dejar de ser quien era. Ella era la orgullosa hija de Hécate, la descendiente de una saga de mujeres fuertes que se habían enfrentado a todo tipo de situaciones apuradas-. Nadie lo ha invitado...

Cuando terminó de pronunciar las palabras, a su lado, percibió como los lobos de los

licántropos estaban a punto de asomarse mientras los vampiros dejaban ver sus colmillos. Escuchó unos aullidos procedentes del jardín que rodeaba la casa. El Alfa había convocado a toda su manada mentalmente y con rapidez había acudido a defender a su líder. Los rasguños en su puerta la alertaron de que Alonso, de alguna forma, había hecho lo mismo con los miembros de su familia.

Minucias para el poderoso Titán, podía matarlos a todos en un parpadeo; pero, aun así, Sara quería que lo supiese, no era bienvenido. Lucharían si era necesario. Morirían si era imprescindible.

—He venido en son de paz.

—¿En son de paz? —La voz de Pedro retumbó en la habitación. El Titán no había ido nunca a ningún sitio en son de paz. ¿A quién quería engañar?

—Comprendo que mi fama me precede... pero no tengo intención de causaros ningún mal. —Miró en dirección a Manuela—. Hija mía, veo que estás aquí.

La súcubo dio un respingo aterrada.

—¡No es bienvenido! —Sara pronunció las palabras con convicción. El aire se llenó de malos presagios. Estaba retando al Titán y eso no podía acabar bien.

El Titán entrecerró los ojos en su dirección y a Sara se le hizo un nudo en la garganta. Esa mirada era tan extraña como aterradora. Quizás no había sido muy inteligente mostrar su desacuerdo con su visita, pero había cosas que no se podían esconder aunque la vida corriese peligro.

—¿Alguna vez lo soy en algún sitio?

Su pregunta los dejó desconcertados.

—¿Le extraña? —Alonso lo miró fijamente con una expresión desafiante en su rostro.

—Para ser sincero... —Pareció limpiar una pelusilla invisible en sus pantalones antes de responder—. Estoy acostumbrado a que todos me rehúyan.

—Pues entonces, no entiendo por qué sigue aquí. —Sara era la hija de Hécate y se comportaría como tal aunque le costase la vida.

El Titán la estudió con atención justo antes de que una extraña sonrisa se dibujase en su rostro.

—No sois los primeros ni, estoy seguro, seréis los últimos que reniegan de mi compañía. Si creéis que me impresionáis... ¡Estáis muy equivocados!

Sara entrecerró los ojos... Si había venido a matarlos, ¿a qué estaba esperando?

—¿Qué es lo que viene a buscar? ¿Una nueva víctima?

—¿Víctima?

—Es un asesino, ¿qué otra cosa puede venir a buscar aquí? —Yuri dijo en voz alta lo que todos pensaban.

La sonrisa en el rostro del Titán se transformó en una mueca, una aterradora.

—A pesar de vuestra insolencia, no tengo ningún motivo para mataros... —Se miró las uñas de los dedos—. No lo podría hacer aunque quisiera.

—¿No lo podría hacer? ¿A quién quiere engañar después de haber asesinado a cinco personas en el último mes?

—¿Cinco? ¿A qué te refieres?

—A los cinco humanos que mató simulando el ataque de vampiros o licántropos. ¿A qué si no? —Sara apretó los dientes recordando todo lo que había ocurrido. El miedo que había pasado mientras Yuri había estado detenido volvió a su memoria.

—Estás muy equivocada... Yo solo me deshice de tres malnacidos.

–No entiendo... –¿Tres?

–Supongo que tuve éxito.

–¿Qué quiere decir? –Sara estaba desconcertada. En el Grimorio se le describía como un asesino rápido y despiadado. ¿Qué estaba pasando allí? Si él no era el responsable de los dos primeros asesinatos... ¿Quién lo era? Y... sobre todo... ¿Por qué había matado a los ex novios de Laura?

–Traté de que mis... llamemos intervenciones... –Sara negó con la cabeza. Había utilizado el eufemismo del sigo-. Que mis ejecuciones se ajustasen a los dos primeros asesinatos.

–¿Ajustasen?

–Sabía que habían detenido a tu compañero y con la absurda costumbre de tu familia de esconder la existencia del mundo paranormal, suponía que eso iba a ser un problema. –Sara abrió desorbitadamente los ojos-. Así que ajustar mis ejecuciones al *modus operandi* de los anteriores asesinatos me pareció una forma inteligente de librarlo de toda sospecha.

Sara y Yuri se miraron mientras, a su lado, Pedro y Alonso trataban de averiguar de qué iba todo aquello.

–¿De qué está hablando? ¿Cómo sabía...?

–Yo lo sé todo, hija de Hécate...

–Pero...

–Alguien me lo contó... alguien que no puedo volver a perder... El motivo por el que he venido aquí a pedir vuestra ayuda y no a asesinaros... aunque vuestra insolencia me moleste –los señaló con el dedo antes de dirigirles una sonrisa aterradora.

–¿De qué está hablando? –Yuri susurró la pregunta al oído de Sara. Ella tampoco tenía ni idea de qué estaba ocurriendo en aquel salón. Solo sabía que el Titán estaba siendo sincero. Lo sabía... todos los que estaban en el salón podían percibirlo con claridad.

–A alguien necesito encontrar... Necesito vuestra ayuda... Necesito encontrar a mi Agapimeni. Presiento que está en peligro y no puedo perderla otra vez. –Su rostro se llenó repentinamente de dolor. Un dolor profundo que cualquiera podía ver. Uno tan antiguo como el mundo.

–¿Agapimeni?

–Querida... –la voz de Covadonga los sorprendió a todos-. ¿No ves que el joven está enamorado?

XXXIII.

Y así, ese día, el Titán depositó una rosa blanca sobre la tumba de su mujer y se despidió por última vez de ella antes de retirarse a la caverna más profunda de la Tierra, bajo la montaña más alta.

Pero antes de hacerlo marcó su sepultura en medio del bosque de laureles.

Dejó una piedra.

En la piedra grabó una frase.

«Aquí yace mi Agapimeni... Aquí yace el corazón de Cronos».

Porque Agapimeni y Cronos eran los nombres secretos que se habían dado. Los nombres que se habían susurrado cuando se habían amado.

Los nombres que habían elegido para amarse y que él atesoraría cuando la reencontrara.

Porque lo haría... y la convencería para que lo aceptase o perecería en el intento.

Todo había ocurrido muy deprisa, tanto que ni siquiera todavía podía entenderlo por completo.

Unas horas antes estaba en la cama con Cron, entre sus brazos, piel contra piel, con sus cuerpos fundidos en uno, sin que nada ni nadie importase. Solo ellos dos y el resto del mundo había desaparecido.

Recordarlo provocó que su vello se erizara. Nadie la había llevado al cielo como él. La había tomado una y otra vez hasta convertirla en un amasijo palpitante de placer.

Cuando, a media noche, la había despertado con una rosa blanca, había comenzado a llorar. ¿Se había levantado solo para traerle una flor?

—¿Rosas blancas? Mis favoritas... —¿Sabría lo que le gustaban? Seguro, ella se lo habría contado... como había hecho con casi todos sus secretos...

—Ya lo sé, Agapimeni, también lo son las mías... ¿Sabes por qué?

—Yo... —¿Por qué había temido que Cron le hiciese daño? No era ni sería jamás como sus antiguos novios. Cron era todo lo que ellos no eran, por eso se aferraría a él con todas sus fuerzas, por eso estaba en aquella cama, por eso lo amaba por encima de todo.

—Porque representan un amor puro y eterno... —Sus ojos centellearon—. Lo que a pesar de quién soy, de mi presente y de mi pasado, es lo que quiero contigo.

En ese momento algo sucedió. Algo que no supo comprender. Un recuerdo en su memoria. Un destello escondido en su cerebro. Esa sensación que nos asalta cuando recordamos algo que nos habíamos prometido no olvidar...

Un recuerdo del que no era consciente.

Una vida que no había vivido.

Un pasado demasiado lejano.

Fue solo un parpadeo que Cronos silenció con un beso profundo, intenso y lujurioso que la arrastró de nuevo hacia el fuego abrasador que era su cuerpo.

Cuando, tras casi un día en la cama con Cronos, había revisado su teléfono y había descubierto que sus otros dos ex novios habían sido asesinados, había sentido como su mundo se

ponía del revés.

Las últimas semanas había experimentado todo tipo de emociones. Cuando ya creía que su vida no iba a ser más que una sucesión interminable de días grises seguidos de noches aún más grises; su mundo había cambiado por completo.

Cronos había llegado para devolverle la esperanza... Para hacerle recuperar la ilusión, para tener fe en que podía tener otra vida. Desgraciadamente, cuando le había confesado quién era, se había sentido desconcertada. No había sabido qué hacer ni qué responderles. Se había sentido incapaz de afrontarlo.

Después había venido el asesinato de Raúl, su primer novio... aquel que se había llevado una parte de su alma que nunca había vuelto a recuperar. Cuando leyó la noticia, todo lo que había vivido, el dolor que le había provocado, había vuelto de golpe a su mente. Durante años, se había dedicado a enterrar sus recuerdos en el lugar más profundo de su memoria de donde habían regresado con su asesinato dejándola exhausta.

Tras ese asesinato, se había entregado a Cron. Se había reconciliado con la idea de estar con un hombre que no era perfecto, pero que sí lo era para ella. El tiempo que habían compartido en su casa había sido... Se le erizaba la piel al recordarlo... Lo amaba y él le había confesado que también la amaba ella. Después de tantos fracasos, tantos errores y tantos llantos... ¿Cómo era posible?

Desgraciadamente, todo había vuelto a cambiar cuando había descubierto los dos últimos asesinatos. La policía vendría a por ella y no podía ni quería arrastrarlo en su destino... No cuando había sido sincero y le había explicado quién era.

La solución, la única posible, había venido sola. Abandonó a escondidas su casa, el enorme palacete que tantas veces había visto desde la carretera, y dejó atrás una esperanza que, comprendió, de nuevo le era esquivia.

Él había sido muy claro, si lo aceptaba, sería con todas las consecuencias y el primer día se iba de su lado. ¿Pensaría que iba a traicionarlo? Esperaba que, cuando todo se aclarase, él la aceptase de nuevo.

Cuando descubrió el hermoso rosal de rosas blancas que adornaba los jardines traseros de la Quinta le dieron ganas de llorar. No porque fuese evidente que hacía muy poco tiempo que los habían trasplantado, la tierra todavía estaba revuelta, sino porque una extraña sensación de nuevo la dominó. La de un pasado que no había vivido, la de una pérdida que había olvidado.

¿Qué le ocurría a su cabeza? Sus nervios debían estar a flor de piel y le hacían recordar cosas que no había vivido. Era la única explicación... Desgraciadamente, no tuvo tiempo de analizarlo, debía irse lo más deprisa posible.

No supo muy bien cómo pudo escabullirse sin ser vista; pero, para cuando logró llegar a la carretera, ya era de noche.

El taxi no tardó en llegar, pero eso no le facilitó las cosas.

—¿A dónde vamos?

¿A dónde podía ir?

En su casa... quizás le estaba esperando el asesino. Quienquiera que fuese tenía que estar relacionado con ella de alguna manera.

¿A casa de alguna de sus amigas? A Sara y a Yuri ya los habían detenido una vez y lo habían pasado muy mal. Si iba a su casa, a lo mejor los podía implicar con los asesinatos de alguna forma y se verían expuestos a una nueva detención. En cuanto a Cristina y Ane... tampoco quería meterlas en problemas.

Sin saber muy bien qué hacer, finalmente tomó una decisión.

—A la piscina municipal, por favor.

En la piscina, siempre llevaba las llaves encima, había revisado las noticias y había tomado una decisión, entregarse a la policía.

Cuando, delante de la comisaría, la había llamado Sara, al reconocer quién la llamaba, había respondido. Su teléfono no había dejado de sonar desde que había abandonado el palacete de Cron, pero había evitado responder a los números que no conocía.

Al escuchar la voz de Sara se alegró. Al menos sus amigos sabrían lo que iba a hacer. Sara no pareció muy contenta cuando le explicó que se iba a entregar a la policía, pero ya había tomado una decisión y nada ni nadie podría convencerla de lo contrario. Quería que toda aquella pesadilla pasase, quería volver con Cron, quería empezar una nueva vida con él y lo quería hacer lo más pronto posible.

XXXIV.

En la caverna más profunda de la tierra, bajo la montaña más alta... una figura yacía sobre la fría piedra. Con los ojos cerrados, su rostro imperturbable, su cuerpo en absoluto reposo... nadie podría afirmar si dormía o estaba muerta...

Pero... repentinamente... un extraño torbellino invadió su retiro... Se coló por las rendijas... atravesó los estrechos pasadizos... descendió, giró y avanzó dejando atrás los recodos... hasta alcanzar su cuerpo... azotándolo en la penumbra.

Fue entonces... y solo entonces... cuando, de repente, abrió los ojos...

—¿Qué te ha pasado, hijo mío...?

El Titán lo supo, su último hijo había muerto y ella, la hermosa criatura cuyo cuerpo descansaba en un bosque de laureles respiraba otra vez...

¿Laureles?

Escuchó una lejana carcajada. La diosa Madre tenía un extraño sentido del humor... Un nombre resonó en su cabeza; Laura.

Estaba en una casona en medio de la nada y, aunque solo llevaba allí veinticuatro horas, se sentía agobiada. Seguramente era lo más seguro, así se lo había asegurado la policía, pero no podía dejar de darle vueltas a cómo se habría tomado Cron su desaparición.

¿Qué pensaría de ella?

Había desaparecido de su casa sin ni siquiera una nota y ahora, sin teléfono, que era lo primero que le habían quitado en cuanto la policía le había explicado que estaba en peligro y era necesario que se escondiese, no podía ni siquiera llamarlo o mandarle un mensaje para explicárselo.

Negó con la cabeza. ¿Mandarle un mensaje y que la policía lo descubriese y lo investigase?

Lo relacionarían con los asesinatos, descubrirían sus negocios o aquello a lo que se dedicase, lo detendrían y, seguramente, acabaría en la cárcel.

No podía hacerle eso, aunque se arriesgase a que él pensase que lo había abandonado o traicionado.

Al menos, Sara sabía lo que iba a hacer. Suspiró preocupada. ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil? Cuando, al fin, había encontrado a alguien a quien amar... un hombre que la quería...

—¿Todo bien?

No la dejaban sola ni un minuto. Siempre tenía a algún policía cerca.

—Ya sé que es un fastidio, pero tienes que estar aquí.

—Lo comprendo, pero...

—Se trata de un psicópata, un asesino cruel que ha matado a cinco personas en menos de dos meses. Hasta que no lo detengamos, lo mejor para ti es que permanezcas escondida y bajo vigilancia.

—¿Cuánto tiempo?

—El que sea necesario... —La detective, se llamaba Serena, le sonrió—. Esto es lo mejor, créeme. Dentro de unos días lo recordarás como un mal sueño. Será una anécdota que contarás a

tus amigos.

–Si pudiese usar el teléfono...

–No podemos correr ningún riesgo. No sabemos quién es y si alguien descubre dónde estás escondida; el asesino puede averiguarlo y localizarte.

–Mis amigas... Mi gente...

–¡Créeme! Estamos trabajando para que esto se solucione lo más pronto posible y puedas seguir con tu vida.

Todos los policías eran muy amables, especialmente la mujer, Serena; parecía estar siempre pendiente de que estuviera a gusto. Pero, sin nada que hacer, las horas pasaban muy lentamente y la cabeza tenía demasiado tiempo para pensar en todo lo que había ocurrido. En todo lo que había arriesgado alejándose de Cron como lo había hecho.

Cuando llegó la noche, la primera que pasaba allí, tuvo la sensación de que llevaba meses recluida dentro de aquellas cuatro paredes. Aquello se le iba a hacer eterno.

–¿Estaréis bien? –A su espalda, escuchó como el otro detective, Milo, le preguntaba algo a su compañera.

–No te preocupes. –La voz de Serena sonaba confiada–. Necesitas descansar y aquí estamos seguras.

–Volveré a media noche para relevarte.

–Nosotras estaremos bien... –La detective se acercó a ella con una pizza familiar y unos refrescos–. ¿Verdad, Laura?

–Sí... –Agradeció que fuera Serena quien se quedase con ella. Era con quien había hablado más, con quien tenía más confianza–. Pizza y refrescos... ¡Qué más se puede desear!

A Laura se le ocurría alguna otra cosa... con forma de hombre... con el que desearía estar en ese momento, pero se tendría que conformar. ¡No le quedaba otro remedio!

–Ya lo has oído... –La policía le guiñó un ojo a su compañero–. Aquí te estaremos esperando.

«Como si tuviera otro lugar a donde ir», pensó Laura para sí.

Cuando escucharon como se cerraba la puerta, la detective se acomodó junto a Laura en el sofá.

–Tienes que comer... –le sugirió Serena al ver su gesto desganado–. Apenas has probado un bocado desde esta madrugada.

Cuando se había presentado en la comisaría estaba tan nerviosa y... después de que la interrogaran y le explicaran que corría peligro se había asustado tanto que no había sido capaz de tragar ni un solo bocado. Era extraño... Llevaba un par de días sin comer nada... La última vez había sido cuando había tomado un café en la casa de Sara y no se sentía decaída ni cansada. Junto a Cronos solo había comido helado. Al recordarlo enrojeció, lo había compartido con Cron. Ella lo había comido de la tarrina, pero él lo había devorado sobre su piel recalentada.

Se pasó la mano por la frente. Sí, debería estar hambrienta e, incluso, sentirse debilitada. Negó con la cabeza. Quizás todo se debía a la adrenalina, era la única explicación.

–Lo intentaré...

No tendría hambre, pero en cuanto comió el primer trozo, notó como parte de su apetito reaparecía. La pizza de cuatro quesos estaba muy buena y rápidamente entre ambas acabaron con más de la mitad.

–Debe ser emocionante ser policía. –El silencio se le hacía pesado, así que decidió romperlo. Serena le sonrió.

–No te creas... Tenemos que hacer un montón de papeleo.

–Pero la emoción de investigar y pillar al malo... –¿Y si el malo era Cron? No iba a volver a eso, ya había tomado una decisión y no la cambiaría.

–El problema es que a veces no lo pillamos... –En el rostro de Laura debió aparecer una expresión abatida-. Pero no te preocupes, esta vez estoy segura de que encontraremos al culpable.

Laura no dijo nada, pero no era una niña y comprendía que solo estaba intentando animarla. La posibilidad de que no detuviesen al asesino era demasiado real como para ignorarla.

–¿Siempre quisiste ser policía?

–Sí... y no fue fácil.

–Ya me imagino...

–Si no llega a ser por la ayuda de mi tío, no lo habría conseguido... –Le acercó un vaso donde había vaciado una de las latas de refresco-. ¿No tienes sed?

–Sí, gracias... –Se llevó el vaso a la boca y bebió un largo trago ante la atenta mirada de la policía-. ¿Tú tío?

–Él fue quien me ayudó a ingresar en la policía. –Su rostro pareció endurecerse– Sin él no lo hubiese logrado...

–Eres muy modesta. Seguro que lo hubieras conseguido por ti misma.

–No... No lo creas. –La miró fijamente, como si la estuviera estudiando-. Como te imaginarás, con mi altura...

Laura se sintió repentinamente extraña... La falta de comida empezaba a pasarle factura.

–¿Y...? –Se pasó de nuevo la mano por la frente. ¿Estaba sudando? –. ¿Cómo te ayudó?

–Él consiguió que en las oposiciones para acceder a la policía ignorasen mi altura... Tenía muchos contactos porque trabajaba para una importante familia de vampiros. –Laura dejó de comer ¿Había dicho vampiros?

–¿Cómo? –No debía haber oído bien. Su cuerpo estaba demasiado agotado. Lo que había vivido le estaba comenzando a afectar hasta el punto de imaginarse cosas.

–Creo que conoces a alguno de sus miembros. –Una extraña sonrisa apareció en el rostro de Serena-. Yuri y Alonso Alcalá son amigos tuyos... ¿Verdad?

Laura comenzó a parpadear mientras todo a su alrededor se volvía borroso.

–¿De qué...? –Sara le había explicado que era un secreto... ¿Cómo Serena podía saberlo? ¿Y por qué su corazón había comenzado a latir de forma acelerada? Se llevó la mano al pecho tratando de controlar su agitación-. ¿De qué estás hablando?

Serena se levantó y le quitó el vaso de las manos. Laura parpadeó varias veces tratando de comprender qué estaba ocurriendo. Era como si su mente estuviera perdiendo el control de su cuerpo. ¿Qué le pasaba?

–Mereces saberlo... Mereces saber por qué vas a morir.

–¿Morir? –Las palabras de Serena resonaron en sus oídos como si se tratase de algo lejano e irreal.

–En la bebida te he puesto una droga. Se llama burundanga, habrás oído hablar de ella.

–¿Burun...? –Le costaba hablar... Le costaba comprender lo que le estaba contando. ¿La había drogado? ¿Por qué?

–Veo que ya te está haciendo efecto... –Laura volvió a parpadear varias veces tratando de mantener la atención. El rostro de la policía mostraba una enorme sonrisa; parecía contenta, casi feliz.

–¿Por qué...? ¿Por qué... haces... esto?

–Porque ellos mataron a mi tío. La única persona que me cuidó, que creyó en mí, que me

ayudó a alcanzar mis sueños.

–¿Tu tío?

–Durante generaciones, los Urrutias fueron los sirvientes de la todopoderosa familia de los vampiros que dirige Alonso, hasta que mi tío se hartó y pidió su parte.

–No... No entiendo...

–Ellos lo asesinaron... me arrebataron a la única persona que me quería y ahora yo les arrebataré todo.

–Yo...

–Tras mis dos primeras intervenciones, logré que el mundo comenzase a sospechar que los vampiros, los licántropos y las brujas... Que todas esas aberraciones existen... Y con la inestimable ayuda de alguno de esos engendros que asesinó a los tres siguientes... La humanidad solo necesita un empujoncito más...

–¿Empujonci...? ¿Empujoncito? –Le costaba hablar.

–Ya me estoy imaginando los titulares... Aparece una joven asesinada con evidentes signos de haber sido atacada por un vampiro.

Laura vio como se alejaba de ella para volver con la bolsa donde había traído la pizza y las bebidas. De su interior extrajo unas jeringuillas, tubos, tarros y lo que parecía un artilugio médico.

–Te preguntarás qué es esto... –No esperó a escuchar su respuesta. Aunque lo hubiese hecho no habría podido... le costaba hablar-. Cuando planeé mi venganza, el principal problema que encontré fue cómo simular el ataque de un vampiro. Los hombres lobo se limitan a destrozarse el cuerpo de sus víctimas así que fue fácil, pero los vampiros... Eso es muy diferente. Afortunadamente, uno de mis ex novios, un médico, me proporcionó la solución.

Señaló el extraño artilugio. Laura tuvo que poner toda su atención en sus movimientos. ¿Iba a matarla? ¿Había dicho que iba a hacerlo? Tenía que escapar... Tenía que huir, pero no sabía qué hacer. No era consciente de sus brazos ni de sus piernas ni de dónde estaba ni de a dónde podía ir.

–Se trata de una bomba. Va a ser muy sencillo, créeme. Cuando asesiné al camello me costó bastante trabajo, pero ahora ya tengo experiencia y no me llevará mucho tiempo.

–Por... fa... vor... –A duras penas pronunció las sílabas... No sirvió de nada, la policía las ignoró.

–Te insertaré una jeringuilla en la femoral y, con su ayuda, extraeré toda tu sangre y la almacenaré en estos tarros –los señaló-. Lo único que necesito es que tu corazón siga bombeando durante todo el proceso. No te preocupes, no durará mucho. En menos de una hora, estarás muerta.

–No... –Su voz sonó como el gemido de un animal herido.

–Después te haré un par de punciones en el cuello... –Rebuscó en la bolsa y aparecieron unos bastoncillos dentro de unas pequeñas bolsitas-. Depositaré la saliva que recogimos de Yuri Alcalá cuando lo detuvimos y... ¡esas aberraciones no podrán seguir campando a sus anchas!

–No... –Esta vez su voz fue inaudible.

Trató de incorporarse, pero su cuerpo no respondía. El sudor cubrió su frente y solo tuvo un pensamiento... Iba a matarla y después iría a por Yuri... Sara no lo soportaría.

–Es una lástima porque me caes bien... ¡Realmente bien! Pareces una buena persona, pero elegiste mal a tus amigos.

No podía morir, no cuando por fin había encontrado a Cron. ¿Por qué la vida le gastaba una broma tan cruel?

Cerró un instante sus ojos y, en su mente, vio sus labios, sintió su calor, el peso de su cuerpo...

Pensó tanto en él que, cuando los abrió, su mente drogada le hizo creer que estaba allí.

XXXV.

Cronos miró a su alrededor y lo supo.

Solo fue un instante, pero no necesitó más. Sus temores se confirmaron. Su Agapimeni estaba en peligro. Comprendió que aquella humana quería matarla.

Recordó lo que había sentido cuando sus hermanas la habían asesinado hacía tantos años, siglos y milenios, pero tan poco tiempo para su corazón destrozado.

Recordó el dolor, la desesperación y la rabia... y actuó...

—¡Aléjate de ella! —La ira brotó de su cuerpo como la lava de un volcán. No lo permitiría, nadie se la arrebataría por segunda vez. De un manotazo, lanzó a la humana lejos de su Agapimeni antes de tomarla entre sus brazos.

—Cron...

Su voz apenas era un susurro. Su atención se dirigió a ella... y, por un instante, se olvidó de la bastarda que había planeado arrebatarle lo que más quería en el mundo.

Observó a Laura con atención.

¿Qué le ocurría? ¿Por qué parecía ida? ¿La había envenado? ¿Había vuelto a llegar tarde? ¿Le había fallado de nuevo?

La humana se levantó del suelo a duras penas mientras lo miraba sin comprender. Cuando Cron vio una aguja en sus manos, apretó los puños furioso.

La hija de Hécate y sus amigos lo había ayudado a localizar a su compañera.

¿Cómo no lo iban a hacer? Había sido muy claro.

—Laura es mi Agapimeni... mi obsesión... mi todo y sé, estoy seguro, que está en peligro.

No se fiaban de él... y hacían bien... pero lo habían creído... No sabía si había sido por el terror que infundía o por temor a que su amiga estuviese en peligro. En cualquiera de los dos casos, lo habían ayudado.

Con unos días, la habría localizado por sí mismo rastreando su energía; pero de alguna forma sabía que no podía esperar. No se arriesgaría a perderla de nuevo.

Durante las horas que habían tardado en averiguar donde se encontraba su Agapimeni, había permanecido en la casa de la hija de Hécate, no quería correr el riesgo de que se escapasen; pero, muy pronto, había comprendido que no era necesario. Ellos también estaban preocupados por ella. Solo había permitido que uno de los licántropos, lo llamaban Séfux, volviese a su casa para poder utilizar sus ordenadores para localizarla.

Las horas se habían sucedido lentas y pesadas. Los vampiros se habían retirado durante el día y los licántropos, la hija de Hécate y las humanas lo habían observado con aspecto ceñudo, pero todos se habían afanado en localizar a su mujer. Incluso su hija, Manuela, se había mostrado preocupada por su destino.

Por fortuna, al anochecer, Séfux llamó por teléfono a la hija de Hécate; había descubierto dónde estaba su Agapimeni. Desgraciadamente, también había averiguado algo más. Algo que confirmaba sus sospechas.

La policía, la humana que estaba con su compañera, había sido quien había conspirado para que el mundo supiera quién era Sara y lo que escondía de los ojos de los humanos.

—Séfux ha descubierto que Serena fue quién informó a Roger Misterio sobre mi identidad — les había explicado a todos la hija de Hécate—. Le envió un correo anónimo. Pero eso no es lo

peor...

Sara señaló a Alonso, el jefe de la familia de vampiros, antes de continuar.

–Serena es sobrina de tu último Urrutia...

El Titán nunca había conocido a la familia de los humanos que había servido a Alonso, pero sabía de su existencia porque él lo sabía todo al igual que sabía que había traicionado al vampiro y, por eso, había sido eliminado. Por eso era Cronos, el todo poderoso Titán.

Si era la sobrina del último Urrutia, sus acciones solo podían significar que estaba buscando venganza y podía utilizar a Laura para ello. Al comprender el peligro que corría su Agapimeni, habían acudido a la casa perdida en las afueras de la ciudad donde la policía la había escondido para descubrir a su mujer a punto de ser atacada por aquella humana. No tuvo falta de mirar tras de sí para saber que todos los que se había encontrado en la casa redonda de tejado rojo lo habían acompañado. Estaban allí solo por su mujer. Sus energías eran algo presente en su conciencia... Algo que él percibía como había percibido que Laura volvía a hollar la Tierra después de tanto tiempo; tal y como le había prometido la Diosa.

Ninguno de ellos le gustaba, en realidad no había una sola criatura en la Tierra que le gustase salvo su mujer... Pero le complacía la lealtad que todos ellos mostraban hacia su Agapimeni. Solo por eso los dejaría vivir... aunque su energía le resultase tentadora.

Percibió la energía de su mujer. No estaba bien. Algo le había hecho aquella policía. Algo imperdonable. Algo que le haría pagar. La ira que lo había dominado al descubrirla en aquella habitación se multiplicó, pero antes tenía que salvarla.

–Agapimeni... –Cronos acunó entre sus brazos el cuerpo de su mujer. Acarició su piel y rozó su frente con sus labios mientras notaba como las lágrimas brotaban de sus hermosos ojos marrones. Estaba débil, así que, como había hecho mientras la tenía en su cama, cerró los ojos y dejó que su energía fluyera hacia su cuerpo contaminado hasta que lentamente logró recuperarla. El cuerpo de su Agapimeni era frágil y él lo cuidaría hasta la eternidad proporcionándole la energía que precisaba para mantenerse joven y sano. Con el tiempo comprendería que ya no necesitaba comida; pero él estaría complacido de alimentarla siempre que, aun así, lo deseara. Notó como su polla se endurecía al recordar las sensaciones que le provocaba ver su boquita abriéndose para recibir la comida que él le proporcionaba. Se sintió como el bastardo que era. Ya tendría tiempo de pensar en alimentarla.

–¡Imbéciles! –La detective los miró con desdén–. Ya he conseguido mi objetivo. El mundo sabe que existís... gracias a mi plan y a aquel de vosotros que cometió tres asesinatos más en el mejor momento posible...

–Tú... Tu tío fue un traidor y tú también lo eres... –Alonso estaba furioso. Sus colmillos desplegados.

–¡No me dais ningún miedo! –Sacó la pistola.

–Si crees que esa pistola te va a servir de algo... –Alonso le enseñó los colmillos.

–Sus balas son de plata, como los barrotes que mi empresa instaló en los calabozos. ¡Es una lástima que tu hijo no hubiese muerto en aquel calabozo! –Miró a Yuri–. Seguro que los recuerdas... No os atreveréis a atacarme.

–¡Pusiste en peligro a mi compañero! –La voz de la hija de Hécate hizo que el Titán desviase su atención hacia ella.

Los lobos se miraron... un instante antes de que Cronos depositase a su mujer en el sofá y, protegiéndola con su cuerpo, avanzase hacia la policía. Ya había escuchado suficientes tonterías. No iba a permitir que aquella humana hiciese daño a su Agapimeni y tampoco a sus amigos. Conocía lo suficiente a su mujer para saber que si alguien los dañaba, ella sufriría y se había

prometido que nadie la dañaría jamás.

–¡Detente o disparo! –Amenazó Serena al Titán mientras este avanzaba hacia ella.

–Hazlo...

Fue lo último que dijo antes de que Serena vaciase todo el cargador sobre él. A su espalda, Laura ahogó un grito, pero Cronos no se detuvo. Continuó avanzado hacia ella con una terrible sonrisa en su rostro.

–¿Qué o quién eres tú? –Serena lo miró congelada mientras el terror la dominaba.

–Soy tu destino.

XXXVI.

Laura intentó comprender qué estaba ocurriendo. Un instante estaba cenando y al siguiente Serena la había drogado y estaba a punto de asesinarla. Aterrada, había intentado resistirse sin éxito; pero, por fortuna, Cron había aparecido para salvarla.

Cuando la había tomado entre sus brazos, su mundo había vuelto a cobrar sentido. Su cuerpo era su hogar y nada cambiaría eso. No le había dicho nada, solo había pronunciado su nombre, ese que había elegido para ella, mientras acariciaba su rostro con una ternura que la había emocionado hasta las lágrimas.

Al escuchar unas voces conocidas a su espalda no había prestado atención hasta que Cron la había dejado sobre el sofá y había avanzado hacia la policía que le apuntaba con una pistola. Nunca había tenido más miedo en su vida.

—¡Cron!

Ante sus ojos, la policía había vaciado la pistola sobre el cuerpo de Cronos... Y a él no le había pasado nada. Como un resorte se había levantado tras secarse las lágrimas. Tenía que comprobar que él estaba bien... ¿Por qué de repente se sentía mejor? Incluso su voz había vuelto.

No tuvo tiempo de preguntarse qué había ocurrido. Cron se había acercado a la policía y... ¿la había abrazado?

—Cronos...

Se quedó congelada. Serena se retorció entre sus brazos entre gritos ahogados mientras su piel parecía comenzar a cambiar...

—Laura, ¿estás bien? No tienes por qué ver eso... —Sara se acercó a ella e intentó abrazarla, pero ella la apartó. Quería ver lo que estaba ocurriendo.

La piel del rostro de Serena se llenó de arrugas, su piel amarilleó y perdió su cabello como si los años se sucediesen para ella en un segundo. Un minuto después estaba muerta, sus ojos desorbitados, su cuerpo reducido a piel y huesos... bajo el abrazo de Cron.

—¿Cronos? —Incapaz de comprender lo que acababa de ver, avanzó hacia él a trompicones.

—Laura... Tu novio... Debemos irnos... —susurró Ane a su lado.

—Él es peligroso... —añadió Cristina

—No... yo... —¿De qué hablaban? Era Cron, el hombre más amable y cariñoso... el hombre al que amaba... Tenía que haber una explicación para lo que acababa de ver.

No pudo decir nada más. Un instante después, el cuerpo de Serena estaba en el suelo sin vida y Cronos se había girado hacia ella. Sus amigas se pusieron rígidas a su lado y ella comenzó a llorar de nuevo.

¿Qué estaba ocurriendo?

¿Qué había ocurrido?

¿Qué acababa de ver?

—Agapimeni, eres lo más importante de mi vida, nunca dejaré que nadie te haga daño.

—Cronos... ¿Qué...?

—Te he amado desde el inicio de los tiempos... Y ahora que al fin te he recuperado no dejaré que nada ni nadie te toque... Que nada ni nadie te dañe...

En un par de zancadas se acercó a ella dispuesto a abrazarla... pero Laura extendió el brazo

y le impidió acercarse.

–Cron... ¿Has asesinado a...? –Fue incapaz de terminar la pregunta. ¿Eso era? ¿A eso se refería con que era un asesino?

–Sí, lo he hecho... y lo volvería a hacer una y mil veces. –Miró en dirección a sus amigos–. Lo volveré a hacer si alguien te daña.

–¿Tú?

–Laura... –Sara, a su lado, llamó su atención–. Cronos es un Titán; un terrible asesino. Es mucho más poderoso que todos nosotros, solo los dioses pueden detenerlo. Es cruel y despiadado... Nadie está seguro en su presencia.

¿De qué estaba hablando Sara?

–Todo lo que te ha dicho es cierto... –Cronos tomó su mano con infinita delicadeza y la apoyó sobre su pecho.

Su tacto provocó que su piel hormigueara, que su cuerpo lo reconociese, que todo lo que sentía por él la arrasase de nuevo. A pesar de todo... seguía siendo él.

–Te conocí hace milenios y te amé desde el mismo día en que te vi cuando ni siquiera sabía lo que era amar. –Sus extraños ojos la miraban con devoción.

–Cron, yo... –Un inesperado movimiento en su memoria llamó su atención. Una luz iluminó un recuerdo... una sensación...

–Quiero que lo sepas todo. Mis hermanas te mataron y, por eso, las asesiné a ellas y a todos aquellos de mis hijos que las ayudaron, pero eso no calmó mi dolor. Así que recorrí el mundo llevando el dolor que me devoraba a cada rincón. Cuando ya había perdido toda esperanza, la diosa Madre me prometió que volverías y esperé por ti... hasta que lo hiciste.

–Pero... –Entre las brumas de unos recuerdos que ni siquiera era consciente de tener, se filtró una tenue luz. Como ya le había ocurrido la noche que habían compartido, los ecos de una vida que no había vivido volvieron a su memoria... ¿O era una vida que había olvidado?

–Como acabas de ver, me alimento absorbiendo la energía de los demás y no me arrepiento de ello. Soy egoísta, caprichoso y cruel... Soy todo eso y más... pero, desde que te conocí hace milenios, he sido tuyo...

–No tienes por qué estar con él –susurró Cristina a su lado.

–No debes estar con él –Ane la miró preocupada.

–Si quieres... Nosotros te protegeremos... –sentenció Sara.

Laura ignoró a sus amigas y lentamente avanzó hacia Cron mientras los sentimientos se entremezclaban en su corazón y en su memoria.

–Tú y yo... –Las emociones que sentía eran tan intensas. Lo que había sentido hacía tanto tiempo y lo que sentía en ese momento se mezclaron en su cuerpo, en su alma, en su corazón. Una lágrima se escapó de sus ojos y avanzó rápidamente por su mejilla.

–Te conocí, Agapimeni, junto al río. Me enseñaste una rosa blanca... tu risa en la boca y fuego en mi corazón. –Alargó la mano y secó la lágrima en su mejilla. Laura recordó la primera vez que la había tocado y las sensaciones se volvieron aún más intensas.

–Hace tanto... yo... te amaba tanto... ¡Te amo tanto!

–Mi Agapimeni... mi amor... –Al fin Laura se acercó a él y colocó su mano sobre sus labios un instante... Antes de ponerse de puntillas para que el Titán devorase sus labios sin que nada ni nadie le importase ya.

–Princesa, creo que Laura no piensa renunciar a él. –Las palabras de Yuri provocaron que Sara se girase.

–Eso parece... –Sara no sabía si debía estar contenta, pero un rápido vistazo a la pareja terminó de convencerla—. Y a pesar de nuestras reticencias respecto al novio, estoy segura de que la va a tratar como se merece.

–Es un asesino, pero le ha sido fiel durante milenios... –Cristina los miró esperanzada.

–Y, a pesar de que no dudaría en acabar con nuestra vida en un parpadeo, no hay duda de que la ama –añadió Ane.

–Ya os dije que este joven estaba enamorado. –Covadonga, como siempre, veía las cosas a su manera.

–Será un asesino cruel y aterrador, pero podéis estar tranquilas sobre sus intenciones respecto a vuestra amiga. –Pedro parecía convencido.

–Respecto a qué hará con todos nosotros... no lo tengo tan claro... –añadió Alonso.

–No creo que merezca la pena preocuparnos por algo respecto a lo que no podemos hacer nada –Sara se encogió de hombros. No podía hacer mucho más.

Todos asintieron en silencio.

–Podéis decir lo que queráis, pero... me encanta ver a un par de jóvenes enamorados... ¡Me recuerdan a nosotros! –Covadonga se giró hacia Alonso que le sonrió complacido. Una vez que el Titán había acabado con Serena, parecía estar más tranquilo.

–Doña Covadonga, tiene usted razón. –Germán se llevó la mano de Séfux a los labios y la besó.

Sara, a pesar de la tensión, sonrió complacida. Parecía que, de alguna forma, todo se había arreglado. Estaba equivocada.

De repente, Cronos dejó de besar a Laura y, todavía abrazándola, miró en dirección a la puerta. Milo, el otro detective, estaba de pie con una bolsa de comida en la mano y una pistola en la otra.

–¡Todo el mundo quieto! –El policía miró horrorizado el cuerpo de su compañera en el suelo—. ¡Levantad las manos y poneos donde yo os pueda ver!

–Hoy es mi día de suerte. Creo que ha llegado mi segunda cena... –El Titán lo señaló con aire extrañamente divertido.

–Cronos, no creo que sea necesario... –Sara lo miró preocupado...

–Cronos es un nombre que solo puede usar mi Agapimeni... –Su mirada convenció a Sara de que no debía volver a utilizar ese nombre—. ¿Y además... quién eres tú para decirme lo que puedo o no hacer?

–Ella no podrá... –Cronos miró a su compañera justo cuando se ponía de puntillas y le besaba en la nariz—. Pero yo sí.

XXXVII.

En el estudio de televisión improvisado, junto a la Iglesia Nueva, Sara observó al público mientras emitían el reportaje. Respiró hondo, era necesario acabar con los cabos sueltos y estaba allí para hacerlo.

La policía ya había encontrado al culpable de los asesinatos o, al menos, había hallado el cadáver de la culpable de los asesinatos. Milo Bécquer, el inteligente detective, había entrado en razón en cuanto se había hecho cargo de la situación... En cuanto había comprendido a qué o quién se enfrentaba cuando había irrumpido por sorpresa en el salón donde Cron acababa de matar a su compañera.

–Quiero matarlo... –La resolución brillaba en los ojos del Titán y nada ni nadie podía detenerlo cuando estaba así. Nadie que no fuera su Agapimeni–. Él también te hizo daño.

–No, Cron, él fue amable conmigo y estoy segura de que no sabía nada de lo que su compañera tramaba... –Miró hacia Milo que, aterrado, los apuntaba con su pistola incapaz de comprender qué estaba pasando.

–¿Qué ha ocurrido? –Vio el cuerpo sin vida en el suelo y la mano que sujetaba la pistola tembló un poco–. ¡Habéis asesinado a Serena! ¡Estáis detenidos!

–Baja esa pistola ahora mismo... –Cron situó a Laura tras él mientras apretaba los puños y sus extraños ojos brillaban de forma malévola–. No permitiré que hagas daño a mi Agapimeni.

–Si te mueves...

Como antes había hecho Serena, descargó su cargador sobre el cuerpo del Titán y aterrorizado vio como ni se inmutaba. No fue hasta entonces que comprendió realmente su situación.

Sara fue más rápida que Cronos y se interpuso en su camino. Estaba segura de que no tenía ni idea de lo que había tramado Serena todo aquel tiempo. Aun recordaba cómo se había comportado durante su interrogatorio y, tras descubrir lo que había hecho la detective, todo había cobrado sentido. No podía permitir que el Titán lo matase o, al menos, debía intentarlo.

–Milo acaba de comprender su error... ¿Verdad que sí?

–Yo...

–Sí, Cronos –añadió Laura–, se acaba de dar cuenta de que solo quieres protegerme.

–Milo no sabía que Serena era la responsable de los dos primeros asesinatos aunque había notado que se estaba comportando de una forma extraña... –Sara se giró y apretó su brazo intentando hacerle comprender lo apurada de su situación–. ¿Verdad?

El policía la miró fijamente y, repentinamente, la chispa de la comprensión brilló en sus ojos.

–Sí... yo... –Había palidecido visiblemente.

–Cuando me detuvo, no entendiste por qué se comportaba de esa manera tan rara conmigo... ¿Verdad? –continuó Sara.

–Y tampoco entendiste por qué tenía tanto interés en meterme con tanta rapidez en los calabozos que habían reformado –añadió Yuri.

–¿De qué están hablando? –Cronos se giró hacia Laura antes de que esta le sonriese... Inmediatamente su rostro cambió... y su expresión se relajó. Era como si hubiese olvidado su enfado.

–Sabes que me encantan tus ojos... No sé cuál me gusta más, si el negro o el azul... –Soltó una ligera risilla y no pudo añadir nada más, Cron asaltó sus labios y se olvidó del policía.

–Pero... –Milo había palidecido hasta el punto de que parecía que iba a desmayarse en cualquier momento.

–Pero nada... –Alonso se acercó a él mientras los demás lo miraban fijamente—. Si tienes aprecio a tu vida, comprenderás qué es lo que debes hacer.

Y lo había comprendido. Cuando una hora después había llamado a la comisaría, todo se había aclarado convenientemente.

Serena Baroja había sufrido una crisis nerviosa derivada de sus problemas familiares y había cometido cinco asesinatos. Cuando había tratado de acabar con la vida de Laura, Milo la había detenido a tiempo y, desgraciadamente, esta, antes de que la detuviesen, se había suicidado prendiendo fuego a la casa.

Las llamas, una idea de Pedro, habían destruido cualquier tipo de prueba y el caso se había cerrado.

Sara sonrió a las cámaras cuando el regidor anunció que el reportaje estaba a punto de finalizar. Esperaba que tras su aparición en televisión todo acabase.

Su única preocupación era que Milo rompiese su promesa y revelase la existencia de las criaturas paranormales. Aunque, en realidad, podía estar tranquila a ese respecto. Si intentaba hacer algo así, nadie lo podría salvar. Cronos... el Titán, se corrigió mentalmente, no quería arriesgarse a despertar su ira si lo llamaba así... El Titán no tendría piedad ni paciencia con las tonterías. Era un asesino despiadado que solo vivía para mantener a Laura feliz. Si Milo molestaba a alguno de sus amigos, era hombre muerto y lo sabía.

El único cabo suelto que quedaba por resolver estaba sentado justo frente a ella. Por supuesto, Roger Misterio no creía la versión oficial que aquella misma tarde había proporcionado la policía menos de veinticuatro horas después de la muerte de Serena. Él tenía sus propias teorías sobre los asesinatos y el programa especial de «Por aguas misteriosas» que se estaba emitiendo en directo desde Llantones era prueba de ello.

El reportaje que había utilizado para introducir el tema había sido toda una declaración de intenciones. Estaba protagonizado por brujas, hombres lobo y vampiros y la sangre había dominado cada uno de los fotogramas.

Aquel imbécil no tenía sentido común y, aunque el Titán se había ofrecido a resolver la situación, no creía que fuesen necesarios más asesinatos. Era imprescindible que la atención que había concitado Llantones se borrara lo más deprisa posible y un nuevo asesinato no creía que fuera la mejor solución por muy eficaz y... satisfactoria que pudiese resultar. ¡Sara no podía olvidar que la había llamado bruja!

Roger le dedicó una sonrisa lobuna cuando la emisión volvió al estudio.

–Y aquí estamos con la protagonista de todo. La señorita Sara Hécate... la bruja que esconde los secretos de las criaturas paranormales...

Sara se acomodó en su sillón. Estaba intentando provocarla. No dejaría que le afectasen sus palabras. Estaba allí para cumplir una misión y no se iría sin lograrlo. Así que, tratando de no mostrar el enfado que sus palabras le habían provocado, sonrió ligeramente antes de responder.

–Tiene usted un gran sentido del humor, ¿verdad? –Lo miró con inocencia. Si el muy imbécil pensaba que iba a perder los nervios ante sus acusaciones, estaba muy equivocado.

–¿Humor? –Pareció desconcertado ante su afirmación.

–Viendo el reportaje no sabía si ponerme a llorar o reír. ¿Bruja? –Se giró hacia el público–. Ya sé que no soy muy agraciada pero... ¿Tengo la cara llena de verrugas? ¿Un gorro puntiagudo? ¿He llegado hoy aquí volando en una escoba? ¡Menuda tontería!

Entre el público se escucharon algunas carcajadas.

–Está usted desviando la conversación... ¿No es usted la hija de Hécate? ¿No desciende de Hécate, la primera bruja?

Sara le dedicó una enorme sonrisa que terminó por desconcertarle.

–¿La hija de Hécate? –Volvió a girarse hacia el público–. Más bien, como todo el público, soy la hija de mi madre...

–Pero...

–Hécate es solo mi apellido. –Se giró hacia él–. Igual que usted tiene apellidos... Por cierto... ¿Cuál es su nombre y apellidos?

Roger Misterio parpadeó varias veces y pareció dudar... Sus pupilas se dilataron y apretó los labios. Parecía tratar de evitar responder.

–Para ser un periodista de investigación, no me diga que no conoce su nombre y apellidos. –Lo miró fijamente antes de repetir la pregunta–. ¿Cuál es su nombre y apellidos?

–Rogelio Fernández Pérez... –Esta vez respondió de un tirón e inmediatamente pareció arrepentirse de lo que había dicho–. Pero...

Se escucharon voces de sorpresa entre el público

–¡Qué interesante! Pues usted sí que esconde secretillos... –A su espalda se escucharon nuevas carcajadas–. Supongo que Roger Misterio es su nombre artístico. Su nombre real no era lo suficientemente glamuroso para la televisión... ¿Verdad?

Los ojos del periodista volvieron a parpadear antes de responder a regañadientes.

–Sí... yo quería tener una carrera y... Rogelio...

–Y entonces se inventó un nombre y todo lo demás... porque... ¿Es usted periodista como siempre afirma?

–No.

Su rotunda respuesta provocó expresiones de asombro entre el público.

–¿Ha hecho algún máster en alguna universidad estadounidense como no para de repetir?

–No.

El asombro se transformó abucheos

–Porque usted es un consumado mentiroso... ¿Tiene alguna prueba de las acusaciones que ha hecho en el reportaje que acabamos de ver?

–No.

Los abucheos aumentaron.

–¿Por qué se ha inventado todas esas cosas sobre mí? ¿Por qué se ha inventado la existencia de vampiros y hombres lobo?

–Porque... –Trató de evitar hablar, pero fue incapaz. Una fina capa de sudor cubrió su frente antes de continuar–. Mis últimos programas habían tenido una audiencia muy baja... Me iban a echar de la cadena y necesitaba una noticia que me pusiese de actualidad.

–Y no le importó ni el dolor de las familias de las víctimas ni los problemas que sufriésemos aquellos a los que acusaba por su propio interés.

–Yo... –Se pasó la mano por la frente mientras los abucheos se transformaban en gritos.

–No le importó nada ni nadie. Estaba obsesionado con la fama, ¿verdad?

–Sí.

–Pues ha de saber que en Llantones nos hemos cansado de usted y sus mentiras. –Fue el

momento que eligió para, como una reina, levantarse, quitarse el micrófono y abandonar el estudio improvisado.

Los gritos ensordecedores del público llenaron el plató mientras el regidor trataba de calmarlos y Roger Misterio parecía congelado en su sitio. Sara no miró ni una sola vez hacia atrás. Cuando alcanzó el túnel de salida, observó a la señora de la limpieza que había a la entrada. Los cambiantes adoptaban cualquier aspecto y eran difíciles de reconocer, pero ella sabía muy bien quién era. Los hermanos la habían ayudado y ella sabía agradecer los favores. Les devolvería la voz. El suero de la verdad, la loción que les había dado, había cumplido su misión. Podría haber logrado su objetivo recurriendo a un conjuro y al medallón que colgaba de su cuello, pero habría levantado sospechas. Con el suero todo había sido mucho más sencillo. Tras entregárselo a Bérger en la casa redonda de tejado rojo, él se había encargado de que el supuesto periodista lo ingiriese en el momento oportuno.

Se giró un instante hacia Roger Misterio. La miraba aterrado. Sospechaba que acababa de descubrir que quizás... sus afirmaciones no eran tan falsas como siempre había creído.

Sonrió complacida, nunca volvería a osar llamarla bruja... aunque acababa de comportarse con él como si lo fuese.

XXXVIII.

Atravesó el enorme jardín. El aroma de las rosas lo llenaba todo. Caminó despacio, dejándose llevar por las sensaciones... Acababa de llegar de la comisaría. Tras una revisión en el hospital, había estado declarando más de diez horas y estaba agotada; pero, desde que había llegado a la Quinta del Conde y había comenzado a recorrer su jardín, algo en su interior se había puesto en marcha.

¿Sería el hermoso jardín?

¿Serían las rosas blancas?

¿O sería la presencia que adivinaba a su espalda?

–Te he amado por toda la eternidad. Cuando te conocí, eras Dafne, el antiguo nombre para laurel... Ahora eres Laura...

Su voz no la detuvo. Extendió las manos mientras se paseaba entre los rosales. Como si se tratase de una mariposa, quería sentir la suavidad de sus pétalos. Deseaba percibir su delicada textura mientras atravesaba las enormes hileras cuidadosamente dispuestas.

–Hay cosas que el mundo donde has crecido no puede ni quiere entender. Soy un Titán... Un ser poderoso que se nutre de la energía de los seres vivos y que, cuando te toca, puede leer tu mente. Por eso supe ese trozo de diálogo de «Titánic» cuando te encontré junto al puesto de palomitas... Por eso descubrí lo que esos bastardos te habían hecho...

Sus palabras llegaban hasta sus oídos en un lejano eco. Uno que comprendía; pero que, por algún extraño motivo, no la horrorizaba.

–Mis hermanas y yo procedemos de una época de caos y destrucción. Los dioses que crearon la Tierra tal y como la conoces nos perdonaron la vida contra todo pronóstico... Nunca he entendido muy bien por qué.

Miró alrededor, hasta donde podía ver, hileras de rosas blancas lo llenaban todo, como si en pleno verano, la nieve hubiese desplegado su encanto.

–Necesitábamos prosperar así que tuve hijos con mis hermanas, tantos que perdí la cuenta. No las amaba, nunca lo hice, solo eran útiles.

Respiró hondo. Su aroma llenó sus pulmones.

–Un día, te descubrí junto a un río con una rosa blanca en la mano y todo cambió. Yo no te quise decir mi nombre y me llamaste Cronos; porque, al principio, siempre aparecía con prisas... como si no tuviese tiempo. Y... yo te llamé Agapimeni; porque eres mi amada.

Aquel parecía un rincón fuera de todo lo que había conocido hasta entonces; fuera del mundo.

–Mis hermanas no lo aceptaron y... –su voz se quebró–. Ellas te asesinaron; devoraron tu energía, trocearon tu cuerpo y desgarraron mi corazón.

Repentinamente se detuvo, una rosa llamó su atención.

–No supe lo que era amar, hasta que te conocí. No supe lo que era el dolor, hasta que te perdí. No supe lo que era el rencor, hasta que acabé con mis propias manos con tus asesinas.

Aquella rosa no era la más hermosa, ni era la más grande, ni siquiera era la más llamativa; solo sabía que era la suya.

–Te lloré tanto. Cada día llevaba una rosa blanca hasta tu sepultura. No tenía paz, solo odio y

desesperación.

Extendió la mano y con cuidado, arrancó la flor.

–Afortunadamente, la diosa Madre se apiadó de mí. «Cuando muera el último de tus hijos, ella volverá a la vida».

Una gota de sangre brotó de sus dedos cuando acercó la flor para olerla.

–Me encerré en la caverna más profunda de la tierra, bajo la montaña más alta, hasta que mi último hijo murió y... tu energía me llevó a ti.

Laura se giró hacia él y entonces y solo entonces lo miró. Sus ojos, tan extraños, estaban repletos de lágrimas y su expresión estaba llena de anhelo. Repentinamente todo volvió a su cabeza. Hasta entonces habían sido emociones, sentimientos; pero, de repente, todos los recuerdos que habían tratado de abrirse paso en su cerebro se hicieron presentes. Recordó sus besos, sus promesas y el amor que habían compartido en otro tiempo, en otro mundo, en otro lugar.

–Sé cómo me ves, un monstruo sin corazón... pero te juro... te juro que te amo y te amaré siempre... Por favor, Agapimeni, ¿podrás aceptarme?

Laura lo miró fijamente.

–Las rosas tienen peligrosos agujones como el que me ha provocado esta herida... –Le enseñó el pequeño punto de sangre–. Pero no por eso la rosa es menos hermosa... No por eso la querría menos.

Y sin añadir nada más se lanzó a sus brazos.

Cronos la acunó en su regazo durante un largo instante llenando sus ojos de su presencia, de su aroma, de su calor... antes de, cuidadosamente, depositarla sobre el césped allí mismo, en medio de un campo de rosas.

–Te amo tanto...

Entre besos y caricias, la desnudó mientras se desembarazaba de su ropa. Cuando la vio desnuda ante él, repentinamente, su gesto se volvió serio, casi reverente mientras recorría su cuerpo con los ojos con expresión desesperada.

Laura extendió los brazos. Lo necesitaba con urgencia.

–Cron...

–Te deseo tanto.

–Cronos... Te necesito, te deseo y te amo... Tú lo has hecho durante toda tu vida, pero mi corazón y mi cerebro están a punto de explotar porque yo lo siento todo ahora... ¡Ven a mí!

Los ojos de Cron se llenaron de lujuria. Su amada lo había aceptado tal y como era. Había cumplido la condición que le había impuesto la diosa Madre, la había recuperado y nunca más se separaría de ella.

Y allí, en medio de un jardín repleto de rosas blancas, las flores de su Agapimeni, separó sus rodillas con sus piernas y, de un solo empujón, se enterró en ella.

Con lujuria.

Con amor.

Con felicidad.

Ella era suya... y pobre de aquel insensato que intentase arrebatársela.

Epílogo.

La vida está llena de obsesiones que nos acechan en cada recodo de la vida. Algunas son nuevas.

Laura había encontrado a Cronos y que fuera el Titán le era indiferente. Era gracioso que, después de haber creído que sería la única de sus amigas cuya pareja sería un humano, se había unido a la criatura más aterradora y poderosa de la Tierra después de los dioses.

¡No le importaba! Sentía, sabía que lo amaba, que lo había amado desde mucho antes de nacer. Lo sabía en sus huesos y lo sabía en los extraños recuerdos que llenaban su mente. Lo sabía cada vez que lo miraba, estaba entre sus brazos o escuchaba su voz. Él era su todo y no pasaba ni un solo minuto en el que sus pensamientos no volviesen a él.

Otras son antiguas y nuestras experiencias hacen que se intensifiquen, que nos quiten el sueño y que condicionen nuestra vida.

Cron sabía lo que era perderla y no permitiría que volviera a ocurrirle. La última semana había sido la más feliz de su vida y también la que más aterrorizado había estado. Mientras Laura dormía entre sus brazos elaboraba listas con los posibles peligros que acechaban a su Agapimeni. Él podía mantenerla con vida en una juventud eterna proveyéndola de su propia energía, pero no podía protegerla de los peligros mundanos... Apretó los dientes.

Trabajaba en una piscina cuando no sabía nadar. Vivía cerca del mar donde un tsunami podía llevársela. En Llantonos las ventanas tenían macetas. Los coches podían atropellarla. Se podía cortar con un cuchillo o ahogarse mientras comía. ¿Por qué se empeñaba en hacer tres comidas al día cuando con la energía que le proporcionaba con solo tocarla era suficiente? Aunque verla comer tenía otros alicientes... Negó con la cabeza. ¿Y qué decir de una caída por las escaleras? La electricidad era otro peligro, estaban rodeados de aparatos eléctricos con cables que podían causar una electrocución...

Tenía que alejarla del peligro y lo haría.... Aunque no sabía muy bien cómo porque ya conocía su punto débil. Esa misma tarde lo había comprobado.

—No puedes matar a todo aquel que alguna vez me haya hecho daño.

—¿Por qué no?

—Porque no está bien. Juan solo me tiró de la coleta una vez cuando iba a la escuela. ¡Éramos solo unos niños!

—¡Debe morir!

—Le gustaba y quería llamar mi atención.

El rostro de Cron se ensombreció.

—¿Cómo osó...? ¡Será una muerte lenta!

—No, Cron, una vida es valiosa...

—Solo la tuya lo es.

—¡Esto no está bien! Si ni siquiera te lo conté, solo te dedicas a espiar mis recuerdos.

—Yo decido lo que está bien o no.

Laura lo miró fijamente antes de utilizar otra táctica.

–Si lo haces, me pondré muy triste.

Cronos entrecerró los ojos. Su Agapimeni iba a ser su perdición. ¿Cuándo se había vuelto tan lista?

–Eres...

–Soy tu amor... como tú eres el mío y sé que no me harás daño de ninguna forma

Cron suspiró al recordarlo, tendría que aprender a vivir con miedo, a estar siempre pendiente de su humana y a saber que, además de los dioses, había una criatura mucho más poderosa que él en la Tierra; su Agapimeni.

Algunas obsesiones creímos haberlas superado; pero, en realidad, no lo hemos hecho porque ya forman parte de nosotros mismos.

Manuela se presentó en la casa redonda de tejado rojo al día siguiente de la entrevista en televisión; necesitaba saber, quería saber.

–Él es el más poderoso. Puede hacerle daño con solo tocarla y, sin embargo, la ama y protege.

–Pero...

–Yo puedo hacerlo, yo quiero hacerlo, yo deseo hacerlo porque no puedo seguir adelante sin él.

Sara reflexionó sobre las palabras de Manuela. El director de la escuela, Fernando, tampoco estaba bien. Ambos no habían estado juntos mucho tiempo, pero no se había recuperado tras la desaparición de la súcubo. Aunque ella no coincidía mucho con él, Cristina, como conserje de la escuela, la mantenía informada.

–¿Estás segura?

–Completamente.

–¿Comprendes las consecuencias si cometes un error? ¿Te das cuenta de que podrías matarlo?

–No fallaré.

–Pues, por favor, hazlo feliz porque se lo merece.

Las menos son obsesiones que nos aterran, que nos plantean dudas sobre cómo seguir adelante.

Milo se movía como un zombi, incapaz de procesar todo lo que había ocurrido. Había notado a Serena muy rara en los últimos meses, pero en ningún momento había sospechado lo que estaba tramando.

¿Vampiros? ¿Hombres lobo? ¿Brujas? ¿Titanes?

El mundo era un lugar todavía más peligroso de lo que creía. En su profesión había visto de todo y, por eso, había creído estar preparado para todo. ¡Qué equivocado había estado!

¿Cómo podría vivir sabiéndolo?

¿Cuántas veces se habría cruzado sin saberlo con ese tipo de criaturas?

¿Cómo podría reconocerlas?

–Ahora estás dentro de nuestro círculo, Milo, y nosotros cuidamos de los nuestros.

Las palabras de Sara lo habían sorprendido. Tendría que acostumbrarse a vivir en ese nuevo mundo... ¿Qué sorpresas le depararía?

Pero otras... otras son obsesiones que llenan nuestro corazón de esperanza... de promesas... de una nueva ilusión.

—Sería tan maravilloso tener una hijita... —Los ojos de Yuri se volvieron soñadores—. Poder tenerla en mi regazo... Enseñarle las cosas importantes del mundo...

Sara tuvo que escuchar la enésima indirecta de Yuri sobre su deseo de ser padre mientras, tras tomar su última infusión, salían de la casa redonda de tejado rojo. Afortunadamente no había nadie. Tras su entrevista, curiosos y periodistas se habían ido. Sonrió satisfecha mientras aceleraba el paso. Tenían que darse prisa. Solo disponían de unas horas durante la luna llena.

—¿Cuáles? —Sara avanzó por la carretera en dirección a la Iglesia Vieja. Esa misma mañana la había visitado para depositar varias velas encendidas.

Su pregunta pareció pillarle desprevenido porque se detuvo un instante al escuchar su pregunta.

—Pues... la importancia de la familia, la amistad... —A Yuri no le costó alcanzarla.

—Interesante...

—¿Interesante?

—Sí... porque no te veo muy preparado.

Rápidamente llegaron al ruinoso edificio.

—¿A qué te refieres? —Yuri se volvió a detener antes de correr tras ella.

—A que si le vas a enseñar la importancia de la familia deberías enseñarle a cuidarla... ¿Verdad?

Sara se giró hacia él y le sonrió... mientras rodeaba las ruinas de la Iglesia.

—Princesa, no sé de qué estás hablando.

Sara cerró los ojos y tomó su medallón mientras con la otra mano, tomaba la de Yuri.

—*Amor omnia vincit*. El amor todo lo vence.

—¿Qué...? —Yuri no entendía qué estaba ocurriendo; pero, cuando vio como el medallón comenzaba a brillar, lo observó fascinado.

—*Amor omnia vincit!* ¡El amor todo lo vence!

—*Omnia vincit!* ¡Todo lo vence!

El medallón pareció vibrar un instante y, justo después, perdió su luz. Fue entonces cuando Sara abrió los ojos.

—Princesa, ¿qué ocurre?

—¿Sabes qué día es hoy?

Comenzaron a avanzar por el bosque y, por una vez, Yuri no inició la habitual retahíla de quejas que profería cada vez que se tenía que internar en él. Estaba demasiado intrigado por la pregunta de Sara.

—¿Estás intentando cambiar de conversación?

—Hoy es mi cumpleaños. —Le respondió a pesar de que estaba pendiente del medallón que la guiaba, que le susurraba el camino.

—¿Cómo? —Yuri no comprendía nada. Solo podía trotar tras ella intentando sortear las cañas y no resbalar con el musgo.

—Sí, hoy es mi cumpleaños... veintiocho años.

—¡Tenías que haberme avisado! ¡No te he regalado nada!

—Ya he elegido mi regalo. —Sara no se detuvo ni un instante, sabía que su destino estaba cerca.

—No te entiendo.

–Sé qué quiero que me regales.

–¿Qué es?

Repentinamente alcanzaron una corriente de agua y en él una cascada. Sara se giró para mirar a su vampiro que, con expresión horrorizada, estudiaba lo que lo rodeaba. Odiaba el bosque, no lo podía evitar.

–He consultado el Grimorio y, durante quince días, me he tomado la infusión. Quiero que me hagas el amor bajo la cascada.

–¿La cascada?

–La cascada de las hijas de Hécate.

Los ojos de Yuri brillaron de emoción.

–Sara...

–Te amo, Yuri, y no puedo esperar para tener entre mis brazos a una pequeña niña que sea un pedacito de ti... un pedacito de mí... un pedacito de ambos.

Y repentinamente a Yuri pareció no importarle estar en medio del bosque.

Y sin perder un instante se desnudaron.

Y ambos se cogieron de la mano.

Y bajo la cascada Sara y Yuri se amaron y supieron que aquel era el primer día de una nueva vida.

La vida de su hija.

La vida de una nueva hija de Hécate.

Una vida que sería su nueva obsesión.

Una historia de L. D. Hevia Viejo.

© 2024. Todos los derechos reservados. Safe Creative.

Esta es la sexta parte de la saga “El Legado de la bibliotecaria”. Si queréis estar al tanto de las novedades o comunicaros conmigo podéis visitar mi blog:

<https://ldheviaviejo.blogspot.com/>

O seguirme en las redes sociales:

Twitter: @HeviaViejo

Instagram: @ld_hevia_viejo

Threads: @ld_hevia_viejo

TikTok: @ld_hevia_viejo